



W. R. BURNETT
**EL PEQUEÑO
CÉSAR**

Lectulandia

Rico es un pistolero de Chicago, joven y con iniciativa, dispuesto a tener una banda propia y a disputar la explotación del vicio a otros gánsteres de la ciudad.

El pequeño César, que constituye uno de los más altos exponentes de la novela negra, es el relato de los crímenes de Rico, que en poco tiempo le elevan al rango de reyezuelo de los bajos fondos. La narración, directa y llena de dinamismo, pone al desnudo el proceso mental y moral de esos gánsteres, dando vida a un mundo inédito y sorprendente dominado por la violencia.

W. R. Burnett, autor de guiones cinematográficos (*Scarface*, *La gran evasión*) y de novelas clásicas de gánsteres (*La jungla del asfalto*, *High Sierra*), recibió el prestigioso galardón Grand Master en reconocimiento a sus cincuenta años de profesión.

Lectulandia

W. R. Burnett

El pequeño César

ePub r1.0
minicaja 11.11.14

Título original: *Little Caesar*
W. R. Burnett, 1929
Traducción: Juan Carlos Silvi
Diseño de cubierta: Neslé Soulé

Editor digital: minicaja
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

I

EN una mesa redonda y detrás de Sam Vettori, estaban jugando al póker Otero, apodado el Greco, Tony Passa y Rico, lugarteniente de Sam Vettori. Bajo el reflejo verde de la pantalla, el rostro de Otero naturalmente oscuro parecía cadavérico; por lo demás, tanto si ganaba como si perdía, no se movía ni pronunciaba palabra alguna. Tony, robusto y sonrosado, con veinte años apenas cumplidos, se mostraba muy interesado en la partida, manifestando su gozo cuando la suerte le era favorable y jurando si le era adversa, más por necesidad de excitarse que por ansia de ganar. En cuanto a Rico, tenía el ala del sombrero sobre los ojos, sus facciones estaban contraídas y repiqueteaba nerviosamente con los dedos sobre la mesa: él jugaba para ganar.

Vettori aspiró una bocanada de humo de su cigarrillo, la lanzó al espacio y, levantándose, se puso a pasear arriba y abajo de la estancia.

—¿Dónde estará? —preguntó para sí con los ojos puestos en el techo—. Le he dicho que volviera a las ocho, y ya son casi las ocho y media.

—Joe no suele acordarse de la hora —dijo Tony.

—Es un inútil —gruñó Rico sin levantar la vista de las cartas—; un tipo demasiado blando.

—Es posible —repuso Vettori, el cual se había acercado a la mesa para seguir el juego—; es posible. Sin embargo, la verdad es que le necesitamos. Como tú sabes, tiene una gran facilidad para introducirse en todas partes, sea donde sea. Los hoteles de lujo no le impresionan. Se acerca al gerente y con gran naturalidad le dice: «Un apartamento, por favor.» ¡Un apartamento! Indiscutiblemente, no se puede prescindir de él.

Rico, con el rostro enrojecido, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No te fíes demasiado, Sam —murmuró—. Un día u otro dará un paso en falso. Ten presente lo que te digo: acabará traicionándonos. Cuando uno es un hombre de verdad no se hace pagar por bailar con las mujeres.

Sam se rió.

—Tú no le conoces.

Tony miró fijamente a Rico.

—Joe no se equivoca —aseguró—. Sé lo que me digo. Lo del baile no es más que una excusa. Además, es un tipo afortunado. ¿Acaso se ha dejado atrapar alguna vez?

Rico lanzó con rabia las cartas sobre la mesa. Odiaba a Joe y sabía que Tony y Vettori no lo ignoraban.

—Muy bien, muy bien. Pero no olvidéis lo que he dicho antes: un día u otro dará un traspiés. Cuando uno es un hombre no se hace pagar por bailar con las mujeres —

repitió obstinadamente.

—He ganado —anunció Otero.

Rico empujó el dinero hacia él y se levantó.

—Bueno —decidió—, si no ha llegado dentro de diez minutos yo me iré.

—Tú te quedarás donde estás —pronunció Vettori, con una dura expresión en el rostro.

Tony les miraba fijamente. Otero continuaba contando sus ganancias. Tony se acordó de la expresión que habían tenido los ojos de Rico un día que Vettori había dicho: «Rico, tú te sientes demasiado importante para nosotros.» En los últimos tiempos habían hablado todos del asunto; ciertamente, Rico se creía demasiado grande para ellos. En cierta ocasión, Scabby, el confidente de la banda, le había dicho: «Tony, recuerda lo que te digo. Hay que escoger entre Rico y Sam desde ahora.»

—Esperaré diez minutos —reiteró Rico firmemente.

Vettori se acercó a la ventana y miró instintivamente hacia la calle.

—Doscientos cincuenta —pronunció Otero, recogiendo sus ganancias.

—Te los juego —propuso Tony.

—No.

En ese mismo instante se abrió la puerta y Joe Massara apareció en la estancia.

—Bien —dijo Vettori, encarándose con él—, ¿a esto le llamas tú puntualidad?

Antes de contestar, se quitó el impermeable. Debajo llevaba traje de etiqueta. Una raya impecable dividía su cabeza en dos partes negras y brillantes; se sentía orgulloso de su parecido con el difunto Rodolfo Valentino.

—Lo siento —respondió—; el puente del Hudson estaba alzado. Pero bueno, ¿qué sucede?

—Acercaos todos —ordenó Vettori.

Se reunieron en torno a la mesa, bajo la luz verdosa que difundía la pantalla. Joe mostraba ostensiblemente sus manos a fin de que pudieran ver sus uñas cuidadas y el anillo que le había regalado la bailarina Olga Stasseff.

—Y ahora —comenzó Vettori—, voy a deciros cuáles son mis planes. Vosotros prestad atención y no digáis nada hasta que haya terminado...

—¿Y cuándo será eso? —le interrumpió Joe sonriendo.

—Calla y escucha —refunfuñó Rico.

—Bueno, bueno —terció Sam en tono conciliador—; no os peleéis. —Y volviéndose hacia Joe, le preguntó—: ¿Has oído hablar alguna vez de la Casa Alvarado?

—Sí, es un lugar importante —respondió Joe, añadiendo—: Uno de los locales de Francis Wood. En una ocasión por poco me atrapan allí.

Rico tendió las manos abiertas hacia adelante.

—¿Ves? Lo conocen. No podrá participar.

—No, no me han visto nunca. Se trataba de un agente.

—Bueno, pues es en ese local donde actuaremos —pronunció Vettori lacónicamente.

Joe había quedado estupefacto. Rico, quitándose el sombrero, sonrió y empezó a peinarse con un pequeño peine de marfil.

—Será un hueso duro de roer —opinó Joe—. ¿Y cuánto crees que lograremos reunir?

—Mucho. Sólo van al banco una vez o dos por semana. Son un poco negligentes porque jamás les han dado ningún susto, ¿comprendes? Precisamente por eso la cosa será fácil.

Joe sacó del bolsillo una pitillera de oro y la abrió con ostentación, ofreciéndole a Sam un cigarrillo.

—Adelante, te escucho.

Vettori rehusó el cigarrillo y echó mano de un grueso cigarro. En el mismo instante, abajo comenzó a sonar una orquesta de jazz y, dominando todos los demás sonidos, las vibraciones del saxófono llegaron hasta ellos.

—Son las nueve —anunció Otero.

Vettori encendió su cigarro y continuó:

—Tienen una caja fuerte que la podría abrir un recién nacido; ni siquiera merece la pena mencionarla. Eso es cosa secundaria. Lo importante es que hay mucho dinero, según me ha informado Scabby. Bueno, Joe, ¿qué te parece?

—Se trata de dejarlo o tomarlo. Nadie te suplica, ya lo sabes —dijo Rico entrometiéndose.

Vettori frunció el entrecejo pero no pronunció palabra.

—Si vosotros estáis de acuerdo, por mí no hay inconveniente —decidió Joe.

—Estupendo —Vettori se frotó las manos—. Y ahora te toca a ti, Tony. Necesitamos un coche potente. Consíguelo. Que sea grande y rápido. Cuando Steve tenga preparadas las matrículas podéis cogerlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Sam.

Tony sacó un cigarrillo y trató de encenderlo con firmeza, pero la mano le temblaba ligeramente.

—Vosotros —continuó Vettori volviéndose a Rico y Otero— os encargaréis de manejar las armas, ¿qué os parece?

Rico no contestó, pero Otero sonrió, mostrando sus dientes sucios, y dijo:

—Eso es lo nuestro, ¿verdad, Rico?

—Bueno —añadió Vettori—, yo creo que el asunto está resuelto. Tú, Joe, nos cubrirás en el interior. Ve de etiqueta, como ahora, y procura estar allí a medianoche. A esa hora comenzarán a sonar las trompetas, y como todo el mundo estará borracho, nadie vendrá a interrumpirnos. ¿Comprendes?

Joe asintió con la cabeza y Vettori prosiguió:

—Deberás estar allí a medianoche. Te acercas al puesto de tabaco y te entretienes allí con cualquier excusa. A las doce y cinco comenzará la fiesta. Regularemos los

relojes por teléfono, porque esa noche no quiero que vengas aquí. Rico y Otero entrarán rápidamente, y puede que Tony les acompañe si le es posible encontrar un sitio seguro para aparcar. De esto se preocupará Rico, puesto que él es quien dirige el asunto.

Este miró a Joe.

—A ti te harán poner las manos en alto —siguió explicando Vettori—, si la cosa va bien. De lo contrario, haz un signo con la cabeza y ellos se largarán. No queremos correr riesgos, porque si no damos el golpe ahora lo daremos más adelante. Desde luego, la noche del Año Nuevo es de las más indicadas. Pero bien. Tú haces como que no los conoces; sin embargo, mientras ellos trabajen deberás tener los ojos bien abiertos. Y si sucede cualquier imprevisto sacad las pistolas pero no las uséis. Esto es muy importante.

Vettori se quitó el cigarro de la boca y lo agitó ante Rico.

—Porque ése es tu gran defecto, Rico —le reprochó—. El jefe no podrá ayudarte en el caso de que se produzca un homicidio. Él lo puede arreglar todo, excepto una cosa como esa. Métete bien esto en la cabeza. Eres demasiado rápido apretando el gatillo. Si alguien de la sala muriese, ninguno de nosotros sabría nada, pero...

En aquel momento, todos quedaron sorprendidos a causa de la violenta intervención de Otero:

—No es necesario charlar tanto sobre el tema. Las cosas se harán como se deban hacer. Rico siempre sabe cómo tiene que proceder.

—Está bien, pero cálmate —dijo Vettori, y volviéndose hacia Joe, añadió—: Tú te quedarás con los brazos en alto, pero con los ojos bien abiertos. Si todo va bien, nadie se dará cuenta. Pero si surgiera alguna dificultad, sacas la pistola, y ayudas a escapar a los otros. ¿De acuerdo? Y ahora escuchad lo que tenéis que hacer. Antes que nada, cogeréis el dinero de la caja registradora. Eso lo primero porque es lo más fácil. Si no se os presenta ninguna complicación, os encargáis de la caja fuerte, que probablemente estará abierta. ¡Ah, otra cosa! No perdáis tiempo desvalijando a los que estén en el vestíbulo. Eso es peligroso y entretenido.

Dicho esto sacó del bolsillo un plano y lo extendió sobre la mesa. Todos se acercaron.

—Entraréis por aquí —dijo, haciendo una señal con un lápiz—. A la derecha está el guardarropa; tú, Joe, vigila a las muchachas de detrás del mostrador. A la izquierda está el puesto de tabaco y la caja registradora. Al fondo del vestíbulo hay una gran puerta que conduce al salón. Si todo se hace correctamente, nadie debe darse cuenta de que el local está siendo asaltado. En último extremo puede ser que haya algún imbécil en el vestíbulo. Con el ruido de la orquesta, casi todo el mundo estará distraído. Pero centrémonos en el caso. A la derecha hay también una puerta que da al despacho del director. Es ahí donde está la caja fuerte. El director es un pobre diablo que no tiene sangre en las venas. Scabby me ha informado detalladamente de todo.

Enrolló el plano, se lo metió en el bolsillo y consultó la hora en su reloj.

—Bien —concluyó—, ¿me habéis comprendido?

Joe hizo girar maquinalmente él anillo en su dedo y miró pensativamente la mesa.

—¿Qué decides, Joe? —preguntó Rico.

—Es un asunto bastante arriesgado. ¿Qué voy a sacar?

—¡Vete al diablo! —gritó Rico—. No bromees. Incluso un ciego sería capaz de hacer lo que tú tendrás que hacer.

—Quizá sí —replicó Joe—. Pero de todos modos lo que yo te digo es que si me comprometo será por más de cincuenta dólares.

Vettori sonrió:

—Te ofrezco doscientos.

Joe inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—De acuerdo, contad conmigo. Y no es necesario ningún anticipo.

Se levantaron todos.

Abajo, la orquesta continuaba con su estrépito, y el sonido del saxófono seguía ahogando a los demás.

—¿Queréis que nos suban algo para beber? —ofreció Vettori.

—Yo no —respondió Joe—. Me voy a buscar a mi novia.

Otero hizo chasquear los dedos:

—¡Vaya, te ha atrapado una mujer! —exclamó.

Rico le dio una palmada en la espalda, diciéndole:

—No te burles, que también tú has caído.

Y con la mano trazó en el aire una serie de curvas imaginarias. Joe le observaba con aire de superioridad; la bailarina Olga Stasseff era su novia.

—Es una belleza, ¿verdad, Otero?

—Sí señor.

—Entonces —insistió Vettori—, ¿de verdad no queréis tomar nada?

—Bueno, está bien —consintió Joe—. Para mí ginebra. Rico querrá leche, supongo.

Éste no bebía.

—Hace bien en tomar leche —opinó Vettori, dando pruebas de buen humor—. La verdad es que es un muchacho con suerte.

Tony salió de la estancia seguido de Vettori.

—Me voy en busca de mi novia —se despidió Otero.

Joe se rió.

—Hasta la vista —dijo Rico—. Saluda de mi parte a la Foca.

Cuando Otero se hubo ido, Joe preguntó:

—¿Ha sido capaz la Foca de enganchar a Otero?

—Por supuesto. Claro que no es una belleza, y además tiene un montón de años encima, ¿pero eso qué importa? Se gastan mucho dinero juntos.

Joe no acababa de comprenderle; al parecer no le gustaba soportar a las mujeres.

Rico se acercó a la ventana y permaneció pensativo con los ojos clavados en el

rótulo luminoso:

CLUB PALERMO DANCING

Rico y Joe se sentían incómodos cuando se quedaban a solas. Joe sacó su pitillera de oro y encendió un cigarrillo. En el mismo instante, empezaban a caer blancos copos de nieve al otro lado de la ventana.

—¿Ya te vas? —preguntó Rico—. Está nevando.

—Sí —contestó Joe, levantando los ojos maquinalmente—. Y nieva fuerte.

II

Vettori tenía su pequeña oficina en el piso principal. A través de la pared se oía la orquesta, pero no le prestaba atención porque estaba muy acostumbrado a escucharla. El sonido del jazz era para él como el tictac de un reloj. Estaba contento y se sentía bien con una botella de vino y un plato de *spaghetti* en la mesa. Por otra parte, los asuntos le marchaban perfectamente.

Le agradaba contar con buenos colaboradores. Cada uno era un especialista, y por eso se podía confiar en ellos a la hora de actuar.

Rico era el mejor tirador de la Pequeña Italia, y aunque pronto se le subía la sangre a la cabeza, no resultaba difícil dominarlo. Otero sentía por él tal admiración que le seguía por todas partes y cumplía todas sus órdenes. Además, sabía manejar bien la pistola, tan bien como se podía esperar de un mejicano.

Bat Carillo, el portero, le avisó de que dos desconocidos buscaban pelea.

Salieron juntos a la sala del Club.

—Son éstos.

Vettori se rió.

—¿Otra vez esos idiotas irlandeses? —dijo—. Déjalos tranquilos, pero si arman demasiado ruido, échalos.

—Muy bien, patrón.

En el corredor, Vettori se cruzó con los camareros que iban hacia la sala con el rostro bañado en sudor, llevando las bandejas tan cargadas de platos que llegaban a

inclinarse. Se frotó las manos con satisfacción, exclamando para sí mismo:

—¡Los asuntos marchan! ¡Vaya, vaya! No tendremos que ir al hospicio.

Una vez en el despacho, encontró a Scabby, el confidente, que le estaba esperando. Era moreno y de corta estatura, y con la cabeza desproporcionada. Pasaba por ser confidente de la policía, pero en realidad formaba parte de la banda de Vettori. Se dedicaba a un juego peligroso, puesto que espiaba a las bandas rivales. Su vida no valía un céntimo, y por este motivo era nervioso y hábil en el manejo del revólver.

—Hola, Giovanni —le saludó Vettori—. ¿Qué noticias me traes?

—Estoy hambriento —contestó, quitándose el sombrero y poniendo al descubierto su brillante calva.

Vettori llamó al camarero, y le ordenó:

—Trae *spaghetti* y vino para el señor.

—Eso es hablar —dijo Scabby con aire serio.

No se reía nunca. Su rostro siempre melancólico y sus mejillas arrugadas y blandas le hacían parecer un viejo perro de caza.

—¿Están listos los muchachos? —preguntó.

—Todos en su puesto —contestó Vettori—. No parece un golpe difícil.

Scabby asintió con la cabeza.

—No debe serlo. Pero atención, Sam; métete bien en la cabeza la idea de que no hay que disparar. De todos modos, el patrón se pondrá como una fiera en cuanto sepa lo que estamos tramando.

El rostro de Vettori enrojeció.

—Me lo has dicho más de una vez, Scabby, y ya es suficiente —replicó—. Es una ocasión demasiado buena para dejarla perder.

—Está bien —repuso Scabby—. Yo he dicho lo que tenía que decir. Pero las cosas han cambiado, Sam. El juego va siendo peligroso. Incluso el éxito puede espantar al patrón. Y todo por culpa de aquel maldito periódico que atacó al gangsterismo con grandes titulares en primera plana. Eso es malo.

Permanecieron un instante en silencio. Vettori, absorto, fumaba su cigarro. Finalmente dijo:

—Escucha, Scabby, tú no sabes nada, ¿comprendes? A mí me corresponde tener a los muchachos preparados para la acción. Sobre todo a Joe. Que no se te escape nada cuando estés ante el patrón.

Scabby sacudió vigorosamente la cabeza, negando. Vettori sacó la cartera y le tendió un billete de cincuenta dólares.

—Esto es a cuenta de tu parte. Lo único que te pido es que tengas los ojos bien abiertos.

Scabby guardó el dinero. En el mismo instante entró el camarero con los *spaghetti* y el vino. Carillo asomó la cabeza por la puerta.

—Reilly, el policía, está aquí —anunció.

Vettori sacudió la cabeza.

—Ése no falla —comentó Vettori—. Dile que se espere, y dentro de media hora hazle pasar.

—Eso es —dijo Scabby irónicamente—; para entonces ya me habré ido de aquí.

III

Recostado en la ventana, Otero estaba absorto en la contemplación del letrero luminoso que brillaba al otro lado de la calle:

CLUB PALERMO DANCING

Más allá de los cristales, el viento arremolinaba los copos de nieve. Estaba fumando un grueso cigarro de veinticinco centavos y canturreaba en voz baja. Siempre lo hacía cuando estaba con la Foca.

—¡Cuánta nieve! —exclamó de pronto.

—Sí, cuánta nieve —repitió la Foca, que estaba sentada sobre el alféizar de la ventana, con las piernas colgando y fumando un cigarrillo de Otero.

—Parece algodón.

—Sí.

—En mi país nunca nevaba.

—¿No?

—No, nunca.

La Foca lanzó una nube de humo a través de la estancia.

—¿Y por qué dejaste Méjico, Ramón?

—No lo sé exactamente. —Se rascó la cabeza—. Creo que lo hice sin ninguna razón.

—¿Te querían encarcelar?

—No, no había ningún motivo.

Se alzó y la cogió por el talle.

—Había de por medio una muchacha —bromeó.

La Foca le empujó cariñosamente.

—No te diviertas a mi costa.

—Desde luego que no —sonrió Otero acariciándole la espalda.

De pronto, la Foca se puso seria y le dijo:

—Escúchame, Ramón. Tú eres valiente, pero eres también un bruto. ¿Por qué estás siempre pegado a ese Rico?

—Porque es un gran hombre.

—Grande, pero imprudente. Estoy segura de que no morirá en cama.

Esto era demasiado complicado para él; la miró fijamente, y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que antes le meterán una bala en el cuerpo. Hace demasiado el gallito.

Otero sacudió la cabeza.

—No, a Rico no lo agarrarán nunca.

—Ya lo veras —insistió la Foca.

—No —se obstinó Otero—. Una vez le aconsejé: «Debes ser prudente.» Y él me contestó: «No me pillarán nunca.»

La Foca abrió la ventana para tirar la colilla a la calle. Una corriente de aire frío renovó la atmósfera demasiado caldeada de la estancia.

—Escúchame —dijo—. Eso son tonterías. Rico no es diferente a los demás. Si tú continúas mucho tiempo con él, te prometo un entierro de primera clase. ¿Por qué no empiezas a hacer contrabando de cerveza? Es un negocio seguro.

—Seguiré con Rico. ¿Qué importa lo que me pueda pasar? No tengo familia. Tenía un hermano, pero lo mataron.

—¿La policía? _

—No. Los rurales. Estaba con Pancho Villa.

—¿Quién diablos es Pancho Villa?

—Un gran hombre, como Rico.

La Foca se levantó y, cogiendo una botella que había sobre una mesita, se sirvió un vaso. Después dijo:

—Será cuestión de ir a dormir, Ramón.

—Sí.

IV

Eran casi las dos cuando Tony salió de casa de su amiga. El viento seco soplaba de la

parte del lago y la nieve caía en copos que brillaban a la luz de los faroles. Se arrojó en el abrigo y bajó el ala de su sombrero. Se sentía cansado y asqueado. En la esquina próxima a su casa, entró en el restaurante de Pete el Siciliano. Tres italianos estaban jugando a las cartas en la salita del fondo del local. En la sala principal, el organillo estaba sonando machaconamente.

—Hola, Tony. ¿Cómo estás, muchacho? —le saludó amigablemente Pete.

—Así, así —contestó.

—Realmente, haces mala cara.

Tony se pasó la mano por el rostro y contempló un instante su imagen en el espejo que adornaba el fondo del mostrador. Se vio pálido y con los ojos hundidos.

—Bien, no creo que vaya a morir.

Pete golpeó con ambas manos el mostrador.

—¡Pues claro que no te morirás! Mañana estarás fresco como una rosa, Tony, hijo mío, cuídate. Yo sé de qué va eso. No ves que también he sido joven en otro tiempo. Sé bien cómo son esas cosas. ¡Vaya si lo sé!

—Estoy seguro de que lo sabes —dijo Tony sarcástico.

—Naturalmente. ¿Supones que no sé lo que pasa con la pequeña rubia? Es famosa, hijo. Pero no seas imbécil, muchacho, resérvate para mañana por la noche.

Y lanzando una gran carcajada que le sacudió todo el cuerpo, volvió a golpear el mostrador con ambas manos.

—Pete, ¿se te ha roto el cuello? —preguntó uno de los jugadores que había al fondo de la sala.

—Tú métete en tus cosas. Bueno, bueno, Tony, ¿qué quieres que te sirva?

Tony no sabía qué tomar. Mientras se decidía, Pete fue a servir a uno de los jugadores. El organillo terminó su algazara con una nota falsa. Tony atravesó la estancia y echó una moneda por la ranura.

—Unas salchichas y dos cafés —gritó Pete.

El piano dejó sentir las primeras notas de *O sole mio*.

—Yo también tomaré unas salchichas y una taza de café —dijo Tony.

—Muy bien. Así son tres cafés y dos platos de salchichas.

—¿Cómo te van los asuntos, Pete? —inquirió Tony.

—Así, así, como se suele decir. Ni bien, ni mal. Desde luego, aquí nunca me haré rico.

—¿Por qué no te dedicas al contrabando de licores? —sugirió Tony, sonriendo.

Pete alzó de nuevo la mano y la dejó caer con fuerza sobre el mostrador.

—No es mercancía para Pete el Siciliano. ¡Oh, no! Pete es demasiado astuto para dejarse enredar. En este asunto si no caes con la policía, caes con los gánsters. Uno te dice «Debes comprarme a mí», y el otro: «No, a mí.» Pero todos son iguales.

Le sirvió las salchichas y el café y limpió el mostrador.

—Tony —dijo, inclinando la cabeza hacia él—, ¿sabes que te pareces a tu viejo como una gota de agua? El otro día, cuando estuviste aquí, le dije a mi mujer: «Fíjate

en él, ¿no es igual que su padre?» Bien, bien. Así debe ser. Un hijo debe parecerse a su padre. Esa es buena señal.

—Tú conociste bien a mi padre, ¿verdad, Pete? —preguntó Tony mientras se tomaba el café.

—Desde luego que sí. De joven era como tú. Lleno de energía, siempre, detrás de las muchachas. Pero, en cuanto tu madre lo agarró ya no volvió a ser el mismo. Parecía otro. Y poco después murió.

Tony se rió:

—No tienes muy buena opinión de la vieja, ¿eh?

—No —replicó Pete con expresión profundamente inocente en su rostro—. No me comprendes bien, Tony. Lo que quiero decir es que se convirtió en una persona trabajadora, como yo. Trabajo, trabajo y nada más que trabajo. El trabajo es una gran cosa; te impide que te metas en líos, pero no sé...

Se puso una mano en la frente quedándose absorto. Tony echó una moneda sobre el mostrador. El organillo se detuvo lanzando una serie de notas falsas.

—Bueno, me voy a casa —dijo Tony—. Hasta la vista, Pete.

—Buenas noches —contestó con una de sus mejores sonrisas—. A ver si vuelves pronto.

El viento golpeó las mejillas de Tony cuando salió del local. La calle estaba cubierta de nieve y silenciosa. Se dirigió lentamente hacia su casa cansado y disgustado.

Al entrar en el piso vio una débil luz en la sala principal, y trató de colarse furtivamente en su cuarto, pero su madre le oyó. Se levantó del sillón, como una monstruosa silueta danzando sobre el tenue resplandor que la luz difundía en la sala.

—¡Bonita hora de volver a casa, Antonio! —le regañó—. ¿Has vuelto a estar con esa pandilla de holgazanes?

—Sí —respondió Tony, nervioso.

—¡Ah, sí! Ni siquiera te molestas en mentir. Muy bien. Si sigues así, dentro de poco ni te molestarás en venir a casa, vagabundo.

—Tú lo has dicho.

—Ahora no quieres escucharme, pero un día u otro te acordarás de lo que te digo. Si dedicas tu tiempo a vagos y delincuentes, ya verás lo que te ocurrirá al final.

—Ya has hablado bastante —replicó Tony entrando en su habitación y cerrando la puerta bruscamente tras de sí.

Su madre se quedó un momento en medio de la sala; después apagó la luz y se puso a llorar en la oscuridad.

V

La muchacha rubia del guardarropa ayudó a Joe a quitarse su pesado abrigo, y luego retuvo un momento la mano sobre su brazo. Él le dio un cuarto de dólar de propina y bromeó:

—Con estos veinticinco centavos, podrás divertirte poco.

—Así es, señor —respondió la muchacha.

Le siguió con la mirada mientras atravesaba la pista de baile, avanzando entre las mesas atestadas de gente, excusándose de vez en cuando con alguien que se había tropezado, y desapareció por la puerta de servicio que se hallaba en la pared del fondo. Entonces colocó el número en el abrigo y el sombrero y los colgó.

—¡Dios mío, qué hombre más apasionado debe ser! —murmuró—. No logro comprender cómo lo ha podido acaparar esa muchacha.

Olga Stasseff estaba terminando de maquillarse. Joe entró en el camarín sigilosamente y se quedó observándola. Ella comenzó a cantar.

—Si cantas por mí —dijo Joe—, puedes callarte.

Olga se volvió.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? ¡Vete al diablo!

Dio media vuelta y abandonó el camarín. Olga corrió tras él y le alcanzó cuando ya estaba en la puerta de servicio; él la rechazó bruscamente.

—¡Bonita manera de recibir a uno! —rezongó—. Por lo visto, crees que soy tu perro.

—Estaba bromeando, Joe —se excusó ella—. Te juro que no lo he dicho en serio. Ha sido una broma.

—¿Una broma? ¿Quién crees que soy? Estoy cansado de esa manera tuya de obrar. Te lo puedes permitir con tus amigos aristócratas que tienen una mujer fea y buen carácter, pero no conmigo. No tolero que nadie me hable así.

Olga intentó acercarse, pero él volvió a rechazarla.

—Escucha, Joe —le dijo entonces—, tengo una buena noticia que darte; pero primero abandona esos aires de grandeza. Si no voy a poder bromear contigo...

Joe, sin contestar, sacó su pitillera de oro y escogió un cigarrillo. Cuando Olga tenía bastante dinero, él fumaba de la mejor calidad y tenía siempre cigarrillos de varias marcas. Con un gesto estudiado, guardó la pitillera en el bolsillo, y después, adoptando cierto aire de preocupación, colocó el cigarrillo en el dorso de su mano izquierda y, dando un ligero golpe con la derecha, lo hizo saltar hasta su boca. Olga se rió.

—Y ahora —dijo Joe—, venga la buena noticia.

En ese mismo momento, De Voss, el director, abrió la puerta.

—¿Se lo has dicho, Olga? —preguntó.

Joe le dirigió su más amable sonrisa.

—¿De qué se trata, señor De Voss? ¿Es alguna cosa que yo no sé?

—Exacto —contestó el director—. Los Stransky han roto y yo quiero que vosotros ocupéis su puesto.

Joe hizo una pirueta y dio un traspiés. Olga se rió abiertamente.

—Bueno —dijo Joe acto seguido—. ¿Y cuánto ganaré yo?

—Cien dólares para empezar; después ya veremos.

—De acuerdo. Con eso no podré comprarme un coche de lujo, pero no lo desprecio.

Ambos se estrecharon las manos.

—Ahora —dijo el director— debes saber que ahí afuera hay una muchacha que está deseando bailar contigo.

Joe movió la cabeza.

—No, no me interesa. Esas mujeres se consideran siempre obligadas a pagarte. ¡Y qué diablo, yo no quiero que ninguna mujer pague por bailar conmigo!

Olga hizo un esfuerzo para contener la risa.

—No te preocupes —repuso De Voss—. Le he dicho que eso te ofende, y me ha dado un billete de diez dólares para que te lo entregara de su parte.

Sacó un billete muy arrugado y se lo tendió.

—Ahora, presta atención a lo que voy a decirte —añadió—. Esa muchacha es de la alta sociedad y representa un buen negocio para la casa. Su padre tiene muchos millones de dólares y ella sabe gastárselos, de manera que ya sabes cómo tienes que proceder. ¿Comprendes?

—Sí, claro —respondió Joe—. Yo estoy siempre dispuesto a hacer favores.

De Voss abrió la puerta y le esperó fuera. Olga, cogiéndole por el brazo le advirtió:

—Oye, ten cuidado de no hacer una de las tuyas, ¿eh? Haz tu trabajo y basta. Yo conozco bien a esas muchachas de la alta sociedad.

Joe hizo una nueva pirueta.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Es que no te fías de mí, pequeña?

Olga se puso las manos en los costados y comenzó a reír. ¿Cómo podía estar seria con un tipo semejante?

VI

Ante el espejo, Rico se peinaba cuidadosamente con su pequeño peine de marfil. Estaba orgulloso de su cabello negro y brillante, que formaba tres ondas simétricas.

Era un hombre simple; sólo existían tres cosas en el mundo que merecieran su atención: él mismo, sus cabellos y su revólver... y a las tres les dedicaba un esmerado cuidado.

Segunda parte

I

CON la espalda apoyada contra la pared, Otero tenía los ojos cerrados y fumaba sin decir palabra. Sam Vettori estaba de pie en medio de la estancia. Miró su reloj y dijo:

—Cálmate, Rico; estás muy nervioso.

—Es verdad —aprobó Otero.

Carillo entró sin llamar. Vettori se guardó el reloj en el bolsillo.

—¿Cómo va eso?

—Todo marcha bien, patrón. Tony está en la callejuela.

Vettori volvió a consultar el reloj.

—Rico, son las once y treinta y cinco. ¿Qué te parece?

—Será mejor que nos vayamos.

Otero se irguió con lentitud, aplastó su colilla, cogió la metralleta que estaba encima de la mesa y la escondió bajo su abrigo. Rico examinó cuidadosamente su revólver.

Carillo salió, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí. Otero se aproximó a Rico y le puso la mano en la espalda.

—Ye está todo a punto, ¿verdad, Rico?

Éste sonrió. Vettori tenía el rostro empapado de sudor y se lo secó con un enorme pañuelo de seda blanca que sacó de su bolsillo.

—Rico —dijo—, desde este momento tú eres el director de la faena. Lo único que te pido es que no dispires. No tengo más que decirte, excepto que todavía no estoy dispuesto a que me pongan una cuerda alrededor del cuello.

Rico es un pistolero de Chicago, joven y con iniciativa, dispuesto a tener una banda propia y a disputar la explotación del vicio a otros gánsteres de la ciudad.

Rico no hizo comentario alguno.

Otero se encogió de hombros.

Vettori, que continuaba enjugándose el rostro, abrió una ventana y entró en la estancia una ráfaga de aire fresco.

Rico sacó su pequeño peine de marfil y se lo pasó maquinalmente por el cabello. Después se puso el sombrero y se bajó el ala sobre los ojos.

—Bueno —le dijo a Otero—, vámonos.

Éste fue tras él. Vettori le recomendaba encarecidamente:

—Trabaja limpio, Rico. Trabaja limpio.

Descendieron por la escalera de servicio. Carillo les esperaba abajo y tenía abierta la puerta que daba a la calleja. Como estaba oscura, Otero exclamó:

—¡Caramba!

—Ten cuidado con la metralleta —le aconsejó Rico.

Tony estaba sentado ante el volante de un gran Cadillac descapotable. Arrojó la colilla y preguntó:

—Bueno, ¿listos?

Rico se colocó a su lado sin responder. Otero se sentó detrás.

Carillo siguió mirándoles un instante y después cerró la puerta.

Tony apretó el acelerador.

—Está bien —dijo Rico—, vamos. Pero no corras demasiado; tenemos tiempo de sobra.

Avanzaron tranquilamente. Tony conducía con la misma despreocupación de que hubiera hecho uso en el caso de ir con unos amigos a una fiesta de fin de año. Rico estaba apoyado en el respaldo y fumaba, mirando todos los coches que pasaban. Otero tenía la metralleta en el asiento, a su lado, y estaba tieso como una estaca, con las manos sobre las rodillas. No se acostumbraba a viajar en coche.

Rico se dio vuelta y vio la metralleta.

—Pon eso en el suelo —ordenó.

Otero obedeció.

El tiempo continuaba siendo frío. Ya no nevaba, pero del lago Michigan soplaba un viento glacial. Las calles estaban casi desiertas. Hacia el oeste se oyó un silbido estridente. En seguida escucharon los acordes de una orquesta de jazz.

—Bueno, ya casi hemos llegado —comentó Tony, pero en el mismo momento Rico se inclinó sobre él y le dijo al oído:

—¡La policía!

Un Packard enorme, que llevaba una ametralladora encapuchada en el asiento trasero, les rebasó. Delante iban dos agentes de paisano y otros dos detrás.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tony.

Uno de los agentes se inclinó por la portezuela y miró en su dirección.

—¡Jesús! —exclamó Tony—. Se vuelve.

—Cálmate —le dijo Rico, poniéndole la mano en el brazo.

Otero sacó un cigarrillo del paquete y lo hizo girar entre las palmas de las manos.

El coche de la policía aminoró su marcha. Rico oprimió el brazo de Tony.

—Aquí hay una travesía —le dijo—. Gira.

Tony maniobró tan precipitadamente que no chocó con los coches que allí había aparcados por puro milagro. Otero fue proyectado hacia el otro extremo y el cigarrillo se le cayó al suelo. El zumbido del Cadillac llenó la estrecha calle. Ante ellos sólo podían ver sombras.

—Esto es un callejón sin salida.

—No —replicó Rico—. Conozco esta parte tan bien como mi bolsillo. Cuando llegues al fondo, tuerce a la derecha.

Se inclinó para mirar hacia atrás, y luego se rió:

—¡Siempre serán los mismos imbéciles! No se ve nada.

Dieron un gran rodeo, y volvieron al Michigan Boulevard. El viento seguía

soplando con fuerza, arrastrando pequeños copos de nieve. De todas partes de la ciudad llegaban rumores de fiesta. Rico miró su reloj.

—Son las doce menos cinco. Esto va bien, Tony. Espabílate.

—¿Qué hora es, Rico? —preguntó Otero.

Se la dijo.

—Bueno, bueno. Esto marcha, ¿no?

Pronto vieron el enorme rótulo luminoso de la Casa Alvarado. Aparte de los coches aparcados en los alrededores del cabaret, la calle estaba casi desierta. Tony redujo la velocidad. Rico se inclinó hacia él:

—¡Qué suerte! —dijo, señalando un lugar donde podían dejar el coche sin temor de que pudiera ser reconocido—. Escucha, Tony —añadió—; esto no es un juego, así que lo mejor será que nos echés una mano.

Fingiendo que estaba concentrado en la maniobra, Tony no contestó.

—¿Me has comprendido?

Estaba pálido y los labios le temblaban.

—Éste no es mi trabajo —observó.

Rico le miró con insistencia. Tony permaneció unos instantes silencioso, y después, bajándose el ala del sombrero, agregó:

—Pero tú eres el que manda.

—Está bien —sonrió Rico—. Y ahora escúchame, Otero. Yo iré delante. Tú me seguirás con la metralleta. Mientras yo inmovilizo al cajero, Tony llenará los sacos. ¿Entendido? —Se sacó del bolsillo tres saquitos cuidadosamente doblados y se los entregó a Tony—. Tú, Otero, quédate a vigilar en la puerta. Si ves que se acerca alguien, lo dejas entrar y después lo colocas contra la pared. Y si la cosa va bien, me cuidaré de la caja fuerte. ¿Entendido?

Miró el reloj, comprobando que pasaban ya tres minutos de las doce.

—Andando.

Otero descendió indolentemente, ocultando el arma bajo el abrigo. Rico se apeó también y Tony le siguió.

—¿Vas armado?

Hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Perfectamente. Guarda el arma en el bolsillo. Seguramente no necesitarás usarla, pero si surge cualquier imbécil que se proponga estorbarnos, sácala.

—Muy bien —asintió Tony—. Pero, por amor de Dios, no dispires.

Otero replicó:

—Tú deja a Rico. Él ya sabe lo que debe hacer.

Por todas partes reinaba una gran algazara. Avanzaron por la alfombra que había desde la acera hasta la puerta. En el interior resplandecían las luces y sonaba la música. En el vestíbulo sólo se encontraban las dos muchachas del guardarropa, un camarero, el encargado del puesto del tabaco y la cajera, una mujer pálida con una visera verde que la protegía de la luz. Joe Massara, con su grueso abrigo de invierno

y el sombrero hongo, se había colocado ante el mostrador del puesto del tabaco, y estaba bromeando con el encargado. Los vio con el rabillo del ojo y les hizo una seña con la cabeza.

Entonces entraron rápidamente. Rico primero, apuntándoles con su automática; un poco después de él, a su izquierda y con la metralleta a la altura de la cadera, Otero, y, por último, Tony, con la mano en el bolsillo del abrigo.

Antes de que Rico tuviera tiempo de decir una sola palabra, Joe se volvió, se apoyó contra el mostrador y puso las manos en alto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Un atraco!

Una de las muchachas del guardarropa lanzó un grito agudo. Al camarero se le doblaron las piernas y estuvo a punto de caerse al suelo. Los demás se quedaron como petrificados.

—Tú lo has dicho: es un atraco —dijo Rico, tratando de intimidarles—. Desde luego no se trata de una fiesta. Meteos esto en la cabeza: esta pistola está cargada y yo tengo el dedo muy ligero. Si a alguno se le ocurre gritar o hacer algo por el estilo, acabaré con todos vosotros. ¡Adelante, Tony!

Este, con el rostro pálido como el de un cadáver, se sacó del bolsillo los saquitos y se aproximó a la cajera, que estaba junto a la caja registradora, con las manos en alto. Cuando lo vio a su lado, hizo una mueca y dijo:

—Lléveselo todo, pero no me toque.

—Está bien, vacíe la caja —ordenó Tony—. Y déjese de cuentos.

Sostuvo los saquitos y la cajera los fue llenando. A medida que iba viendo caer los fajos de billetes, uno tras otro, Tony se sentía mejor.

Rico los miró a ambos, sin perder de vista a los demás, y sus ojos, bajo el ala del sombrero, les intimidaban tanto como la enorme pistola que empuñaba en la mano. Otero estaba un poco impasible, con la metralleta a punto de entrar en acción.

De pronto, el director abrió la puerta de su despacho, contempló la escena estupefacto, vaciló un momento, y después, lanzando un gran suspiro, puso las manos en alto. Era un individuo de color oscuro que poco a poco fue adquiriendo un tono verdoso.

Rico lo miró clavándole los ojos.

—¡No te muevas! —le ordenó.

—Muy bien, muy bien —balbuceó él.

Joe Massara protestó:

—¿Nos va a tener toda la noche con los brazos en alto? Ya no puedo moverlos.

—¿De veras? —dijo Rico sarcásticamente—. Pues no se te ocurra bajarlos.

—¡Ya está todo! —anunció Tony.

Ante la puerta, Otero estaba entretenido con un hombre de sombrero de copa que acababa de llegar. No podía dar crédito a sus ojos y no cesaba de repetir:

—Dios mío, Dios mío.

Otero lo colocó contra la pared.

En el interior del club, al otro lado de las grandes puertas en arco, la orquesta alcanzaba un volumen estrepitoso, las trompetas trepidaban y la gente gritaba sin cesar.

—Muy bien —dijo Rico—, saca la pistola, Tony. Yo me encargaré de la caja fuerte.

—¡Santo Dios! —se asustó Tony—. ¡Eso nos llevará mucho tiempo!

Rico le miró fijamente. Entonces él, colocándose los saquitos bajo el brazo izquierdo, sacó su revólver. Rico, satisfecho, se dirigió hacia el director.

—Venga —le dijo—, muévete. Entra, ábreme la caja y entrégame el dinero. Y ten presente una cosa; si haces un movimiento falso, te volaré la tapa de los sesos.

—¡Oh! —gimió el director.

Ambos desaparecieron en el interior del despacho. En el vestíbulo reinaba un silencio de muerte. Una de las muchachas del guardarropa rompió a llorar.

—¡Hermosa fiesta! —trató de bromear Joe.

Nadie dijo ni una palabra.

—Sí —añadió negligentemente—, como fiesta ha sido un verdadero éxito.

Sonrió buscando la complicidad del camarero, quien apartó rápidamente sus ojos para fijarlos en Tony, como diciéndole: «Yo no tengo nada que ver con lo que dice este tipo.»

Entraron otros dos clientes y Otero los fue colocando junto a la pared, al lado del que llevaba el sombrero de copa. Tony empezaba a impacientarse. Tenía la sensación de que el tiempo transcurría muy lentamente.

Apareció el director con la pistola apuntándole la espalda. Rico llevaba los bolsillos repletos de billetes.

—¡Dios mío! —murmuró Tony—, ¿a dónde iremos a parar?

En aquel momento se abrieron las puertas del salón y aparecieron tres hombres y dos mujeres; todos quedaron inmóviles, como petrificados.

La tensión nerviosa de Rico empezaba a traicionarle; tenía el rostro completamente lívido.

—¡Manos arriba! —gritó—. Y que nadie se mueva.

Dos de los hombres alzaron las manos, y las mujeres también, pero el tercer hombre, grande y grueso, vaciló un instante.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Joe—. ¡Es Courtney, el policía!

En el mismo instante desapareció en él su aire de indiferencia, bajó rápidamente las manos y se llevó una de ellas al bolsillo para sacar la pistola.

—¡Vámonos, pronto! —gritó Rico a Tony y a Otero.

Y se precipitaron hacia la puerta. Una de las dos mujeres que acompañaban a Courtney se desvaneció y, al desplomarse, su cabeza sonó fuertemente contra el suelo.

—No la toquen —dijo Rico amenazador—, o no respondo de mis actos.

Joe siguió a los otros hacia la salida, cubriendo su retirada con la pistola.

Courtney tenía el rostro morado. Miró a su mujer, que continuaba tendida en el suelo con la cara muy pálida e inmóvil, y la cólera se apoderó de él.

—¡Canallas! —gritó.

Sacó la pistola, pero Rico, mucho más rápido, disparó primero. Entonces Courtney dio dos pasos hacia él, mirándole fijamente, se tambaleó y cayó pesadamente con los brazos extendidos.

En la puerta, Rico se tropezó con un borracho que entraba en aquel momento. El hombre trató de abrazarlo con todas sus fuerzas, pero para librarse él, le dio un puñetazo y le hizo rodar por tierra.

Rico saltó al estribo del coche y gritó:

—¡Acelera, Tony! ¿A qué diablos esperas?

Tony estaba trastornado y las lágrimas corrían por sus mejillas, cayéndole en las manos. Joe y Otero permanecían silenciosos en el asiento trasero. Este último hacía girar un cigarrillo entre las palmas de sus manos.

Tony puso el coche a la máxima velocidad, hasta que se inclinó de un lado. El viento se había calmado y de nuevo estaba nevando, una nieve menuda y glacial. Los silbatos sonaban todavía, pero más débilmente, e iban apagándose uno a uno.

—Bueno —dijo Rico—, creo que le he tapado bien la boca.

—¡Claro que se la has tapado! —repuso Joe—. Yo le he visto caer como un saco de patatas.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —intervino Otero—. ¡Qué imbécil! ¿A quién se le ocurre echar mano a la pistola?

Tony no dijo nada; permanecía inmóvil, con los ojos fijos en la calle por donde avanzaban.

—Esto será nuestra ruina —pronosticó Joe.

Otero encendió el cigarrillo y se encogió de hombros.

—¿Has perdido el ánimo, Joe? —preguntó.

—¿Yo?

Tony metió el coche en el callejón que había en la parte trasera del Palermo. Rico cogió los saquitos que llevaba debajo del abrigo y saltó a tierra. Otero y Joe le siguieron.

—Tony —dijo Rico—, guarda el coche en lugar seguro y después ven a recoger tu parte. ¿Has oído lo que te he dicho? Guárdalo pronto y ven. Te esperamos.

—Escucha —manifestó Joe—, yo quiero llevarme lo mío en seguida. Debo salir a escena a la una y veinte. No puedo faltar a mi número.

—Muy bien —asintió Rico.

Tony se alejó con el coche. Rico llamó a la puerta y Carillo les hizo entrar.

II

Cuando atravesaron la puerta, Vettori estaba de pie en medio de la estancia y se enjugaba la frente con su enorme pañuelo de seda blanca. Su rostro grasiento no había cesado de sudar.

Rico puso los saquitos sobre la mesa y empezó a vaciarse los bolsillos.

—¿Y bien? —preguntó Vettori.

—Este es el botín —anunció Rico—. Parece que ha sido un buen golpe.

Joe se acercó a la mesa y se quedó bajo la luz verde de la lámpara, sin quitarse el sombrero ni el abrigo. Otero sacó la metralleta de debajo de su abrigo.

—Nos atraparán a todos —dijo.

Vettori movió lentamente la cabeza de derecha a izquierda.

—Yo os garantizo que nos cogerán.

Rico comenzó a peinarse el cabello.

—Quizá haríais mejor en ir a entregaros —dijo, y después, abandonando su tono sarcástico, añadió—: Sois la más perfecta cuadrilla de cobardes que jamás he visto.

—No me incluyas en eso —repuso Otero.

Joe trató de sonreír.

—Espera a que aparezcan los periódicos mañana.

Rico se aproximó y se apoyó sobre la mesa.

—¿Acaso los diarios no han hablado siempre de estas cosas? Courtney era el único que hubiera podido reconocernos y ya es tarde. Será mejor que os calméis. Y repartamos el dinero de una vez.

Pero Vettori parecía inerte enjugándose el sudor. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Y Tony?

—Ha ido a guardar el coche —respondió Rico.

—¿Y si lo detienen?

Rico empezó a abrir los saquitos.

—Sería una verdadera lástima —opinó Joe.

Rico se rió.

—¡Qué hermosa banda de cobardes!

Vettori se puso en pie furioso.

—¡Cierra la boca, Rico! ¿Tú crees que me voy a dejar colgar porque hayas perdido la cabeza y hayas matado a un hombre sin ninguna razón?

Rico se metió la mano en el bolsillo y replicó:

—Sam, si te empeñas en hacer el tonto conmigo te prometo una bella corona para tu entierro.

—Vamos, vamos, Sam —intervino Joe—. Todos estamos mezclados en el asunto, ¿no? Será mejor que repartáis el dinero aprisa.

Vettori se sentó. Otero se situó a sus espaldas, observándolo de cerca.

—Ahora, Sam —dijo Rico con el rostro pálido y las arrugas tirantes—, tú te encargarás de dividir las partes. Pero hazlas todas iguales, ¿comprendes? La tuya también será igual que la de los demás.

Vettori no respondió. Joe estaba rígido, dispuesto a esconderse debajo de la mesa en cuanto la cosa se pusiera demasiado fea. Hacía meses que Scabby había pronosticado este enfrentamiento y ahora había llegado el momento. Vettori y Rico le inspiraban el mismo temor, pero algo le decía que este último sería el vencedor.

Vettori dejó caer la mano sobre la mesa.

—Está bien —consintió—; haremos las partes iguales. Siéntate y dividámoslas.

Pero Rico no se movió.

—¿Estás armado? —preguntó.

Vettori alzó los ojos hasta él.

—Naturalmente, tengo la pistola.

—Bueno, pues que no se te ocurra hacer uso de ella.

El rostro de Vettori se volvió inexpresivo. Se puso a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Rico —dijo finalmente—, se harán las partes iguales, honestamente.

La victoria de Rico era completa. Joe le miró con admiración. Sam era un individuo duro, pero Rico era todavía más duro que él.

Vettori se levantó, atravesó la estancia y se quedó ante la ventana, mirando hacia la calle.

III

Joe mostró a Rico una hoja de papel llena de números. Éste leyó: 9.33175.

—Está bien —dijo—; divídelo entre cinco y después nosotros haremos la parte de Scabby.

Otero apoyaba el respaldo de su silla contra la pared y fumaba un cigarrillo; sus ojos miraban hacia el suelo. Vettori hacía un solitario maldiciendo en voz baja para sí.

Joe miró la hora.

—Es la una y cuarto. Debo irme. Sam, llama a Carillo y dile que vaya a buscarme un taxi, por favor.

Vettori se alzó y llamó a Carillo. Un momento después, el portero entreabrió la puerta y asomó su rostro.

—Ahí afuera hay tres policías de paisano, patrón —anunció.

—¿Quiénes son? —preguntó Vettori.

—Flaherty y otros dos que no conozco. Quieren hablar con usted.

Vettori se quedó indeciso mirando al suelo. Carillo se precipitó en el interior de la estancia y cerró la puerta.

—¡Vienen hacia aquí!

Rico se levantó de un salto, atravesó la sala apresuradamente y se escondió tras una puerta disimulada en la pared.

—Vamos, Joe —dijo—; tú sal por la puerta de servicio. Tú, Otero, quédate donde estás y continúa fumando como si no pasara nada. Carillo, manda el taxi de Joe a la puerta de servicio.

Vettori le preguntó:

—¿Crees que saben algo, Rico?

—No, a menos que hayan atrapado a Tony. En cualquier caso tú no sabes nada, ¿comprendes? Hazte el tonto. Yo estaré escuchando detrás de la puerta, y si la cosa no va bien, entraré en acción.

Vettori recogió el dinero, lo envolvió en su abrigo y se lo tendió a Rico. Joe atravesó la puerta secreta y Rico lo siguió. En el mismo instante llamaron a la otra puerta.

Vettori hizo un signo de asentimiento con la cabeza y Carillo abrió. Entraron dos policías de paisano e inspeccionaron la estancia con una rápida ojeada. Uno era alto y macizo e iba cubierto con un abrigo muy pesado; el otro era bajo y bastante joven. Los dos tenían la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo.

—Está bien, Carillo —dijo Vettori—; eso era todo cuanto tenía que decirte. Ya puedes irte.

—Espera un momento —intervino el policía grueso—. Dile a Flaherty de nuestra parte que dentro de diez minutos estaremos listos y que nos espere.

—De acuerdo —contestó Carillo.

Salió y cerró silenciosamente la puerta.

—¿Desean hablar conmigo? —preguntó Vettori.

—Sí —respondió el grueso, que al parecer era el que llevaba la voz cantante—, sólo dos palabras.

—Bueno, pues adelante.

Otero entreabrió los párpados para examinarlos; luego los volvió a cerrar y continuó fumando.

—Vettori —comenzó el agente—, necesitamos que nos des una información.

—¿De qué se trata?

Volvió a sentarse ante la mesa y comenzó a mezclar las cartas.

—Hace un rato, un Cadillac ha chocado contra un poste en esta misma calle, a

dos manzanas de aquí, y hemos pensado que tal vez tú sepas algo.

Vettori dispuso las cartas para hacer un solitario.

—¿Yo? ¿Y qué es lo que puedo saber? ¿No lleva matrícula?

—Sí, pero es falsa.

—¿De verdad?

—De verdad. El coche ha sido robado a eso de las ocho de la tarde, en la orilla derecha. El individuo que se lo ha llevado ha sido descrito minuciosamente.

—Bueno, ¿y qué? —replicó Vettori—. Mi negocio marcha estupendamente. ¿Por qué diablos había de mezclarme yo en algo tan absurdo?

Se rió y movió la cabeza.

—No me has comprendido —repuso el agente con falsa ingenuidad—. Verás, como el accidente ha ocurrido en la esquina de esta misma calle, yo he pensado que el conductor podía ser algún cliente, quiero decir alguno de esos muchachos que vienen a bailar aquí.

—¿Y cómo puedo saberlo?

El agente buscó un cigarro en su bolsillo y empezó a tritularlo con los dientes.

—¿No había nadie dentro del coche? —preguntó Otero.

—Sí —respondió el policía—. Había un individuo, pero ha huido.

—Yo no sé nada —insistió Vettori.

—Bien, no es pecado el preguntar —manifestó el policía—. Andando, Mike, vámonos. Está claro que Vettori no sabe nada sobre el asunto.

Los dos se dirigieron hacia la puerta lentamente. Pero, de repente, el grueso se volvió.

—Oye, Vettori, ¿conoces la noticia?

Vettori le miró.

—¿Qué noticia?

—¿No sabes que un canalla ha matado al capitán Courtney en la Casa Alvarado?

—¿Es cierto? —dijo Vettori—. Hay tipos que usan el plomo sin control. ¡Qué error!

—Celebro que opines así.

El policía joven abrió la puerta.

—Bueno, hasta la vista.

Apenas se cerró la puerta tras ellos, Vettori se levantó y echó el pestillo. Después espío por la mirilla.

Rico salió de su escondite.

—Bueno —dijo Vettori, mirándole—, las cosas no están demasiado tranquilas.

Rico se encogió de hombros.

—No saben nada —afirmó—. Van tanteando el terreno, simplemente. ¿Tienes miedo? Te advierto que debemos estar muy unidos en este asunto.

—Lo sé —contestó Vettori dejándose caer en la silla—. De todos modos, nunca había visto ponerse las cosas tan mal.

Rico le tendió un rollo de billetes.

—Ésta es tu parte, Sam.

Vettori los cogió y se los metió en el bolsillo. Rico le entregó a Otero lo que le correspondía, y éste, después de haberse metido también el dinero en el bolsillo, se levantó y se puso su abrigo.

—Será mejor que vaya a ver a mi novia.

Cuando se hubo ido, Rico atravesó la sala y se sentó junto a Vettori.

—Escucha, Sam —le dijo—; hace demasiado tiempo que recibo órdenes de los demás. Ya no las volveré a recibir, ¿comprendes? Pero, de todos modos, a ti y a mí nos corresponde solucionar este asunto. Si hay algún modo de salir adelante, se saldrá. Pero debes comportarte bien. ¿Comprendes lo que quiero decir? Yo tengo ya una cuerda al cuello, y uno no puede ser ahorcado más que una vez. Así que si alguien tiene la idea de traicionarme, mi pistola hablará por mí.

—En este sentido no tienes nada que temer —repuso Vettori.

Se quedaron en silencio. A través del muro, llegaron los acordes de la orquesta. Vettori comentó:

—Es extraño que Tony haya chocado.

—Habrá perdido la cabeza —supuso Rico.

—¿Crees que se dejará ver?

—No antes de mañana, si le queda un poco de sentido común. Guarda su parte.

IV

Rico se fue a casa de «mamá» Magdalena, la encubridora. Su negocio de fruta estaba todavía abierto y su hijo Arrigo se hallaba recostado contra un montón de naranjas.

—Hola —dijo.

—¿Dónde está «mamá»? —preguntó Rico.

Arrigo tiró de un cordón que hizo sonar una campanilla en la trastienda. Al instante apareció «mamá» Magdalena apoyándose en su bastón. Cuando vio a Rico dijo:

—Ah, ¿eres tú? Bien, bien. Pasa, pasa.

—¿Puedo ir yo también, mamá? —inquirió Arrigo.

—Tú quédate aquí y cuida de la tienda, holgazán —replicó la vieja,

amenazándole con el bastón.

Arrigo volvió a recostarse sobre el montón de naranjas.

Rico entro detrás de la mujer hacia el interior. Allí le ofreció una silla, y cuando se hubo sentado, ella puso una botella sobre la mesa.

—Tú hablas y yo bebo —dijo sentándose a su lado y sirviéndose un vaso.

Rico sacó del bolsillo su parte del robo, se quedó algunos billetes y le tendió el resto.

—Tenga, guárdeme esto.

Ella tomó el dinero, lo contó y luego se lo metió en el pecho.

—Veo que te ha ido bien la noche de San Silvestre, ¿eh?

—Sí —contestó Rico—, no ha sido mala. Mañana procuraré divertirme un poco.

—Vaya, vaya —dijo la vieja—; así va el mundo. La gente no piensa más que en divertirse.

Se sirvió otro vaso de vino; luego se inclinó hacia Rico y tocándole con la punta del bastón le dijo:

—Escucha, ¿no has pensado nunca en regalar a una muchacha un anillo con un gran brillante?

—¿Yo? ¿Desprenderme del dinero para comprar un brillante a unas faldas? ¿Por quién me ha tomado?

«Mamá» Magdalena se rió con una risa que recordaba un cloqueo y movió la cabeza.

—Eres frío, Rico; no te gusta el alcohol ni te agradan las mujeres. No vales nada.

Rico sonrió.

—Las mujeres me gustan de vez en cuando, pero no hasta el punto de regalarles brillantes.

Al dejar a «mamá» Magdalena, se dirigió hacia el establecimiento de Pete el Siciliano. El viento soplaba con fuerza y, con el cuello del abrigo levantado, se dejó arrastrar por su ímpetu. Eran más de las tres y la calle estaba completamente desierta. Hacia el centro de la ciudad, las luces pintaban el cielo con reflejos rojos.

El organillo sonaba en el local de Pete el Siciliano. Tres italianos y dos muchachas americanas estaban borrachos, sentados ante una mesa en la sala principal lanzándose pedacitos de pan a la cabeza, derramando el café y golpeando los platos con los cuchillos. Pete tenía un aspecto torvo detrás del mostrador.

Cuando entró Rico, le saludó:

—Hola, amigo. ¿Dónde has estado metido durante todo este tiempo?

—Últimamente, no he salido mucho a divertirme —contestó Rico, y después añadió—: Por lo que veo, tus clientes son muy alborotadores.

Pete se encogió de hombros.

—Son estúpidos. Han bebido ginebra, y ésa no es bebida para los italianos.

Rico sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Ambos empezaron a fumar.

—Pete, ¿puedes echar una ojeada?

—Sí, sí —contestó éste—; echaré una ojeada. Es lo único que puedo hacer. He tenido que estar encerrado aquí toda la noche mientras los demás se divertían por ahí.

Una muchacha miró a Rico, y éste le guiñó el ojo. Entonces ella se volvió y le dijo a uno de sus compañeros:

—Fíjate en ese tipo; seguramente se cree que es un conquistador.

El hombre le lanzó en una mirada hosca. Pete, dándose cuenta, frenó el brazo de Rico.

—Por favor, no armes líos, amigo. Aquí abundan demasiado. Pensándolo bien, creo que me volveré a Italia.

Rico le dio la espalda a la muchacha.

—Está bien.

Mientras Pete le servía una taza de café, entró un vendedor de periódicos voceando:

—¡Edición extra! ¡Edición extra! ¡Con todos los detalles del último atraco!

Rico compró un ejemplar y echó una rápida ojeada a los titulares, que decían así:

ATRACO A LA CASA ALVARADO
EL DETECTIVE COURTNEY
ASESINADO POR LOS BANDIDOS.

Rico tendió el diario a Pete y le dijo:

—Otro muerto.

—Sí —respondió Pete—. Matar, matar, eso es todo lo que saben hacer aquí. Quiera Dios que pronto pueda volver a Sicilia. Después de todo, y si la comparas con esto, la mafia no es más que un juego de niños.

Uno de los italianos había comprado también un periódico, y se puso a leer en voz alta los detalles sobre el atraco. Todos pararon de comer para escucharle. Rico les observaba tomándose lentamente el café.

V

Tony, echado en la cama, y envuelto por las frías sombras de la habitación, no había

podido pegar ojo en toda la noche. Estaba bañado en sudor. Apartaba las ropas porque le pesaban en el cuerpo como si fueran de plomo, pero el viento glacial que soplaba del lago y se filtraba por las rendijas de la ventana, le obligaba a taparse de nuevo. En los momentos en que lograba adormecerse un poco, soñaba que era arrastrado a toda velocidad por un coche que daba patinazos; luego se producía el choque doloroso y se despertaba sobresaltado y jadeante.

—Esta vez nos cogerán —murmuraba—, estoy seguro de que nos cogerán.

Incapaz de poner freno a su fantasía, se imaginaba los muros infranqueables de la prisión del Estado, las pequeñas celdas de los condenados a muerte guarnecidas de enormes barrotes y el patíbulo en el patio de la cárcel. Recordaba el comentario de Rico sobre Red Gus la noche de su ejecución: «Esta vez le pondrán una corbata que no podrá quitarse de encima.» Y, desde luego, así fue.

Agitado por estos recuerdos, no cesaba de fumar un cigarrillo tras otro. En su desesperación, se debatía buscando el modo de cargar a alguien toda la responsabilidad de lo sucedido. Y llegó a la conclusión de que la culpa de todo la tenía Magde, su novia. ¿Acaso no había estado presionándole continuamente para que le diera más dinero y para que la colmara de lujo? ¿Y no era verdad que él había tratado de vivir honestamente haciendo de taxista? Desde luego. Pero Sam Vettori y Rico le habían ofrecido mucho más dinero para que abandonara su puesto y se uniera a ellos con el fin de guiar el coche cuando tenían que dar algún golpe. Y el caso es que cuando uno se mete en una banda, ya no hay modo de salirse de ella.

Se sentó en la cama y dejó vagar la mirada por los tejados que se distinguían desde la ventana. El sol iba saliendo en una fría y ventosa mañana de invierno. De repente, sintió un agudo dolor en el estómago y se acostó otra vez, revolviéndose entre las ropas de la cama; pero el dolor persistía.

Oyó a su madre en el cuarto contiguo. Se estaba vistiendo para ir al trabajo. De pronto, en una sala del otro lado del patio sonó estrepitosamente el despertador de algún vecino seguido de algunas blasfemias y del ruido que hizo una ventana al ser cerrada violentamente.

Empezó a sentir náuseas. Se levantó de la cama y se dirigió apresuradamente al cuarto de baño. Cuando salió, su madre se hallaba encendiendo el fuego y fingió no darse cuenta de su presencia. Él se fue hacia su habitación, pero al llegar a la puerta se volvió hacia ella.

—Buenos días, mamá.

Su madre no respondió.

—Di algo. ¿Qué te pasa? —insistió él.

Entonces su madre se giró y le miró fijamente, con las manos en jarras.

—Vuélvete a la cama, holgazán —le dijo—. Estoy harta de ti. No sirves para nada. Eres como tu padre.

—Escucha, mamá... —empezó Tony.

—No trates de engatusarme —le interrumpió ella—. Acuéstate hasta que se te

haya pasado la borrachera. ¿Crees que yo no entiendo nada, verdad? Haces lo mismo que tu padre.

—No estoy borracho, sino enfermo, mamá.

Su madre le volvió la espalda y continuó con su tarea. Entonces él entró en su dormitorio, cerró la puerta y se echó en la cama. Se sentía terriblemente deprimido. Lo veía todo negro.

Cuando oyó que su madre se había marchado, se levantó, se vistió y se preparó café y tostadas. De todos modos, pensó mientras desayunaba, tenía que ir a buscar su parte.

Al dirigirse a casa de Vettori, se cruzó con el reverendo Mac Conagha. Era un individuo grande y grueso, de pálidas facciones, que caminaba bamboleándose y tenía un aire un poco arrogante. Tony se quitó el sombrero.

—Buenos días, reverendo.

—Buenos días, Antonio —contestó éste—. ¿Dónde has estado, hijo mío? Hace meses que no te veo.

—Trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó el reverendo, poniéndole una mano en la espalda.

—Soy taxista.

El reverendo aprobó con la cabeza.

—Ese es un trabajo honesto, Antonio.

Éste, tratando de evitar su mirada, tenía los ojos fijos en el sombrero que daba vueltas entre sus manos. El reverendo Mac Conagha le hizo un sermón de unos dos minutos sobre las ventajas de la honradez y los beneficios morales que produce el trabajo decente. Finalmente, se expresó así:

—Tony, tu padre me encargó un día que me ocupara un poco de ti. Tu padre era un hombre bueno, pero débil de carácter. Antonio, acuérdate de venir a verme si alguna vez te encuentras en un apuro.

Tony se ruborizó y dijo:

—Gracias, reverendo.

Cuando éste se alejó, él comenzó a meditar, inquieto. ¿Es que acaso sabía algo? ¿Por qué, precisamente aquella mañana, le había hablado de apuros? Era demasiada casualidad. Desde luego, respetaba y admiraba el reverendo Mac Conagha y sabía que en cualquier momento podía recurrir a él.

A su lado, se había sentido fuerte; pero ahora, cuando ya se había ido, toda la desesperación de la noche anterior volvió a atormentarle. Sacó un cigarrillo y lo encendió con mano temblorosa.

—Estoy seguro de que nos atraparán —murmuró.

Y de nuevo recordó lo que Rico había dicho a propósito de Red Gus.

VI

La Foca no sabía cómo quitarle la borrachera a Otero. Le había dado a comer tomates frescos e incluso le había obligado a tomar un baño de agua fría, pero nada había surtido efecto. Él se paseaba por la sala cantando, en un español picaresco, canciones en las que ensalzaba su valentía. En todo el mundo no había más que un hombre que tuviera mayor bravura que la suya: Rico.

A pesar del sueño, La Foca no se atrevía a cerrar los ojos, temerosa de que cometiera algún desatino, como, por ejemplo, disparar desde la ventana contra las farolas de la calle (esto ya lo había hecho una noche), o bien salir a la calle sin abrigarse.

Se sentó, colocó la pistola sobre la mesa, a su lado, y siguió cantando.

—Escuchad todos —gritaba—, soy Ramón Otero, un hombre valiente. No tengo miedo a nada ni a nadie. Si bebo, todos caen al suelo antes que yo, y no hay quien me gane a disparar. Solamente Rico, y él es mi amigo. Es un gran hombre, como Pancho Villa, y yo soy un buen compañero suyo. Yo nunca dispararía contra él, aunque él lo hiciera contra mí. Rico es mi amigo y yo le quiero mucho.

Luego se levantó, elevó los brazos al aire, hizo unas cuantas castañetas, taconeó y agitó las caderas de tal forma que la Foca estuvo a punto de caerse de la silla de tanto como se reía.

Hacia el amanecer Otero terminó por dormirse con la cabeza apoyada sobre la mesa. Entonces ella lo llevó al lecho (sólo pesaba unos cincuenta kilos), y, demasiado fatigada, se quedó sentada a su lado.

VII

Rico compró todos los diarios que hablaban del asunto y se encerró en su habitación para leerlos. Sentado ante la mesa con el ala del sombrero bajada sobre los ojos, fue recortando todos los artículos que mencionaban el atraco y la muerte del detective Courtney. Amontonó los recortes y luego los volvió a leer.

Uno decía: «El bandido que mató al capitán Courtney es un hombre pequeño y pálido, probablemente italiano. Llevaba un abrigo de buena calidad y un sombrero de fieltro claro.»

Otro: «El asesino de Courtney, según un testigo ocular, es un extranjero de baja estatura y aspecto enfermizo.»

Arrojó con rabia este artículo.

—¿De dónde diablos han sacado esta historia sobre mi aspecto enfermizo? —murmuró—. No he estado enfermo ni un sólo día en toda mi vida.

Tercera parte

I

SAM Vettori tenía los ojos rojos e hinchados y su rostro moreno parecía más grueso que de costumbre. Últimamente no dormía bien y bebía demasiado whisky. Puesto que el vino era su bebida favorita, el hecho de que ahora tomara whisky podía interpretarse como un indicio de que su estado de ánimo se hallaba bastante atormentado. Masticaba un cigarro y de vez en cuando tomaba un trago de la botella que tenía a su lado.

Rico hacía un solitario con el ala del sombrero bajada sobre los ojos, como siempre.

Big Boy se hallaba sentado frente a Vettori, con el sombrero hongo inclinado sobre una oreja y sus enormes manos, que en otros tiempos habían manejado el pico, reposando en la mesa.

Movió lentamente la cabeza.

—No hay nada que hacer, Sam —decía—. No puedo ayudarte. Yo creo que has perdido el juicio. Están detrás de mí noche y día, ya lo sabes. Ni siquiera llego a defenderme yo mismo. Tenías mucha suerte. Los asuntos te iban demasiado bien. Tú creías que yo era el Padre Eterno. Desgraciadamente, no puedo hacer milagros. Un robo más o menos, no tiene importancia. Pero cuando se trata del asesinato de alguien como Courtney, la cosa cambia. No, Sam. Lo mejor será que te arregles tú solo; durante algún tiempo, convendría que abandonarais la ciudad. Desde luego, lo esencial es que no pierdas la cabeza. Y, sobre todo, vigila que no se asusten los que están en el asunto.

—De eso me encargaré yo —comentó Rico sin alzar los ojos.

—Está bien, Rico —repuso Big Boy—; yo tengo confianza en ti. Pero procura no perder la calma y en lo sucesivo deja quieta la pistola, si no quieres que te pongan Una cuerda al cuello. No lo olvides. Por ahora, no más robos. Quedaos tranquilos. Si tenéis necesidad de dinero, yo os lo proporcionaré. Y ahora es preciso que me vaya. No me telefoneéis más, porque ya os he dicho que no puedo solucionar el problema y la policía podría sospechar.

Se levantó y se inclinó hacia adelante, apoyando sobre la mesa sus dos manos ásperas y velludas.

—Aparte de eso, os felicito por saber actuar con brillantez —agregó—. El director de la Casa Alvarado estaba tan confuso que ha identificado a un agente de paisano como al individuo que estaba acechando en el vestíbulo. ¡Diablo, qué cosa más graciosa! Spike Rieger se puso verde de rabia. Le ha obligado a retractarse, pero ese monigote ha terminado por declarar que los atracadores eran polacos. Y el caso es que han detenido a Steve Gollancz. Éste y su banda acababan de asaltar un banco, y

Steve ha creído que tenían pruebas contra él. ¡Cómo me he divertido!

Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una carcajada que más bien parecía un rebuzno. Sam Vettori, irritado, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Bueno, ríete.

—Naturalmente que me río —replicó Big Boy—. Si tú hubieras visto la cara de Steve cuando ha sabido de qué le acusaban, se te habrían caído los pantalones de tanto reír.

—Steve no es tonto —opinó Rico.

—Has dicho una gran verdad —asintió Big Boy—. Los engaña siempre que quiere. Bueno, yo me voy. Vosotros quedaos tranquilos y tal vez se arregle. Si se pone feo, informadme por medio de Scabby, y entonces será mejor que hagáis todos un viajecito de placer. Hasta la vista.

Cuando hubo salido, le oyeron bajar la escalera armando un gran estrépito.

Rico continuó haciendo su solitario.

—Bueno —dijo Vettori—, tengo la impresión de que no saldremos bien librados de ésta.

—Quisiera tener entre mis manos al que inventó este juego —dijo Rico.

Vettori blasfemó contra su indiferencia; después, sirviéndose otro trago, preguntó:

—¿Tú crees que podemos fiarnos de Joe?

—Sí —contestó Rico—, siempre que no le detengan y le obliguen a hablar. No creo que aguantara un interrogatorio. Es un tipo blando.

—¿Y el Greco?

Rico se rió.

—Ése es como una tumba. El único defecto que tiene es que se emborracha con frecuencia, y entonces comete muchas tonterías. Precisamente ayer tuve que despejarlo dándole un baño de agua fría. En cuanto tiene cuatro centavos, pierde la cabeza. Antes de que yo lo llevara a Toledo, no había visto nunca más de cinco dólares juntos. Pero, aparte de eso, uno se puede fiar de él.

—¿Y Tony?

Rico se quedó en silencio un minuto; luego recogió las cartas y comenzó a barajarlas.

—De Tony no sabría darte una opinión.

Sam Vettori se levantó y se puso a recorrer la sala, enjugándose de vez en cuando el sudor de la frente con su enorme pañuelo de seda blanca.

—¡Rico, no podemos correr riesgos por él!

Sin inmutarse, éste distribuyó las cartas para el póker y comenzó a jugar una partida imaginaria.

—Deja que me ocupe yo de eso —dijo.

Vettori le puso una mano sobre el hombro.

—Así se habla, Rico.

Se arrellanó en la silla y se sirvió otro whisky, pero Rico, alargando el brazo sobre

la mesa, le dio un manotazo y lo derramó.

—No abuses Sam; no debes perder el control.

Vettori tuvo un impulso de furor, pero se contuvo y bajó los ojos.

—Tienes razón, Rico. Esto no hace bien a nadie.

Tomó la botella y la encerró bajo llave en un armario.

II

Hacia las nueve, Carillo entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Abajo, la orquesta acababa de comenzar a tocar.

—¿Qué pasa? —preguntó Vettori levantándose.

—Blackie quiere verle —contestó Carillo.

—Muy bien.

Carillo desapareció.

—¿Qué querrá? —inquirió Vettori.

Rico, que estaba absorto leyendo una revista con el respaldo de la silla apoyado contra la pared, movió la cabeza sin levantar los ojos ni responder. Leía un reportaje que trataba sobre la aventura de una muchacha de clase alta enamorada de un contrabandista. Le fascinaban esas relaciones porque le parecían irreales. A sus ojos, los hombres de clase alta eran blandos y afeminados, pero en cambio envidiaba a sus mujeres. Las había visto descender de lujosos coches a la puerta de los principales hoteles de la Costa de Oro. Las había visto, magníficamente ataviadas, altivas, inaccesibles, avanzar por las alfombras colocadas bajo los toldos, ignorando las obsequiosas inclinaciones de los porteros. Las odiaba. Eran demasiado arrogantes e independientes, y además ignoraban que en el mundo había un personaje llamado Rico.

Blackie Avezzano entró y cerró la puerta tras de sí. Dirigía el garaje de Sam. Era un hombre de corta estatura, con las piernas arqueadas y la piel tan oscura que podía confundírsele con un mulato.

Vettori exclamó con impaciencia:

—Bien, ¿qué tienes que decirme, Blackie?

Rico continuó leyendo la revista. Blackie se sentó junto a la mesa y, por un momento, pareció como si tratara de coordinar sus ideas.

—Vamos, vamos, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Blackie hablaba sólo italiano, pero como Rico no lo entendía y Vettori fingía despreciar su lengua natal, resultaba que cada vez que tenía que sostener una conversación con ellos, pasaba grandes apuros.

—Tony está enfermo —dijo al fin—. Pero no sabe lo que tiene. Se ha puesto malo. Yo he ido a verle y su madre me ha mandado llamar al médico. «Escucha», le ha dicho éste, «tú has bebido. Hazme caso a mí y no vuelvas a beber más». Pero Tony no bebe. ¡Qué diablo! No sería capaz de tomarse ni siquiera una botella de cerveza. Ha perdido el ánimo. Eso es todo.

Vettori miró a Rico, que continuaba leyendo.

—Rico —dijo.

—Lo he oído —contestó éste—; no soy sordo.

Blackie se levantó y se quedó de pie, dando vueltas al sombrero entre sus manos. Vettori sacó su cartera y le tendió un billete de diez dólares.

—Blackie —le advirtió—, ten los ojos abiertos, ¿comprendes?

—Desde luego —respondió él—. Le vigilaré y os mantendré informados. Tony no vale nada. Bien, estaré atento.

Cuando se hubo ido, Rico dijo:

—Ya empieza a asustarse.

—No podemos correr ningún riesgo —repuso Vettori.

—Le daré de tiempo hasta mañana —pronunció Rico—. No podrá hacer gran cosa si Blackie no descuida su vigilancia. Y... si no recobra el sentido común, ¡adiós, Tony!

III

Hasta el momento, Tony demostraba tener un carácter más bien dúctil y sabía tomar las cosas como venían. Sin embargo, era bastante inconstante; pasaba sin transición de la cólera a la alegría, y sólo estaba melancólico el tiempo justo que tardaba en darse cuenta de que había caído en este estado de ánimo. No, jamás había conocido la depresión que se deriva de una desesperación sin límites. Pero ahora la experimentaba y comprendía que no podría soportarla. Pensaba en el pasado como en una época mítica en que disfrutaba de tranquilidad de espíritu.

No era capaz de disfrutar con nada. El temor de ser arrestado le perseguía incluso en el cine, que en otro tiempo había sido su mayor diversión. Magde, su novia, le veía tan distinto que terminó por creerle enamorado de otra muchacha, y le trató en consecuencia. No se calmaba ni siquiera con la presencia de su madre, la cual había advertido que le pasaba algo. Bebía, jugaba al billar, daba vueltas en coche, pero el miedo le acosaba y no le daba reposo. Después empezó a sentir fuertes dolores de estómago, y el mal se intensificó de tal forma que la presencia de alimentos le producía náuseas. Así fue que adelgazó rápidamente.

No veía cómo salir de aquello; en realidad, no había salida. Pero, poco a poco, se fue abriendo camino a través de su espíritu la idea de acudir al reverendo Mac Conagha para pedirle consejo. No era bastante inteligente para comprender que necesitaba una persona a la que confiarse, pero, inconscientemente, llegó a esta conclusión.

Las atenciones que Blackie tenía para con él le reconfortaban algo. Venía a verle todas las tardes, y se encargó de avisar al médico un día que su dolor de estómago fue más agudo que de costumbre.

En otra ocasión, su madre le palmeó la espalda para animarle.

—Antonio —dijo—, voy a ver cómo está la señora Mangia. Está a punto de dar a luz un nuevo hijo. ¡Piensa un poco! Con éste serán doce.

Tony trató de sonreír.

—¡Doce! —añadió su madre, moviendo lentamente la cabeza—. Y pensar que con uno hay más que suficiente.

—Sobre todo si es tan malo como yo.

—Tú no eres malo, Antonio —replicó su madre—; solamente eres un poco perezoso.

Tony se calló.

—Escucha, Antonio —prosiguió su madre—. He dejado *spaghetti* en el hornillo. Si te apetecen, cómetelos. Tienes que recuperarte.

—De acuerdo.

Su madre se marchó. Cuando apenas había salido, Tony se fue a su cuarto. El miedo se apoderó de él nuevamente. Un simple ruido de pasos en el corredor le puso la piel de gallina y su frente se bañó de sudor. Se puso de pie y comenzó a recorrer agitadamente la estancia. Estaba iracundo y comenzó a maldecir en voz alta a Rico y a Vettori. Después su ira se apagó y el terror le invadió otra vez.

De pronto, Blackie entreabrió la puerta.

—¿Cómo te sientes, Tony? —preguntó.

—Hola, Blackie —contestó—. Entra y fuma un cigarrillo.

Blackie tomó uno del paquete que le ofrecía y se sentó. Mientras fumaba, no apartaba la vista de él.

—¿Qué te pasa, Tony? —inquirió—. No haces muy buena cara.

Tony le miró y después se puso a temblar como una hoja.

—¡Ya no puedo más! No hay duda de que nos atraparán. ¿No has leído los periódicos de la tarde?

Blackie se encogió de hombros.

—No sé leer.

—Nos ha llegado el final —se lamentó Tony—. Dios mío, no puedo comprender cómo puede aguantar Rico.

—No tiene miedo.

—Pues debiera tenerlo. Él es el responsable de todo.

Blackie volvió a encogerse de hombros.

—No podía hacer otra cosa. Courtney trató de sacar la pistola.

De repente, Tony se quedó lívido como un muerto. Había oído detenerse un automóvil a la puerta de la casa. Corrió a la ventana y miró a la calle; después dijo:

—Me parece que es la policía.

—Escucha —repuso Blackie—, harías mejor en calmarte. Lo que te pasa es que no tienes valor. Rico dice que hay que ser hombre. Eso está bien. Hay que ser hombre. Deberías tratar de calmarte.

—¡Que se vaya al diablo Rico! —replicó Tony.

Blackie se encogió de hombros nuevamente.

Tony permaneció unos momentos en pie en medio de la estancia, mirando el suelo; luego, decidiéndose de improviso, se dirigió a la percha y cogió el sombrero.

—¿Dónde vas? —interrogó Blackie.

Tony dudó.

—Yo voy contigo —añadió Blackie.

—No —se opuso Tony—. Vete a casa. —Y mirándole con firmeza declaró—: Me voy a San Domenico a ver al reverendo Mac Conagha.

—¿Qué dices? —gritó Blackie alarmado—. No pretenderás contárselo todo, ¿verdad?

—Haré lo que me parezca —manifestó Tony con vehemencia.

Blackie le agarró por un brazo.

—Tony, muchacho, quédate aquí. Escucha, Tony. Tú estás enfermo. Pórtate como un hombre; atiende lo que te digo: sé hombre.

Tony le rechazó con violencia.

—Vete a casa, Blackie.

Acto seguido, salió. Blackie le oyó andar lentamente por el corredor. Cuando ya no se oían sus pasos, se levantó de un salto, abrió una ventana que daba al patio, bajó por la escalera de seguridad y tomó un atajo por las callejas que le condujo en pocos minutos al Palermo. Llamó en la puerta de servicio, y Carillo le hizo entrar.

IV

Vettori miró a Rico, que no decía nada.

—¡Loco, loco! —exclamó Blackie—. Yo le he dicho: «Debes ser hombre, ser hombre.» Pero él ha respondido: «Haré lo que me parezca.»

Rico se puso el abrigo rápidamente.

—Bueno, yo creo que es suficiente —dijo Sam Vettori.

—Sí —contestó Rico—; estamos de acuerdo. Ahora, procúrate un coche, Sam, y vámonos. No hay tiempo que perder.

Vettori se pasó la mano por el rostro.

—Yo no voy —declaró.

Rico le miró.

—Llévate a Blackie —añadió Vettori.

Éste le miró con ojos de súplica.

—Blackie no me sirve —replicó Rico.

—No —asintió él—; yo no sirvo.

En ese momento, Carillo asomó la cabeza por la puerta.

—Reilley está abajo, patrón.

—Toma a Carillo.

Éste les miró con aire suspicaz. Rico atravesó la estancia y le cogió por el brazo.

—Escucha, Carillo; ¿sabes conducir?

—Desde luego.

—¿Eres capaz de lanzarlo a toda marcha cuando yo te indique?

—Naturalmente que sí.

—Bueno, pues entonces vámonos.

—Coge el coche negro —le dijo Vettori—; pero procura no hacerlo pedazos.

Carillo salió apresuradamente, dejando la puerta abierta. Rico se encargó de cerrarla. Después, se expresó así:

—Sam, tienes menos sangre en las venas que Tony. Y ahora, escucha. Baja y habla de negocios con Reilley. Intenta aparentar calma. Dios mío, llegará el momento en que tendré que hacerlo todo yo.

Vettori le miró con odio pero se limitó a decir:

—Ahora, tú eres el jefe, Rico.

Éste salió. Blackie exclamó:

—¡Adiós, Tony!

Carillo esperaba en la callejuela al volante del coche negro. Rico saltó al interior y el vehículo salió disparado. Carillo dio la vuelta a la esquina a toda marcha.

—¿Estás seguro de haber tomado el camino más corto? —preguntó Rico.

—Por supuesto —contestó Carillo—; yo no hago nunca las cosas a ciegas.

—Está bien —repuso Rico—. ¡Adelante!

Empezaba a soplar fuerte el viento y a nevar en grandes copos que se veían a la luz de los faroles y de los escaparates iluminados. El suelo quedó blanco en pocos minutos.

Carillo había tomado el camino más corto, y Rico, que había colocado la pistola automática en el asiento, a su lado, aguzaba sus ojos en vano. No se veía ni el menor rastro de Tony.

—Si no lo encontramos, Blackie lo pagará caro —masculló.

—No se sulfure, jefe —dijo Carillo.

Las altas torres de la catedral de San Domenico se alzaban al final de la calle desierta. Ahora, Carillo conducía lentamente. De pronto, señaló con el dedo algo, al pie de la escalinata.

—Allí hay alguien.

Rico se inclinó para mirar.

—Acelera —ordenó—. Me parece que es Tony.

Carillo cumplió la orden. Bajo la nieve, una forma indistinta se fue precisando poco a poco. El hombre se detuvo y alzó los ojos. Cuando el coche estuvo a su altura, se volvió.

—¡Tony! —llamó Rico.

—Sí —respondió—. ¿Quién es?

Rico disparó. Una lengua de fuego iluminó la oscuridad. Rico vació todo el cargador. Tony se desplomó sin proferir ni siquiera un lamento.

—Ya hemos terminado, Carillo. ¡Acelera!

V

Joe y Olga estaban sentados en una tranquila esquina del comedor de un hotel de la Costa de Oro. Estaban esperando el postre. Joe, lleno de satisfacción, se sentía inclinado a la amabilidad y miraba a Olga en silencio. Era la mujer que más amaba. Naturalmente, cuando ella estaba ocupada salía con otras muchachas, pero esto carecía de importancia. Olga era la mujer que más quería, su novia. Los demás hombres tampoco contaban para ella; estaban muy unidos. Ahora, la examinaba en silencio. Estaba allí enfrente, con el rostro redondo y aceitunado, pómulos

ligeramente salientes y grandes ojos negros sombreados por un sabio maquillaje. Sus largos dedos cubiertos de joyas le fascinaban. Su elegancia y su fragilidad le despertaban sentimientos de protección y virilidad.

—Bien —dijo ella—, ¿me has mirado bastante?

—Escucha, criatura —contestó—; eres una perla. No es broma. Tienes muchas cualidades. Te aseguro que en todo Chicago no hay una mujer capaz de rivalizar contigo. A tu lado, todas las demás no existen.

Olga alargó la mano a través de la mesa y le acarició.

—No creo una palabra, pero repítelo. Me agrada oírte lo decir.

—No es broma.

—¡Qué hombre!

El camarero llegó con los postres.

—Escucha —dijo Olga mirando su reloj de pulsera—, vámonos al cine. Tengo tiempo.

A Joe no le atraía el cine, con todos sus melindres sentimentales. Pero quería contentar a Olga, y accedió:

—Está bien. ¿A cuál vamos?

Olga se dirigió al camarero.

—¿Quiere traer un periódico, por favor?

El camarero se lo entregó a Joe. Éste lo desplegó con intención de mirar la cartelera de espectáculos, pero su mirada se detuvo en la primera página y se puso a leer con gran atención la noticia que venía en ella.

Olga se dio cuenta de que la volvía a leer. Cuando por fin alzó la mirada, tenía una expresión de estupor en los ojos y su rostro se había quedado pálido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ella.

Contestó:

—Han quitado a Tony de en medio.

—¿Quién?

—No lo sé. Supongo que Rico. Al parecer, ha debido intentar traicionarnos.

Se pasó una mano por la frente; después sacó su pitillera de oro, pero sin ninguna ostentación esta vez, tomó un cigarrillo y lo encendió. Olga le cogió el periódico y leyó:

LA LUCHA ENTRE LAS BANDAS RIVALES CONTINÚA UNA NUEVA VÍCTIMA

«Antonio Passalacqua, conocido con el nombre de Tony Passa, y que al parecer formaba parte de la banda de Sam Vettori, ha sido encontrado muerto cerca de la escalinata de la catedral de San Domenico... Según las informaciones de la policía, hasta el momento no se han encontrado testigos... Interrogado Sam Vettori sobre el

asesinato, ha declarado no saber nada del asunto, pero ha sugerido que la muerte podría ser obra de una banda rival. La policía considera la hipótesis como probable.»

—¡Caramba! —exclamó Joe.

Olga pasó rápidamente a la página teatral.

—Joe, tesoro —dijo—, en el Oriental hay una buena película cómica. ¿Qué te parece?

Joe dejó su cigarrillo a medio consumir, aplastado en el cenicero.

—Rico no ha perdido el tiempo.

—Joe, ¿quieres ir a ver esa película cómica? —insistió Olga.

—Claro que sí —contestó—. Vámonos.

En el taxi, durante todo el recorrido que hicieron hasta el cine, no dijeron una sola palabra. Solamente al descender, comentó:

—¡Diablo, ese Rico maneja la pistola con demasiada desenvoltura!

—No pienses más en ello, amor mío —le aconsejó Olga.

VI

Cuando entró Rico, la Foca estaba sentada en el alféizar de la ventana y Otero se hallaba tendido en el lecho y cantaba a voz en cuello. Rico atravesó la sala y puso la mano en la espalda de la mujer.

—Si no recuerdo mal, tú habías prometido vigilar a Otero, ¿no? —dijo.

—No puedo con él —contestó la Foca.

Rico se aproximó al lecho y miró a Otero.

—Señor Rico —gritó—, escucha lo que te voy a cantar.

Rico se volvió.

—Foca —dijo—, este tipo terminará por cantar más de la cuenta si tú no consigues quitarle la borrachera.

—Yo no soy enfermera —replicó ella—. Un hombre debe saber lo que se hace. Además, ¿qué quieres que haga? No me es posible despejarlo.

—Lo que ocurre es que tú no tienes el más mínimo sentido común —dijo Rico.

—Muy bien, sabelotodo. Ya veremos qué eres capaz de hacer tú.

—¿Tienes hielo?

—Sí —contestó la Foca sin moverse.

—Entonces, ¿por qué demonios no vas a por él?

La Foca le temía, pero no quería darlo a entender. Se levantó con toda calma, y cogió uno de los gruesos cigarros de Otero, lo encendió y expulsó una bocanada de humo. Después, habiéndole demostrado de este modo que no la asustaba, se fue a la cocina a buscar el hielo.

Rico se sentó en la cama.

—Otero —preguntó—, ¿tienes a mano algo para beber?

—Yo no quiero beber —balbuceó Otero—. Quiero cantar para ti.

Rico le dio un bofetón.

—¡Con qué gentuza tengo que tratar yo!

Otero le miró asombrado.

—¿Qué tienes contra mí?

—Eres un puerco y vil cobarde.

—Yo no soy cobarde —gritó Otero tratando de levantarse.

Rico le golpeó de nuevo, esta vez mucho más fuerte, haciéndole caer en la cama. Otero se llevó la mano a la cara y fijó los ojos en él.

—Si todavía te queda algo de bebida, será mejor que me digas dónde la tienes.

Otero sacó una botella medio llena de debajo de la almohada. Rico se la guardó en el bolsillo.

—Devuélveme esa botella —dijo Otero, rojo de ira.

Intentó nuevamente ponerse en pie, pero Rico le pegó en el mentón y se desplomó. En ese mismo instante apareció la Foca con unos cubitos de hielo envueltos en una toalla.

—¿Por qué diablos le pegas? —protestó.

—Quiero quitarle la borrachera y que no le queden ganas de coger otra.

—Bien, aquí tienes esto.

Rico tomó un pedazo de hielo en cada mano y comenzó a frotar el rostro y el pecho de Otero. Frotaba con fuerza y le hacía daño, obligándole a debatirse.

—Rico, ¿qué te he hecho yo? —se lamentó—. Tú eres mi amigo. ¿Por qué me tratas de este modo?

—Dentro de poco se pondrá a llorar —dijo la Foca.

De pronto, Otero se enfureció y se puso a forcejear con tal ímpetu que rechazó a Rico y saltó del lecho. El hielo quedó machacado por el suelo. Rico se aproximó y se preparaba para descargarle un puñetazo cuando la Foca lo cogió por un brazo.

—¡Por favor, déjalo tranquilo! —gritó—. ¿No tiene ya bastante con su mal estado?

Rico montó en cólera y la golpeó con la mano que le quedaba libre.

—¡Maldita sea! —barbotó—. ¡Vaya cuadrilla de cobardes y llorones que me ha caído en suerte! Escucha, estúpida, ¿acaso no es él quien te mantiene? ¿Y qué quieres? ¿Que venga a prenderlo el coche celular?

Otero atravesó la sala tambaleándose. De un salto, Rico le alcanzó y le golpeó,

haciéndole caer al suelo. Otero alzó la cabeza y le miró débilmente.

—Rico —gimió—, ¿qué te he hecho yo?

Éste recogió el hielo, e inclinándose sobre él, empezó a frotarle con más fuerza que al principio. Otero se quedó sin aliento.

—Escucha —le dijo Rico—, debo despejarte la borrachera. Yo soy tu amigo, Otero, y no quiero que por tu culpa nos ahorquen a todos. ¿Me oyes? ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? Debes despejarte y no beber más.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Otero.

—Está bien, Rico —asintió.

Tardó aproximadamente media hora en hacerle desaparecer los efectos del alcohol. La Foca estaba sentada con los pies colgando y fumaba uno de los gruesos cigarrillos de Otero, que, pálido y agitado, miraba a Rico.

—Bueno, gran hombre —dijo la Foca—, debo rendirte homenaje. Lo has conseguido.

Rico sonrió. Y sacó un billete de diez dólares de la cartera.

—Esto es un regalito para ti. ¿No te habrás ofendido porque te haya pegado? Cuando lo he hecho, estaba ofuscado.

—No me has pegado fuerte —repuso la Foca—; pero, desde luego, estos diez dólares me los he ganado.

Otero no tenía gran cosa que decir y, avergonzado, se limitaba a mirar el suelo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Rico.

—¿Yo? Un poco mejor —contestó.

—¿Quieres un traguito?

Le miró, sin decidirse a creerle. Después asintió con la cabeza. Rico le entregó la botella.

—He dicho un traguito —le recordó.

Otero bebió un sorbo y luego dejó la botella.

—Ahora —dijo Rico—, arréglate. Tenemos que ir a ver a Tony.

VII

En la Pequeña Italia se especulaba sobre la decadencia de Sam Vettori. Naturalmente, nadie sabía la verdad completa, pero los hechos principales se conocían en general.

Se decía que su estrella empezaba a declinar y que, en cambio, la de Rico empezaba a cobrar brillo. Éste siempre había tenido suerte, y nadie lo dudaba. Por lo demás, en todo momento había inspirado miedo. Y ahora, como probable jefe de una de las bandas más importantes, cuyas actividades eran muy diversas y las ganancias enormes, había conseguido un considerable prestigio y todo el mundo procuraba tratarle con respeto.

Cuando entró en casa de Tony, algunos miembros de la banda de Vettori que estaban sentados cerca de la puerta se levantaron y le ofrecieron sus sillas. Él declinó el ofrecimiento con un gesto de la cabeza y se acercó a Sam. Otero, que había entrado también, se detuvo a hablar con Blackie Avezzano.

Carillo le acercó una silla a Rico, y éste se sentó al lado de Vettori, el cual murmuró:

—Le haremos un buen entierro al muchacho. Eso causará impresión.

Rico miró hacia el otro extremo de la estancia, donde había una gran corona en forma de herradura, en cuya cinta se podía leer una sola palabra: *Tony*. Era él quien la había enviado.

—Cierto —dijo.

Estaba un poco inquieto. Y no porque sintiera ningún remordimiento. Lo que había hecho lo consideraba simplemente como un acto defensivo. Según su opinión, el que se comprometía debía mostrarse valiente. Si alguien se desmoralizaba, no tenía remedio. Rico jamás se mostraba dispuesto a dejarse ganar por el arrepentimiento. Eran todas aquellas flores con su perfume intenso las que le producían un ligero malestar.

—Desde luego lo han arreglado muy bien —comentó Vettori, indicando el ataúd con un movimiento de cabeza—. Nadie diría que está muerto. Parece que duerma.

—¿Sí? —dijo Rico.

—No consigo comprender cómo lo hacen... —añadió Vettori.

Carillo atravesó la sala y bisbiseó algo en los oídos de Rico.

—En el vestíbulo hay dos policías.

—¿Entrarán? —preguntó Rico.

—No lo creo.

—Muy bien.

Hubo un cierto movimiento en la puerta. La señora Passalacqua apareció con dos amigas. Venía de rezar por Tony en San Domenico. Rico se levantó y le ofreció su silla. Ella se sentó. Una de las mujeres la ayudó a quitarse el sombrero. Tenía el cabello gris dividido en dos bandas lisas por una raya central y en la cara mostraba una palidez de muerte. Llevaba un sencillo vestido negro, y permanecía con las manos en el regazo, con los ojos fijos en el féretro.

Rico se acercó para mirar a Tony. A la cabecera del ataúd habían colocado dos gruesos cirios, uno de los cuales estaba un poco inclinado y lagrimeaba. Tony se hallaba postrado y con las manos unidas sobre el pecho. Rico apartó su mirada. Tal

vez esperaba que Tony hubiera cambiado, pero no era así. Tenía la misma expresión de cuando jugaba al póker con tanto ardor. Sí, el mismo... sólo que ahora estaba muerto. Observó la rigidez de su cara, la piel apergaminada, y se quedó fascinado mirándolo.

Carillo le puso una mano sobre la espalda.

—Patrón, los policías quieren hablar con usted.

Rico asintió con la cabeza.

—Dicen que salga al vestíbulo —añadió Carillo.

—Está bien —dijo Rico, volviéndose de espaldas al féretro—. Llama a Otero.

Éste se acercó y se puso a mirar a Tony.

—Escucha —le habló Rico—, puede ser que vengan a arrestarme. No lo sé. Si es así, me dejaré coger. No tienen pruebas contra mí. Pero si las cosas se pusieran mal, Scabby te informaría. Mi dinero lo tiene «mamá» Magdalena. ¿Comprendes?

—Sí.

Rico atravesó la sala y Otero le siguió. Antes que aquél hubiera alcanzando la puerta, la madre de Tony se llevó de improviso las manos a la cara y se puso a sollozar sin reprimirse.

—¡Oh, Tony, Tony! —gritó.

Sus amigas trataron de calmarla, pero las rechazó y, levantándose, se acercó al ataúd y miró el cadáver. Después, sin cesar de llorar, se dejó conducir por las dos mujeres al cuarto vecino.

—¡Ah, las mujeres, las mujeres! —dijo Rico.

Otero se encogió de hombros.

—Después de todo era su hijo —observó.

Algunos italianos de aspecto miserable ocupaban el vestíbulo. No conocían a la Passalacqua, pero habían venido a curiosear. Estaban en silencio, esforzándose en echar una ojeada en el interior a través de la puerta entreabierta. Había mujeres con vestidos sencillos medio rotos, con niños en brazos y agarrados al cuello, mujeres encinta; viejos con cabellos blancos y rostros morenos y arrugados; muchachas que trataban de imitar la moda americana. Cuando Rico salió, todos fijaron los ojos en él.

Flaherty lo cogió por el brazo.

—Rico —le dijo—, ven conmigo al otro lado del vestíbulo. Tengo que hablar un momento contigo.

—¿Han venido para arrestarme? —preguntó.

Flaherty sonrió.

—¿Es qué acaso tienes la conciencia sucia? Desde luego, no me sorprendería.

Rico se dio cuenta de que el otro agente, a quien veía por primera vez, le examinaba detenidamente. Se plantó ante él, y lo miró con insolencia.

—¿Qué significa esto, Flaherty? —inquirió.

—Escucha —respondió éste—, tranquilízate, que no hemos venido a arrestarte. Ya lo sabes. Debieras estar detenido, pero no es así. Bueno, ¿vienes conmigo o no?

—Con mucho gusto.

Otero salió al vestíbulo y se detuvo a mirarlo. Rico se dirigió al rincón con los dos agentes. Algunos italianos los siguieron impulsados por la curiosidad, y se pararon ante ellos con la boca abierta, pero Flaherty los hizo alejarse agitando los brazos, como si fueran gallinas a las que estuviera espantando.

—Fuera, fuera —dijo—, ocupaos de vuestros asuntos.

Se retiraron lentamente, mirando hacia el rincón.

—Muy bien —pronunció Rico—, vamos al grano.

Flaherty sacó un grueso cigarro y comenzó a mordisquear una de sus puntas. El otro policía continuaba examinando a Rico, que se preguntaba el significado de aquello. De pronto, se dio cuenta de que aquel rincón de vestíbulo estaba más iluminado que los otros. ¿Acaso trataban de identificarle? Bueno, ¡pues que lo vieran bien!

—Oye, Rico —dijo Flaherty—, tú me caes bien y quiero darte un consejo. De ahora en adelante, las cosas se pondrán difíciles para ti y tus amigos. El viejo nos lo ha impuesto como un deber. Piensa en ello. De modo que si tienes algo sobre tu conciencia, será mejor que lo sueltes. —Se interrumpió para encender el cigarro. El otro agente no cesaba de observarle. Flaherty añadió—: El que confiese, no se arrepentirá. En cambio, los otros tendrán que contar con la ayuda de Dios.

En los labios de Rico se insinuó una ligera sonrisa.

—Deje de hacer comedia.

Flaherty echó una ojeada a su acompañante, pero éste movió negativamente la cabeza. Entonces Flaherty se expresó así:

—Bien, yo sólo te doy un consejo de amigo.

—Sí, claro —repuso Rico irónicamente—. Ustedes, los de la policía, resultan unos amigos muy raros. Una vez estuve dos años pensando en esa clase de amistad. Encerrado, ¿sabe? Desde luego, no tengo nada que decirle. Supongo que no se enfadará por eso. ¿Acaso cree que soy tonto? ¿Cuándo me ha visto ir con cuentos a la policía?

Flaherty se rió:

—Alguna vez tendrás que empezar. Está bien, Rico; puedes marcharte.

Los dos policías se abrieron paso a través de la gente y desaparecieron. Rico volvió al lugar donde estaba el cadáver de Tony. Otero y Sam Vettori le esperaban. Este último se enjugaba el rostro con su gran pañuelo de seda blanca.

—¿Y bien? —preguntó.

Rico se encogió de hombros.

—Están tanteando el terreno.

—¿Qué querían?

—Creo que Flaherty pretendía que el otro individuo que le acompañaba me reconociera.

—Tengo la impresión de que las cosas se están complicando.

Cuarta parte

I

HACÍA tres o cuatro años que Carillo (en sus buenos tiempos campeón de tercera categoría de pesos semipesados) era el jefe de una de las bandas de máquinas tragaperras que dirigía Vettori. Los miembros de esta banda estaban especializados en acciones violentas de intimidación: lanzaban bombas y destruían los bares y los cabarets de las bandas rivales. Eran, en otras palabras, la tropa de asalto de Vettori. Carillo era un buen lugarteniente porque cumplía las órdenes al pie de la letra y porque tenía un carácter apocado que le impedía creerse capaz de dirigir las cosas por cuenta propia. Vettori confiaba en él y lo consideraba un subalterno bueno y honesto, sin ambiciones.

No obstante, desde la muerte de Courtney, Vettori veía en la actitud de Carillo la señal de su propia decadencia. Observó que se había inclinado hacia Rico y le llamaba «patrón». Desde luego, no usaba a la ligera el título de «patrón», ya que no era para él un término convencional. Cuando le decía a alguien «patrón», es que lo consideraba como tal.

Vettori, realmente preocupado, comenzó a observar idénticos indicios en torno suyo: en Blackie Avezzano, en Pepi el Asesino, y así en uno tras otro. Por su parte, nunca había podido ver a Rico, pero ahora lo odiaba. En otra época, si Carillo, o Pepi el Asesino, hubieran dejado de serle fieles, los habría liquidado sin preocuparse de las consecuencias. Pero ahora, eso ya no tenía sentido. Se sabía vencido y reconocía la necesidad de llegar a un acuerdo. El patíbulo se delineaba sobre el horizonte, pero la pistola de Rico prometía una muerte todavía más insoslayable. No había repartido jamás sus ganancias con nadie. Se había guardado el máximo y repartía lo menos posible. Sin embargo, en estos momentos se trataba de repartir o morir, y la verdad es que no encontraba ningún placer en la idea de que la muerte pudiera llegarle. Por consiguiente, mandó llamar a Rico.

Éste se presentó totalmente transformado, seguido de Otero, Carillo y Pepi el Asesino. Llevaba un grueso abrigo y un sombrero hongo similar al de Joe. Lucía polainas color tórtola sobre los zapatos de charol, y un alfiler de brillantes, en forma de herradura, lanzaba destellos sobre su corbata a rayas blancas, rojas y verdes.

Vettori lo contempló de pies a cabeza, y guiñó un ojo a Pepi el Asesino, pero el rostro de éste parecía de mármol. Carillo le acercó una silla a Rico.

—¿Qué quieres decirme, Sam? —preguntó sentándose, y desabrochándose el abrigo estiró sus pantalones para preservar la raya.

Vettori dudó.

—Me gustaría hablarte a solas, Rico.

—No —se opuso éste—. Te conozco bien, Sam, y quiero que estos muchachos lo

oigan todo. Vamos, habla.

Vettori empezó a sudar. Pepi el Asesino dijo:

—Sabemos bien lo que te ocurre.

—Vosotros lo sabéis todo, ¿verdad? —replicó Vettori.

—Naturalmente que sí.

Nadie respiró. Rico se quitó el sombrero y empezó a peinarse. Vettori sacó las cartas y las dispuso para hacer un solitario.

Pepi añadió:

—Sabemos que te asustaste, Sam, cuando Tony perdió la cabeza y se fue a ver al reverendo Mac Conagha. ¡Oh, nos dimos cuenta!

Vettori levantó los ojos y le miró.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué debería haber hecho? Además, ¿quién es el que os paga?

Rico dejó de peinarse.

—No te vuelvas malo, Sam.

Pepi el Asesino cruzó la sala y apoyó la espalda contra la puerta. Otero se sentó junto a Vettori.

—Bueno —agregó Rico—, si quieres hablarme, empieza ya, pues no tengo la intención de perder toda la noche.

Vettori suspiró profundamente, después puso las cartas sobre la mesa y miró a los hombres que estaban a su alrededor, comprobando en todos los rostros una expresión hostil.

—Está bien —accedió—, hablaré. Pero, ¿por qué recurrir a la violencia? Sentaos, muchachos; haré que nos sirvan alguna bebida.

Los tres miraron a Rico.

—De acuerdo —decidió éste—. Ve y trae algo para beber, Carillo.

El aludido se levantó y abandonó la estancia. Nadie dijo una sola palabra. Fuera, iba extendiéndose el crepúsculo invernal, y el gran rótulo luminoso se veía al través de la ventana. Todos se fijaron en él:

CLUB PALERMO DANCING

Carillo trajo la bebida y entonces todos se sentaron en torno a la mesa, bajo la lámpara verde. Como era habitual, Otero, Carillo y Pepi el Asesino bebían whisky, Vettori vino y Rico gaseosa.

Vettori puso el vaso sobre la mesa.

—Ahora, Rico —dijo—, debo hacerte una proposición.

—Está bien —asintió éste—; habla.

—Siento que estoy envejeciendo. He cumplido cuarenta y cinco años, y a esas alturas de la vida ya no se pueden hacer grandes cosas.

—No es cierto que estés envejeciendo, Sam —le interrumpió Rico—. Lo que pasa es que no tienes valor.

Pepi el Asesino soltó una estrepitosa carcajada y dio un puñetazo sobre la mesa. Pero Vettori se tragó el insulto.

—Está bien, Rico —siguió pausadamente—; tú lo crees así. Sea como sea, el caso es que necesito un socio. Tú eres joven, y el valor no te falta. Todos los compañeros te queremos bien y cumpliremos tus órdenes. Yo estoy llegando al final de mi carrera, y a ti se te presenta ahora una buena ocasión de abrirte camino. Eso, ésta será una buena ocasión, ¿no te parece?...

Pareció meditar unos instantes y luego agregó:

—...En cuanto a las ganancias, iremos a medias.

Carillo y Pepi cruzaron una mirada. Otero empezó a canturrear para sí. Rico replicó:

—Me lo pensaré.

Vettori comenzó a sudar nuevamente. ¿Intentaría Rico desembarazarse de él?

—Bueno —repuso, con un ligero temblor en la voz—, no se trata de dejarlo o tomarlo. Te tengo simpatía, Rico, y quiero favorecerte. ¿Quién es el que tiene el capital? ¿Y las relaciones? ¿Qué diablos van a hacer tus muchachos si no cuentan con Big Boy para que los saque de los embrollos en que se metan?

—Yo me las entiendo muy bien con él —respondió Rico—. Precisamente esta mañana ha venido a buscarme.

—Sí —confirmó Pepi—; lo he acompañado yo.

Vettori preparó las cartas para otro solitario.

—Las cosas son como son, Sam —dijo Rico—. Tú estás buscando el modo de aprovecharte. ¿Crees que somos estúpidos? Tú pretendes que las fatigas me correspondan a mí y, mientras tanto, tú vivir cómodamente. ¿A eso le llamas ir a medias? ¿Sabes qué te digo? Yo por partes iguales entiendo algo muy diferente.

—En todo caso, no pretendo darte limosna —arguyó Vettori, que empezaba a impacientarse.

Rico se levantó, abrochándose el abrigo.

—Como quieras, Sam.

Éste lanzó las cartas violentamente sobre la mesa. .

—¿Qué pensáis vosotros, muchachos? —preguntó, dirigiéndose a Carillo, a Pepi y a Otero.

Los tres se limitaron a mirarle sin responder.

—¿No os parece justa mi proposición?

—No —contestó Rico—. Estoy seguro de que tú y yo no haremos negocios juntos.

Se caló el sombrero y se dirigió hacia la puerta; los otros tres se levantaron y le siguieron. Vettori también se puso en pie. Tenía el rostro palidísimo.

—Escucha, escucha —pidió con vehemencia—. No harás que me marche de aquí, ¿verdad?

Estaba dominado por el pánico. Rico, parado ante la puerta, le miraba fijamente.

—Simplemente, se me ha ocurrido abrir un local aquí al lado —dijo.

Vettori sabía que esto significaba su fin. Había participado en media docena de combates contra bandas rivales, pero de eso hacía bastante tiempo. Ahora había por lo menos cinco bandas distintas en la vecindad; sin embargo, desde hacía tres años reinaba una relativa tranquilidad. Pensando en ello, deploraba amargamente el pasado. Lamentaba haber conocido a Rico, en aquella época un desconocido italiano de Youngstown. Pero esto ya no tenía remedio.

—Bueno, Rico —dijo—, tú eres joven y no tienes mucha experiencia. ¡Qué diablo! Tal como van las cosas, no duraremos ni un mes si nos enfrentamos. Escucha, Rico, ¿qué entiendes tú por reparto equitativo?

Rico se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, con delicadeza, para no despeinarse.

—Yo reconozco que tienes relaciones importantes, Sam, y por ese lado me conviene asociarme contigo. Pero debes tener el suficiente cerebro para comprender que no puede haber dos jefes. En cuanto a repartir los beneficios por partes iguales, estoy de acuerdo. Solamente debo advertirte una cosa: no debes olvidarte nunca de que yo soy el jefe.

Vettori miró a los otros.

—¿Qué decís, muchachos?

—Estamos de acuerdo con Rico —contestó Pepi.

Otero y Carillo asintieron con la cabeza. Vettori dejó caer la mano sobre la mesa.

—¡Perfecto!

II

La banda ofreció un banquete de homenaje a Rico en una de las grandes salas del Palermo. La mesa era muy larga y estaba cubierta con un hermoso mantel blanco. Banderolas blancas, rojas y verdes adornaban las lámparas, y en las paredes se entrecruzaban enseñas americanas e italianas.

A las once comenzaron a reunirse los personajes más importantes. Pepi el Asesino vestido con un elegante traje azul y cubierto con sombrero hongo, iba acompañado por su amiga Urraca Azul; Joe Sansone, pistolero profesional y antiguo boxeador de peso ligero, apareció vestido de smoking y seguido de Kid Bean, un siciliano de pelo

oscuro y ensortijado como el de un negro, que parecía su sombra. Después, Octavio Vettori, primo de Sam, quien no contaba todavía veintiún años y ya era famoso como pistolero y estaba considerado como un futuro jefe de banda. A continuación Otero, Blackie Avezzano y Carillo entraron acompañados de sus respectivas amigas.

Se quedaron de pie, un poco envarados en sus trajes de etiqueta, y trataron de iniciar una conversación. Los hombres, como ocurre habitualmente, hablaban de sus asuntos. Octavio opinaba que los policías eran una cuadrilla de granujas. Joe Sansone creía que los policías federales tampoco valían gran cosa, y además estaban más corrompidos. Octavio Vettori no compartía este criterio. Manifestó que los policías federales eran unos estúpidos y que, por lo tanto, resultaba más difícil sobornarlos. De este modo se inició una discusión.

Cuando entró Sam Vettori, todos ellos estaban gritando como energúmenos.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó—. ¡Vaya modo más educado de comportarse en un banquete! Parecéis un grupo de irlandeses en un comicio. ¡Silencio!

Octavio baló como un cordero:

—Bé, bé.

Todos se echaron a reír. Otero sacó del bolsillo una botella de whisky, bebió un trago y se la pasó a la Foca; ésta no bebió pero se la entregó a Octavio para que corriera. Así, la botella dio la vuelta en torno a la sala y regresó a su punto de partida.

—Sí que habéis tomado precauciones, muchachos —dijo Vettori—. Alguno de vosotros, ¿no ha traído la merienda por casualidad?

—Bé, bé —volvió a balar Octavio.

—¡Qué gracioso! —se rió Urraca Azul.

—¡Bah! Eso no es nada —replicó éste—. Escucha.

Metiéndose tres dedos en la boca, lanzó un silbido capaz de romperle el tímpano a alguien.

—¡Dios mío!... —exclamó Octavio—. ¡La policía! Bé, bé.

Entraron tres camareros trayendo algunas botellas de whisky. Las dejaron sobre la mesa y después salieron.

—Esto es para abrir el apetito —dijo Sam.

—Es un aperitivo —le corrigió Joe Sansone.

Octavio le golpeó en la espalda.

—¿Qué demonios has dicho? ¿Qué clase de idioma hablas?

Joe le separó dándole un empujón.

—Vosotros, idiotas, no sabéis nada. La gente elegante dice un aperitivo.

—Claro que lo dicen así. Ya sé que tú estás al día. ¿No eres el mozo del Blackstone?

Todos se echaron a reír nuevamente. Pepi el Asesino silbó otra vez metiéndose los dedos en la boca. Su amiga le miró admirada.

—¿Cómo has aprendido a hacerlo?

—¡Bah, esto no es nada!

Carillo preguntó:

—Oye, Sam, ¿cuándo empezaremos a cenar?

—Cuando llegue el patrón —contestó Pepi.

—Pues será mejor que se dé prisa porque yo tengo tanta hambre que sería capaz de comer dinamita —terció Octavio.

—No te agites —le aconsejó Pepi.

—¿No guardarás en el bolsillo algún trozo de pan duro untado de mantequilla? —volvió a decir Octavio.

Todos rieron. Octavio era el gracioso de la banda de Vettori. Con que abriera la boca, ya había más que suficiente para que todo el mundo se echara a reír en seguida.

Vettori tomó una de las botellas de la mesa y la hizo circular por la sala. Cuando volvió a sus manos ya estaba vacía.

—¿Por qué se retrasa tanto Rico? —inquirió Carillo.

—Tranquilízate —le recomendó Pepi.

—Me voy a ver qué pasa —anunció Otero.

En el mismo momento en que él salía, se cruzó con Big Boy. Llevaba una voluminosa pelliza con cuello de piel de castor y el sombrero hongo inclinado sobre la oreja. Sam Vettori corrió a su encuentro y le tendió la mano.

—¿A qué se debe tu visita? —preguntó.

—He venido a divertirme un poco. Las cosas van bien, Sam, muy bien. Me parece que ya no hay por qué preocuparse.

Vettori dejó escapar una sonrisa de alivio y luego le sirvió un vaso de whisky a Big Boy. Se sentía satisfecho. Si el asunto de Courtney se resolvía, no podía quejarse. Bien considerado, incluso tendría que alegrarse de estar en tan buena posición. Uno tras otro, había visto a los demás jefes de banda ceder el paso a gente más joven. Pero él todavía no había cedido y además tenía derecho al cincuenta por ciento de los beneficios sin correr riesgos. Rico era un tino con suerte. Maldito él y todos los que se le pareciesen, pero de todos modos era un tipo con suerte.

—Sí —continuó Big Boy—. Os habéis ganado al viejo y ya está pensando en trasladar a Flaherty. Todo terminará en una pompa de jabón, ya lo verás. Te lo digo porque estoy seguro de ello. Y ahora quiero hablar con Rico.

—No ha llegado aún —contestó Sam.

—Desde luego es un muchacho con mucha suerte —opinó Big Boy.

—Cierto —asintió Vettori ofreciéndole el segundo vaso de whisky—. Pero todavía es joven y no haría mal en dejarse orientar por mí, que tengo más experiencia que él.

Big Boy no respondió nada. Simplemente se limitó a mirarle fijamente.

Otero entró en el comedor a toda prisa, seguido por dos camareros, uno de los cuales llevaba un grueso abrigo y un sombrero hongo, y el otro un abrigo de mujer, de piel.

—¡Ya ha llegado! —gritó Otero.

Kid Bean, que había reunido un corro en medio de la sala y que por divertir a los otros caminaba cabeza abajo, apoyándose en las manos (en otro tiempo había sido acróbata de circo), dio un salto y se puso en la posición correcta, apoyándose en la pared. El grupo que estaba en torno suyo le siguió. Pepi dijo:

—Atención. Cuando él entre, aclamadlo con todas vuestras fuerzas.

Rico apareció caminando lentamente, charlando con la Bella Rubia, la muchacha más bonita de toda la Pequeña Italia; una hermosa italiana de perfil clásico. Tenía la piel morena y los ojos negros, y su cabello naturalmente oscuro pero oxigenado, le daba un aspecto irreal y en cierto modo formidable.

Rico fue saludado con una gran ovación, en la que destacó el agudo silbido de Pepi el Asesino. Big Boy se fue a su encuentro y le estrechó la mano. Sam Vettori sonreía y le saludó con un amable gesto de cabeza; después salió para ordenar que fuera servida la cena. Big Boy le dijo a la Bella Rubia:

—Has cazado un verdadero hombre, ¿eh?

Ella apretó el brazo de Rico y contestó:

—Desde luego.

Big Boy prorrumpió en una carcajada.

—¿Y qué has hecho con él Pequeño Arnie?

Rico sacó un cigarro y le arrancó una de las puntas con los dientes.

—Lo he plantado —respondió la Bella Rubia.

Big Boy se puso a reflexionar. Durante mucho tiempo, la Bella Rubia había sido novia del Pequeño Arnie, propietario de la casa de juego más importante del North Side, pero durante los dos últimos años empezaba a decaer. Era un tipo desleal, del que nadie podía fiarse.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó.

—Pues como un hombre —respondió ella.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —repuso Rico.

Pepi el Asesino, Octavio Vettori y Joe Sansone, como los componentes más importantes de la banda después de Vettori, acudieron a estrechar la mano de Rico.

—Si hay alguien más elegante que tú, patrón, le regalo un millón de dólares —dijo Pepi, contemplándole verdaderamente admirado.

Llevaba un traje llamativo a grandes rayas y una corbata roja. Cubría sus manos con guantes de gamuza amarilla de los cuales se sentía muy orgulloso; el alfiler de corbata en forma de herradura lo había sustituido por un grueso rubí rodeado de diamantes. Octavio le envidiaba los guantes. En cambio, Joe Sansone no estaba impresionado, porque tenía mejor gusto vistiendo.

—Sí, señor —exclamó Octavio—. Tú eres el más elegante, patrón.

—¿No has visto al Medio Cartucho? —dijo Pepi colocando ante él a Joe Sansone. Éste estrechó la mano de Rico.

—El Medio Cartucho —intervino Octavio— es un tipo valiente, pero él y el señorito Joe son demasiado presumidos.

Rico miró alrededor de la sala.

—¿Dónde está Joe Massara?

—No ha venido —respondió Pepi.

—No sé si podrá venir —terció Joe Sansone—; está muy ocupado.

Rico no hizo comentario alguno. La Bella Rubia le cogió por el brazo.

—Quiero beber.

Rico miró a Pepi.

—Tráele de beber —le ordenó.

Big Boy le llevó aparte y le dijo:

—Desearía hablar un momento contigo, Rico.

Éste se expresó así:

—Escucha, si mañana ves a Joe Massara, dile que venga a verme. Tengo que decirle un par de cosas a ese jovencito.

—Quizá lo vea —repuso Big Boy—. Mañana por la mañana estoy citado con su patrón. Precisamente, De Voss es lo que se dice un buen tipo. No hace falta ir dos veces a visitarle para sacarle el dinero.

—¿De verdad? Bien, será preciso que yo me moleste en ir a verle para decirle lo que se merece.

—Mejor será que no te acerques por aquella parte de la ciudad, Rico —le aconsejó Big Boy.

—No tengo miedo; no me pasará nada.

Sam Vettori entró seguido de tres camareros que llevaban las soperas.

—Bueno, bueno —dijo—; ya está todo listo.

Rico se sentó a la cabecera de la mesa. Big Boy a su derecha y la Bella Rubia a la izquierda. Los demás se fueron colocando con arreglo a la categoría de cada uno. A Blackie Avezzano le correspondía el último lugar.

III

Cuando terminaron de cenar, Big Boy le pidió a Rico que pronunciara un discurso. Estalló una prolongada ovación. Rico se levantó y se expresó así:

—Está bien, si queréis un discurso, aquí lo tenéis: os estoy agradecido por el banquete. Ha sido magnífico. Me han dicho que el vino ha sido bueno; yo no lo sé

porque no bebo. Y en cuanto a la comida, no se le podía exigir más. Creo que todos lo hemos pasado bien, y ciertamente es estupendo que nos hayamos reunido todos aquí. Y ahora no tengo más que deciros, sólo recomendaros que no os emborrachéis, porque es como acaban siempre mal las cosas.

Se sentó. Los aplausos duraron más de un minuto. Después, Octavio se puso en pie con una botella en la mano y propuso:

—¡Un brindis por Rico, la Bella Rubia y Big Boy!

Todos se descontrolaron y cogieron botellas y vasos. Blackie Avezzano se cayó bajo la mesa y se quedó con el rostro pegado al suelo. Al instante, Pepi el Asesino y Kid Bean iniciaron una pelea. Éste cogió un plato y se lo tiró; Pepi le arrojó una botella y no le golpeó con ella de milagro.

Rico dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Sentaos, estúpidos! —gritó—. Y aprended a comportaros de una vez.

Pepi y Kid se estrecharon la mano y brindaron haciendo chocar sus vasos.

Entró un camarero y se acercó a Rico.

—Abajo hay dos periodistas, patrón. Quieren hacerle una fotografía.

—¿Qué significa eso? —preguntó Big Boy.

—¡Van a retratarnos! —gritó la Bella Rubia.

—¿Qué significa eso? —repitió Big Boy.

—No te preocupes, hombre —repuso Rico—. No tenemos nada que esconder. — Y volviéndose al camarero, le ordenó—: Que suban.

El camarero apareció de nuevo, seguido esta vez por los dos periodistas, uno de los cuales llevaba una gran cámara fotográfica. Rico les hizo una seña para que se acercaran.

—¿Quién os ha mandado? —inquirió.

Entró Vettori y se inclinó sobre él.

—Son de confianza —le dijo—. Ya han estado aquí en otras ocasiones.

—Desde luego que somos de confianza —aseguró el fotógrafo, un poco incómodo por la brusquedad de Rico.

—Muy bien, hablad —les ordenó éste—. ¿Por qué queréis hacer esa fotografía?

—Verá —le explicó el fotógrafo—. Cada domingo aparece en nuestro periódico una página ilustrada con reportajes que tratan sobre las personas que viven en los distintos ambientes de Chicago. ¿Comprende? La semana pasada el artículo versó sobre Lake Forest, con fotografías de personajes de la alta sociedad y las casas en que residen. El próximo domingo le corresponde el turno a la Pequeña Italia. Como habíamos oído hablar de este banquete dado en su honor, nosotros hemos pensado...

—Está bien —le interrumpió Rico—. Apresuraos, porque no nos gusta perder el tiempo.

—Yo no saldré en esa fotografía —dijo Big Boy levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Sam Vettori ocupó su puesto.

Después de haber preparado la máquina, el fotógrafo buscó el ángulo más adecuado. Finalmente, alzó la lámpara de magnesio.

—¡Atención! —advirtió.

Rico puso los pulgares en las sisas del chaleco y tomó un aire rudo. Se produjo un resplandor súbito y casi simultáneamente, Octavio dio un salto, gritando:

—¡Dios mío, me han matado! —y dejó caer el rostro sobre la mesa.

Todos rieron.

Cuando los periodistas se hubieron marchado, Big Boy entró y puso la mano en el brazo de Rico comentándole:

—Con esto pueden llegar a atraparte.

—¿Por qué?

—Tú no sabes en qué manos puede caer. —Movi6 la cabeza—. No ha sido una idea acertada.

Rico se ri6.

—Si me cogen, tengo tantas coartadas que no lo podr6n resistir.

Una vez terminado el banquete, Rico le encarg6 a Otero que le buscara un taxi. La Bella Rubia había bebido más de la cuenta y tenía que sostenerla por el brazo al bajar la escalera. Como pesaba diez kilos más que él, no era tarea fácil aguantarla. Cuando salían a la calle por una de las dos puertas laterales, Flaherty, que se hallaba sentado en una de las salas de abajo, se levantó y se acercó a ellos, poniendo su mano sobre la espalda de Rico.

—Estás haciendo carrera, ¿eh, Rico?

Éste le miró sorprendido.

—¿No reconoces a tu viejo amigo Jim Flaherty?

—Claro que le conozco. ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Quizá quiere rascarte la sarna —intervino la Bella Rubia—. De estos policías se puede esperar todo. A mí se me revuelve el est6mago cuando veo a uno de ellos.

—Hola —le sonrió Flaherty, volviéndose hacia ella—. Tú y Rico os habéis hecho amigos, ¿eh? No está mal. Lo celebro. Rico es un buen muchacho, aunque joven. Si no lo meten tras los barrotes terminará por hacer carrera.

—¿Qué pretende dar a entender? —preguntó Rico.

—Nada. Solamente que no quiero que te olvides que soy tu amigo. Tengo los ojos puestos sobre ti, Rico. Me complace que subas de categoría.

—¿De verdad? —se burló Rico.

—De verdad.

El taxi esperaba junto a la puerta. Uno de los camareros salió y abrió la portezuela. Rico ayudó a subir a la Bella Rubia. Flaherty les vio partir.

—¡Menudo sinvergüenza es ese irlandés! —exclamó la Bella Rubia.

Pero Rico se había olvidado de Flaherty. Estaba pensando en Joe Massara. ¿Por qué no se había dignado venir el señorito Joe al banquete? Lo más probable es que empezara a acobardarse, y eso no le agradaba.

—Bien, puede que no —murmuró.

IV

La música de la pianola despertó a Rico. Se sentó en la cama y miró su reloj. Eran las dos de la tarde. Lo cual significaba que había dormido doce horas seguidas.

Vivía en una tensión continua. Sus nervios estaban tan a flor de piel que no tenía nunca sueño ni sentía jamás el deseo de reposar; estaba siempre totalmente despejado. Habitualmente, no dormía más de cinco horas, y apenas abría los ojos ya estaba dispuesto a entrar en actividad. Cuando se levantaba, no distendía nunca las piernas ni se desperezaba; no tenía necesidad de ello. Comía, caminaba, se divertía siempre en el máximo grado de lucidez. Lo que le distinguía de sus compañeros era la incapacidad que tenía para vivir solamente en el momento presente. Parecía un individuo que estuviera haciendo un largo viaje en tren hacia la tierra prometida. El presente era una simple e insignificante estación ferroviaria del trayecto; su mirada estaba fija en el término del viaje. Tal es la mentalidad de los hombres que desean triunfar. Pero el resultado de tal carácter tenía sus inconvenientes; estaba sujeto a depresiones periódicas.

La Bella Rubia manipuló en la pianola.

—Es un fragmento de ópera —dijo.

—¿De verdad? ¿Te falta algún sentido acaso?

La Bella Rubia le miró. Tenía ciertas pretensiones intelectuales. Hacía diez años había servido en casa de una familia distinguida, y por eso se creía en posesión de una determinada cultura. Una vez, incluso le pidió al Pequeño Arnie que la llevara al teatro de Ravinia Park a escuchar ópera. En aquella ocasión había quedado impresionada por el canto potente de la soprano y las piernas del tenor.

—Oyéndote, cualquiera creería que yo soy un verdadero italiano —añadió Rico—. Acuérdate, por favor, que nací en Youngstown y que no sé ni una palabra de italiano.

—Bien, ¿y acaso crees que yo vine al mundo en Europa? —replicó ella.

Puso otro rollo en la pianola y Rico empezó a fumar mientras ella tocaba. Rico tenía tan mal oído para la música, que no era capaz de distinguir un aria de otra. En cambio, en el jazz hallaba algo primitivo y directo capaz de suscitar en su interior una

impresión semejante a una sacudida.

—Esto es bonito —dijo, cuando el rollo llegó al final.

—¿Quieres escuchar otro? —inquirió la Bella Rubia.

—No, debo irme.

Se levantó y se dirigió hacia el armario para coger el abrigo, pero ella le hizo detenerse diciéndole:

—Escucha, antes de que te vayas quiero decirte algo.

—¿Qué es?

—Se trata del Pequeño Arnie.

Rico la miró.

—¡Vaya idea! ¡Qué me importa a mí el Pequeño Arnie! Desde el momento en que te deja tranquila, lo demás ya no me interesa.

—Él no deja tranquilo a nadie.

Volvió a mirarla sin decir nada.

El Pequeño Arnie había calculado mal su juego. Al principio no le importó la pérdida de la Bella Rubia, ya que le costaba muy cara, le aburría y además le sacaba de quicio. Pero después todo el mundo se burlaba de él sin consideración a causa de esa historia, y como no tenía demasiado sentido del humor y era extremadamente puntilloso en todo lo que se refería a su vida, las mofas habían terminado por enfurecerle. Para vengarse, había hablado mal de su ex novia. Explicó á todos los que quisieron oírle que la Bella Rubia era embustera y embrollona. Pepi el Asesino formaba parte del auditorio, y se apresuró a contarle a su amiga todo cuanto le había oído decir. La Urraca Azul inmediatamente fue a informar a la Bella Rubia. Sí, el Pequeño Arnie, que era más que medio idiota, se había equivocado.

La Bella Rubia encendió un cigarrillo y se tumbó en un gran diván.

—Ven, siéntate aquí a mi lado. Tengo que contarte algunas cosas.

—No dispongo de tiempo —contestó Rico.

La Bella Rubia exhaló una nube de humo.

—Arnie se está burlando de ti; te está engañando.

Rico arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¡Habla de una vez!

—De acuerdo —asintió ella—. Arnie te da una parte de las ganancias del garito, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y qué parte te da?

—El treinta por ciento.

—¿Cómo sabes tú que no te engaña?

—Mirando los libros.

La Bella Rubia se rió.

—Esos libros son falsos.

—¿Estás segura de ello? —preguntó Rico con una expresión dura en el rostro.

—Naturalmente —afirmó ella—. Yo no quería decírtelo porque, después de todo, no es asunto mío. Pero Arnie ha estado diciendo por ahí una serie de tonterías sobre mí y no estoy dispuesta a tolerárselo.

—Muy bien —dijo Rico—. Ya que sabes tantas cosas, ¿cómo puedes probar que son ciertas?

—Es fácil —respondió la Bella Rubia—. Ofrécele algo a Joe Peeper, el oficinista de Arnie, y ése te dirá todo lo que sabe. Odia a Arnie, ¿comprendes?

—De acuerdo —pronunció Rico, dando un puñetazo sobre la mesa—, expulsaré a Arnie de la ciudad y a ti te haré participar en las ganancias. Tienes la cabeza bien asentada sobre los hombros.

Ella le miró.

—Quédate conmigo, muchacho, y la ciudad será nuestra.

—¡No te entusiasmes! —replicó Rico—. Procura que la suerte de saber algo no se te vaya a subir a la cabeza.

A la Bella Rubia era precisamente esto lo que le agradaba de él: no se dejaba impresionar fácilmente.

—¿Así es como me lo agradeces? —protestó.

—No esperes agradecimiento —repuso Rico, con la mente llena de proyectos—. Te prometo algo mucho más interesante que todo eso.

Se acercó al armario y cogió el abrigo.

—Espera un momento, Rico. Todavía no te lo he dicho todo. Como su local vale mucho dinero, no creo que te lo vaya a dejar fácilmente. Lucharé.

—¡Bah! Es un cobarde.

—Desde luego, pero también es un traidor. Atiende. Si no te pones de acuerdo con Joe Peeper, yo sé de otro a quien podrás recurrir. ¿Te acuerdas de John el Cojo?

—Sí —contestó Rico—. Lo mataron.

—¿Quién?

—Los policías.

La Bella Rubia se rió.

—Eso es lo que ellos creen, seguramente. Pero yo sé que lo mató Arnie.

Rico sonrió.

—Comprendo.

Se puso el abrigo.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó ella.

—No. Voy a estar ocupado.

—¡Un cuerno estarás ocupado!

—He de ir al otro lado de la ciudad. Te llamaré mañana. La Bella Rubia volvió a tumbarse en el diván.

—No quiero pasarme la vida esperándote.

—Recobramos el tiempo perdido —prometió Rico.

Cuando éste se hubo ido, ella hizo sonar un poco la pianola; después se bebió un

vaso de whisky y volvió al diván.

V

Rico encontró la puerta de su piso abierta. Antes de entrar, se abrochó el abrigo y sacó la pistola. Aparte de él mismo, no había más que una persona que tuviera llave del piso: Otero. Si el que estaba dentro no era él, pasaría un mal rato. Empujó la puerta silenciosamente. Otero, sentado en una silla cuyo respaldo se apoyaba en la pared, fumaba soñolientamente.

—¡Otero!

Al sentirse llamado, abrió los ojos.

—¿Eres tú, patrón?

Rico cerró la puerta.

—Escucha, te he dicho que quiero la puerta cerrada cada vez que vengas a verme.

—Se me ha olvidado, Rico.

Éste se quitó el sombrero y el abrigo.

—Será mejor que hagas funcionar un poco el cerebro, hijo mío, si no quieres que te rompan el cuello —le aconsejó—. Por otra parte, ¿puedes decirme qué haces aquí?

Otero se levantó de la silla e hizo girar el sombrero entre sus manos, con un aire embarazado.

—Necesito dinero —contestó.

Rico le miró.

—Estoy sin blanca, patrón. No tengo ni un centavo.

Rico se rió al ver la expresión desesperada de su rostro.

—¿Quieres decir que ya no te queda nada de tu parte del golpe a la Casa Alvarado?

Otero se encogió de hombros.

—¿En qué diablos te lo has gastado?

—Verás, la Foca gasta y gasta sin parar, y yo voy sacando dinero de mi bolsillo hasta que ya no queda nada.

Volvió a encogerse de hombros y luego hizo girar un cigarrillo entre las palmas de sus manos.

Rico sacó su cartera y le tendió un billete de cincuenta dólares.

—Toma. Pero ten presente que te lo descontaré de la parte que te corresponda en el próximo golpe.

Otero sonrió.

—A mí me da lo mismo, patrón.

Decía la verdad. No tenía la más mínima idea del valor del dinero. Se lo iba gastando hasta que se terminaba, y después venía a pedírselo a Rico.

Éste movió la cabeza.

—Escucha, Otero, ¿cuándo vas a tener juicio? En el golpe a la Casa Alvarado ganaste más de mil quinientos dólares, y ya no tienes ni uno. ¿No has pensado que mucha gente tiene que trabajar todo un año para ganar mucho menos que eso?

Otero se encogió de hombros nuevamente.

—Yo he trabajado por dos pesos a la semana.

Rico sacó del bolsillo algunas monedas y se las entregó.

—Baja a la esquina y cómprame dos números de la *Tribuna*. Espera. Mejor será que compres tres.

—¿Tres números del mismo periódico? —se asombró Otero.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

Otero salió. Rico abrió un poco la ventana y se sentó junto a ella. En el aire había un soplo de primavera que le ponía al borde de la inquietud. Necesitaba entrar en actividad. Dentro de una semana, o quizá antes, el negocio de Arnie pasaría a ser suyo. Esto significaba dinero, mucho dinero. A Vettori le pondría al frente de la casa de juego, y de este modo le mantendría ocupado. Después, trataría de abrirse camino en el North Side, aunque esto ya era más difícil, porque allí mandaba Pete Montana, un tipo astuto que sabía lo que se traía entre manos. Aunque tal vez Big Boy podría ayudarle. Trataría el asunto con él.

Se levantó y comenzó a pasearse por la estancia.

Otero entró con los periódicos. Se los arrebató al instante y se puso a buscar la *Magazine Section*, donde pudo leer un gran titular:

BANQUETE EN HONOR DE UN JEFE DE BANDA

Otero, que miraba por encima del hombro de Rico, vio la fotografía. Excitado, le apartó de un empujón y, poniendo el dedo en un punto del retrato, gritó:

—¡Aquí estoy yo!

Rico tomó los otros dos ejemplares y separó las páginas ilustradas. Luego comparó las fotografías.

—Todas están muy oscuras —dijo.

Sin embargo, después de haber escogido la que le pareció más clara, la recortó.

—Yo quiero una también —dijo Otero.

—Está bien —consintió Rico—. Cógela.

VI

De Voss estaba en el vestíbulo cuando llegó Rico. Le echó una ojeada y comprendió que se encontraba como un pez fuera del agua, en un ambiente tan refinado como el del Bronze Peacock. Y no era problema de que Rico fuera mal vestido. Por el contrario, iba mejor ataviado que de costumbre, con el sombrero hongo de último modelo y las polainas color tórtola. El abrigo cubría el vistoso traje a rayas, y una bufanda oscura ocultaba la llamativa corbata. Así pues, por su atuendo podía ser admitido tranquilamente en el Bronze Peacock. Pero había en él algo vulgar e inquietante que no pasó desapercibido a De Voss.

—Es un tipejo —se dijo.

Rico echó una ojeada al vestíbulo, observando escrupulosamente todos los detalles. La disposición del local no era muy favorable para dar un golpe, pero, en un momento dado, se podría intentar. No es que tuviera ni la menor intención de hacerlo, pero pensó que nunca se sabe lo que puede llegar a suceder.

Se acercó a De Voss y le preguntó:

—Perdón, ¿sabe dónde podría encontrar al director del local?

De Voss cambió inmediatamente de actitud.

—Yo soy el director —contestó.

Rico sonrió.

—En ese caso, creo que tenemos un amigo común. Big Boy me ha dicho que tienen ustedes algunos negocios juntos.

De Voss mostró una actitud más abierta.

—Sí, es verdad —asintió—. Y usted, ¿es uno de sus amigos?

—Sí.

—¿En qué puedo servirle?

—Deseo hablar con Joe Massara.

—Eso es fácil. Está en su camarín. Yo le acompañaré.

Rico le siguió a través del vestíbulo y ambos descendieron una gran escalera que les llevó a la gran sala del club. En aquellos momentos sólo había algunos electricistas que trabajaban en los proyectores de la pista.

—Así, ¿es usted amigo de Big Boy? —preguntó De Voss con marcada curiosidad.

—Yo soy Rico.

De Voss le miró sorprendido.

—¡Ah! —exclamó—. Usted es Rico.

Mientras avanzaban por el corredor le observó de reojo. Uno de los hombres del Pequeño Arnie le había hablado del nuevo capitán de la banda de Vettori. ¡Era peligroso como la dinamita! Se congratuló de haberlo olfateado tan pronto como había pisado el local. «Dios mío», se repetía para sí, «no me ha costado nada darme

cuenta de que era un tipo peligroso».

Llamó a la puerta del camarín. Una voz respondió:

—Adelante.

De Voss abrió y Rico entró detrás de él. Joe estaba sentado en una butaca, en mangas de camisa y sin chaleco, exhibiendo unos tirantes de fantasía (Rico se fijó en los tirantes. Personalmente, prefería los elásticos, porque podía meter las manos al través de ellos, pero puesto que un tipo como Joe llevaba tirantes de fantasía, también él se compraría unos). Olga Stasseff, con un quimono japonés negro, rojo y dorado, estaba reclinada en un diván con un diminuto perro pequinés que le lamía la cara entre sus brazos. Un hombre alto, vestido de frac, se encontraba de espaldas a la puerta, obstruyendo el paso.

Cuando Joe vio a Rico se levantó y se quedó de pie en medio de la estancia, sonriendo un poco azorado. El hombre alto se volvió hacia ellos.

—El señor Rico desea verte, Joe —dijo De Voss. Después puso una mano en el brazo de Rico y añadió—: Cuando haya terminado, pase a mi oficina y tomaremos algo.

—Se lo agradezco —respondió Rico—, pero no bebo.

De Voss arqueó las cejas.

—¿De verdad no bebe? —se asombró.

—Solamente leche —dijo Joe tratando de hacerse el gracioso.

Rico ni siquiera sonrió.

—Sí —reconoció—, a veces tomo leche.

—Bien, en cualquier caso pase a verme —repuso De Voss, y cerró la puerta tras de sí.

Rico se dio cuenta de que la muchacha con el quimono japonés le miraba fijamente. No le pareció gran cosa: no era más que un saco de huesos y piel. Pero de todos modos la miró con insolencia.

El hombre alto dijo:

—Supongo que no tiene sentido ofrecerle una copa, ¿verdad?

—Sí.

Joe tomó por el brazo a Rico.

—Olga, te presento a Rico. Rico, ésta es Olga Stasseff.

—Mucho gusto en conocerla —dijo Rico.

Olga se levantó e intentó sonreír, pero sólo llegó a hacer una mueca. Rico le repugnaba, sobre todo porque estaba segura de que había matado a Tony, el amigo de Joe. Y también porque la miraba con demasiada insolencia con sus ojos pequeños y claros.

—Éste —añadió Joe, tomando familiarmente por el brazo al hombre alto— es el señor Willoughby, el millonario.

—¿Por qué hablar de eso? —replicó modestamente el aludido.

Rico tenía un respeto instintivo por la riqueza. Para él, el dinero era sinónimo de

poder. Y por eso sonrió amablemente al señor Willoughby.

—Encantado —le dijo, tendiéndole la mano.

Willoughby se la estrechó con fuerza.

—¿Desea hablar a solas con Joe? —preguntó.

—Sí, pero no tengo ninguna prisa —contestó Rico.

—No, no. Nosotros no queremos molestarle —repuso el millonario—. Olga y yo nos iremos a la estancia contigua.

Joe le miró asombrado.

—Te estás volviendo elegante, ¿eh, Rico?

Éste asintió con la cabeza.

—Sí, he pensado que de ahora en adelante debo ocuparme un poco más de mi aspecto externo.

—Me han dicho que has suplantado a Sam.

Rico le miró.

—¿Y no te ha llegado a oídos que mis amigos han dado un banquete en mi honor?

—Sí, me lo dijeron —respondió Joe apresuradamente—, pero fue en un momento en que yo no podía ir.

Rico sacó un cigarro y le quitó la punta con los dientes.

—Después de lo de la Casa Alvarado no te he vuelto a ver más —observó.

—No —contestó Joe, mirando al suelo—. He estado un poco retirado. Me siento inquieto.

Rico dio un puñetazo contra el brazo del sillón.

—¡Joe! —gritó—. ¿Qué quieres decir con eso?

Joe parecía anonadado. Permanecía silencioso y, de vez en cuando, levantaba los ojos para mirar a Rico, que le examinaba atentamente.

—Vamos, dilo.

Por fin empezó a hablar.

—Verás, Rico, yo he pensado que el baile puede ser mi porvenir. Olga y yo hacemos un número que ha alcanzado gran éxito. Nos han propuesto que bailemos en una revista. Escucha, yo quiero abandonar la vida que llevaba. El último golpe estuvo a punto de ser nuestra perdición, pero afortunadamente no ha sucedido nada.

—Aún no estamos fuera del asunto —precisó Rico—; y no queremos cobardes que puedan complicar las cosas.

Ambos se miraron a los ojos por unos momentos. Joe se quedó pálido.

—Tú no eres tonto, ¡qué diablo! —volvió a decir Rico—. No creo que digas en serio que tienes la intención de cambiar de vida. Pero, ¿es que acaso crees que existe alguna otra que merezca la pena? No la hay, te lo aseguro yo. Además, debes saber que dentro de quince días el local de Arnie me pertenecerá. Incluso Big Boy quiere ser mi socio. Escucha, Joe; tú eres un muchacho inteligente y me puedes ser útil. ¡Al diablo el baile! Esto está bien para distraerse, pero ningún hombre que se precie de tal se mostrará dispuesto a vivir de este modo.

Joe se dejó caer en el sillón, hundiéndose en él.

—Yo sé lo que te pasa —continuó Rico—. Todas estas ideas se deben a esas malditas faldas. Te estás volviendo blando, Joe.

—¡Dios mío! —exclamó éste—. ¿Es que no tengo derecho a retirarme? Te prometo que no diré nada. ¿Crees que quiero aparecer un buen día con el cuello roto?

Rico movió la cabeza.

—Escucha, escucha. Fíjate en Tony. Se dejó apoderar por el miedo, ¿y qué le pasó? Recibió unos cuantos balazos. Un cobarde es un inútil en este mundo. Piensa en el caso de Humy. Éste traicionó a Red Gus y declaró como testigo contra él. ¿Y a quién ahorcaron? A Red Gus, por supuesto. A él le condenaron a quince años de prisión, pero desde luego no llegará a cumplir ni la mitad.

Joe se hundió todavía más en el sillón.

—Rico, tú sabes bien que yo no soy un traidor.

—Muy bien —dijo éste—, si es así puedes ayudarme. Octavio y yo tenemos idea de montar una pequeña empresa, que creo tendrá muy buenos resultados, pero te necesito. Por mal que nos vaya, yo te garantizo que cada uno de nosotros podremos ganar por lo menos dos mil dólares.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Joe.

Era De Voss. Se aproximó a Rico y le habló así:

—Señor Rico, en el vestíbulo hay dos policías. Les he preguntado qué deseaban y me han contestado que venían solamente a echar una ojeada rutinaria.

—Me parece que es Flaherty —comentó Rico—. Está bien, señor De Voss. Gracias.

Este se fue. Entonces Joe se levantó y dirigió a Rico una mirada cargada de angustia.

—¿Por qué has tenido que venir? —se lamentó—. ¿Es que no puedes olvidarme? Pero Rico no le escuchó.

—Conozco a un irlandés que no morirá de viejo —pronosticó ferozmente.

—Rico, por Dios, no vuelvas más por aquí —le rogó Joe—. No quiero tener a los policías tras mis talones.

—Escúchame —replicó Rico con los ojos fulgurantes de ira—, si te vuelvo a oír hablar de ese modo, te aseguro que no volveré aquí más que una vez, y ya te puedes figurar para qué. Ya lo sabes: no me gustan los cobardes.

Willoughby y Olga entraron en ese momento.

—¿No nos han llamado? —preguntó aquél.

—No, es que ha venido De Voss —contestó Rico—. Pero es lo mismo; ya hemos terminado. Escúcheme, señor Willoughby, le agradezco mucho la invitación que me ha hecho antes, pero no me es posible aceptarla. Hay dos señores esperándome para hablar de cosas muy importantes.

—Lo sentimos —repuso Willoughby.

—Sí, lo sentimos —repitió Olga, tratando de hacerse la amable para ayudar a Joe. Rico estrechó la mano de éste.

—Ya nos veremos.

—Está bien, Rico.

Al salir del camarín, vio a De Voss que se acercaba por el corredor. Parecía muy agitado.

—Creo que vienen a buscarle a usted, señor Rico. Pero, por favor, no organice un escándalo en mi local.

Rico se rió.

—No se preocupe; todo seguirá tranquilo a menos que ese par de cretinos armen jaleo.

Atravesó el club caminando delante de De Voss. Los músicos afinaban sus instrumentos, y los primeros clientes estaban empezando a ocupar las mesas. Cuando llegaron al vestíbulo, vieron a Flaherty y a otro policía. Aquél se acercó.

—Hola, Rico —dijo—. Estás un poco alejado de tu zona, ¿no te parece?

—¿Y a usted qué le importa?

Se abotonó el abrigo y se ajustó cuidadosamente la bufanda.

—No te pongas a la defensiva, hombre. No te quiero decir nada. Pero ya te advertí que no te perdería la pista. Me intereso mucho por los jóvenes que quieren hacer carrera.

—¡Oh, qué charlatán!

Observó que empezaba a venir más gente. La orquesta comenzó a sonar. De pronto, se acordó de lo que Big Boy le había dicho sobre De Voss, y se expresó así:

—Vámonos de aquí; no es necesario que le causemos molestias a De Voss. Ustedes los policías son poco considerados con los demás.

—Tú, a veces, eres muy cortés, ¿eh, Rico? —se rió Flaherty.

Al salir, Rico saludó a De Voss con un movimiento de cabeza. Flaherty y el otro agente le siguieron. Rico les esperó en la acera, bajo la marquesina. Cuando ambos se acercaron, le dijo a Flaherty:

—¿No ha pensado nunca que estaría hermoso con un lirio en la mano?

—No —contestó Flaherty haciendo un guiño—. Llevo veinticinco años en el oficio y he hecho ahorcar a tipos con más suerte que tú, y eso sin recibir ni un arañazo.

Rico encendió un cigarro. Un taxi se detuvo junto a la acera.

—Bueno, yo me voy: ¿Quiere venir de paseo en coche?

—No, gracias —respondió Flaherty—. Daremos ese paseo cuando te hayamos puesto las esposas.

—Ningún irlandés le pondrá las esposas a Rico —replicó éste.

Flaherty enrojeció, pero se volvió y ya se iba a marchar cuando Rico volvió a decir:

—Se me olvidaba, Flaherty. Hasta ahora usted había estado correcto conmigo,

pero las cosas han cambiado. No hay ninguna razón para que me siga a todas partes. Así pues, acepte un consejo de amigo: Sam y yo estamos hartos de oírle subir la escalera. El primer piso está abierto para todo el mundo; en él pueden entrar incluso los policías; pero el piso de arriba está reservado.

—¿De verdad? —dijo Flaherty, que finalmente había conseguido controlar su ira.

—De verdad —repuso Rico—. Yo le aseguro que un día u otro alguno de ustedes bajará la escalera rodando.

—Estás creándote una posición, ¿eh, Rico? ¿Por qué no te presentas a las elecciones para alcalde?

Rico, sin responder, cerró la portezuela del taxi, y éste arrancó. Entonces Flaherty se volvió al agente que le acompañaba y le dijo:

—Atraparé a este presumido italiano, aunque sea lo último que haga.

Quinta parte

I

EN la Pequeña Italia había quien pensaba que la rápida ascensión de Rico era tan frágil como humo de paja. Se hablaba mucho sobre él y se le comparaba, sin que llegara a su altura, con Po el Negro y con algunos otros capitanes de banda de tiempos pasados. Incluso había quien lo consideraba por debajo de Pepi el Asesino, Octavio Vettori o Joe Sansone. Este error de juicio provenía de que no era bien comprendido. No ofrecía ningún signo exterior de grandeza. No tenía ni la fuerza física ni la dureza de Pepi; carecía de las maneras impetuosas y atrevidas de Octavio, y no poseía el carácter extravagante de Joe Sansone. Era pequeño, pálido, inquieto, y a pesar de su actual afán por vestir elegante, no conseguía ser atrayente. No fanfarroneaba, ni alzaba la voz. En otras palabras, los habitantes de la Pequeña Italia no veían en él nada de particular que se prestase a exaltarlos, nada por lo que pudieran hacer de él un mito, ya que sus cualidades reales les eran incomprensibles. La única cosa a favor suyo era su fama.

Rico era muy valiente, pero no se jactaba de ello, como Kid Bean, que siempre tenía necesidad de ir explicando su bravura a todo el mundo. Era astuto, pero la astucia no constituía en él una obsesión como en el caso de Sam Vettori. Por otra parte, era capaz de audacias improvisadas, pero aun así se producían con cierta precisión, lo que le distinguía de la impetuosidad de Octavio.

Aunque pequeño y pálido, tenía una gran resistencia física, si bien no se podía comparar ni por asomo a la tremenda vitalidad de Pepi el Asesino. Su gran fuerza radicaba en la unidad de propósito, en su energía, en la disciplina que se imponía a sí mismo. En la Pequeña Italia, pocos eran los que sabían apreciar este tipo de cualidades.

Entre los hombres que se consideraban sus rivales, ninguno llegaba a su altura. Pepi el Asesino era fuerte y valiente, pero muy inconstante y con una fuerte atracción por los estupefacientes. Octavio Vettori era intrépido y frío ante el peligro, buen tirador, y desde luego valiente; pero en cambio resultaba frívolo, desperdiciaba su energía en locuras de todo género. Joe Sansone, también muy valiente y con sangre fría cuando la ocasión lo requería, generalmente estaba borracho o se ponía nervioso, y tenía poca consistencia. Sam Vettori, que en algún tiempo había estado muy bien considerado, se había dejado dominar por la pereza, su pasión por los embrollos le había vuelto mezquino y había perdido por completo el espíritu de iniciativa que, en años anteriores, le había hecho merecedor de ser el capitán de la banda. Ahora, ninguno de los hombres sobre los que antes había mandado le respetaba, y sin la ayuda de Rico habría terminado por hundirse en la oscuridad.

Su caso, hasta cierto punto, era excepcional y no había precedentes en los anales

de la banda. En la Pequeña Italia no existía la abdicación, a menos que no fuera seguida de la fuga. Los jefes que declinaban sólo tenían dos alternativas: la huida o la muerte. Sam había evitado ambas cosas. Su creciente incapacidad para tomar decisiones le había hecho perder el poder, pero de todos modos había conseguido salvar el pellejo. Rico no lo consideraba peligroso. Pero esto no era todo, ya que al mismo tiempo lo estimaba útil. Por eso no tenía necesidad de escapar. Bien dirigido, podía servir a cualquier banda. Era astuto y sabía dónde tiene el diablo la cola.

Se había vuelto obediente, aunque no por eso había disminuido su odio hacia Rico. Sin embargo, las cosas le iban bien y ganaba mucho dinero, lo que le complacía absolutamente dado que el dinero era lo que más apreciaba en este mundo. En realidad, la banda no había conocido jamás una prosperidad semejante. Y él estaba siempre dispuesto a comprender de qué parte estaban sus intereses. Tenía medios para conseguir que Rico muriera. Scabby mismo le aborrecía por alguna imaginaria ofensa, y por esta razón le era fiel a él e incluso se habría prestado a matarle. ¿Pero qué ventaja le reportaba eliminarlo? Por su parte, tenía muy claro que había dejado de ser jefe de banda para siempre. Muerto Rico, se produciría una lucha feroz para conseguir el mando. Por otra parte, Rico tenía una suerte diabólica y Scabby podría errar el golpe. Y si esto sucedía, la vida de Scabby y la suya propia no valdrían un centavo. Tras estos razonamientos, optó por aceptar su situación y gracias a ello logró prosperar.

II

La Bella Rubia se irguió en la silla y puso sus manos regordetas sobre la mesa. Rico estaba sentado frente a ella, con el ala del sombrero bajada sobre los ojos.

—Bien —dijo la Bella Rubia—, ¿no hay nada que hacer, Rico?

Éste movió la cabeza negativamente.

—Ya te dije que no te fiaras de él. Cree que eres un cobarde.

Rico sonrió e hizo girar en torno a su dedo el anillo con un brillante.

—Ha aumentado mi porcentaje al cincuenta por ciento y sus cuentas estaban en regla —respondió irónicamente.

—Bueno —repuso la Bella Rubia en el mismo tono—, en ese caso nos ha venido el bienestar. —Y añadió—: Escucha, lo tratarás como se merece, ¿no?

Odiaba al Pequeño Arnie y este odio le quitaba el sueño. No podía comprender por qué Rico era tan indulgente.

—No —contestó éste.

—¡Vete al diablo! —exclamó ella—. Te estás volviendo un cobarde.

—Cállate —le ordenó Rico—. ¿Acaso quieres que me pongan una cuerda al cuello por culpa de un asqueroso embrollón que no vale una bala? A la larga, a ese tipo lo expulsaré de la ciudad.

La Bella Rubia no lograba disimular su disgusto. Iba a levantarse, pero Rico, alargando el brazo al través de la mesa, la hizo caer en la silla.

—Siéntate —dijo—, y olvídate de esa tontería. Las mujeres sois insoportables. Trata de razonar un poco; la cabeza se tiene para algo.

La Bella Rubia se enfurruñó. En el otro extremo de la sala, la orquesta comenzó a tocar los primeros compases de un fox y las parejas se reunieron en una pista circundada por un cordón, que recordaba un ring de boxeo.

—¿Es que no me vas a sacar a bailar? —preguntó la Bella Rubia con pésimo humor.

Rico se levantó.

—Escúchame —dijo—. Coge un taxi y lárgate. Vete a casa, tómate una aspirina y métete en la cama. Si dejaras de beber esas porquerías, no estarías siempre tan rabiosa.

La Bella Rubia le miró un momento, y después le dijo:

—Bueno, procuraré estar alegre.

—No —se opuso Rico—. Tengo que hacer algunas cosas y además estoy harto de oírte refunfuñar. Eso me produce náuseas, ¿comprendes? Si continúas así, terminaré por dejarte y me buscaré otra mujer. Mientras tanto me distraeré charlando con Flaherty.

La Bella Rubia se levantó sin discutir. Sabía que Rico no bromeaba nunca; hablaba siempre en serio. La verdad es que no estaba acostumbrada a tratar a hombres de su clase. Con frecuencia se maravillaba de no haber conseguido influenciarle.

Cruzó la sala en silencio. Rico llamó a uno de los camareros y le dijo que buscara un taxi. Después, mientras aguardaban, se puso a jugar con una máquina tragaperras. A la tercera moneda que echó en la ranura sonó la campanilla y Rico ganó un dólar. A la sexta moneda volvió a suceder lo mismo.

—Espera un poco —dijo.

Llamó al *barman* que estaba detrás de la barra.

—Escuche —le preguntó—, ¿ha visto a alguien tocar en esta máquina?

El hombre hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, señor —contestó—. Octavio ha estado manipulándola.

—¡Vaya tipo! No le creía capaz de dedicarse a estas cosas. Dentro de poco atracará a los ciegos. Dígale a Sam que se encargue de echar una ojeada a todas las

máquinas. ¡Dios mío! Si las cosas siguen así, no faltará sino ponerse a distribuir el dinero en el mostrador.

La Bella Rubia rió, contenta por tener un pretexto para cambiar de humor.

—A ti no se te escapa ni una, ¿eh?

—¿Lo dices porque no me dejes enredar?

Ella le puso una mano sobre el brazo.

—Escucha —le dijo—, reconozco que has encontrado la solución para acabar con el Pequeño Arnie. Pero si vas a expulsarlo de la ciudad, hazlo antes de que sea demasiado tarde.

—Tú déjame a mí.

En ese momento, el camarero vino a anunciar que el taxi aguardaba en la calle.

—Vamos, entonces.

La hizo subir.

—¿Me telefonarás luego, Rico?

—No lo sé.

—Bueno, en todo caso procura que no encuentre sobre tu ropa cabellos negros.

—No digas estupideces.

La Bella Rubia cerró bruscamente la portezuela. Rico se quedó mirando al taxi hasta que desapareció. Entonces pensó que la Bella Rubia era como todas las mujeres. Tenía una marcada inclinación a montar escenas de gran efecto y solía refunfuñar por cualquier cosa.

Miró vacilante la calle. Hacía calor y la ciudad parecía un horno, pero de vez en cuando llegaba un soplo de aire del lago. Alzó los ojos al cielo y comprobó que estaba completamente estrellado.

—Hace una noche estupenda —murmuró.

Contrariamente a su costumbre, fue andando hasta el kiosco de la esquina para comprar un periódico. Desde que se había convertido en jefe de la banda era muy raro que saliera solo, y menos de noche. Otero, Pepi el Asesino, Carillo y Kid Bean se habían constituido en su guardia personal, y siempre se le veía acompañado de uno u otro. Estaban celosos de este privilegio, y a veces se peleaban por ello. Pero la noche tentó a Rico, ya que la atmósfera del Palermo estaba casi corrompida mientras que la brisa nocturna era pura y fresca.

Apenas había andado unos cincuenta pasos, cuando un turismo descapotado le rebasó. Observó el coche, y reparó particularmente en el detalle de que la capota estuviera bajada, así como en el hecho de que el conductor pasara demasiado cerca de él. Temiendo lo peor, buscó a su alrededor algún lugar donde poder resguardarse. Pero cuando el coche hubo pasado, continuó caminando y no pensó más en ello.

Se paró ante una farmacia de turno y consultó la hora en su reloj de pulsera. Era la una. Kid Bean y Pepi debían estar de vuelta de un momento a otro. De pronto, alzó la mirada. El coche había girado y se acercaba a toda velocidad con un zumbido impresionante. Inmediatamente, se maldijo a sí mismo por su imprudencia y elevó la

mano para sacar su pistola que llevaba colgada en el costado izquierdo. Pero el automóvil ya estaba encima y tres pistolas hicieron fuego a la vez. En el mismo instante sintió un dolor lacerante en la espalda y cayó al suelo. Su arma se había enganchado en la funda y no llegó a sacarla. Uno de los agresores se inclinó y vació el cargador contra él, que, tumbado en el suelo sin poder moverse, oía silbar las balas a su alrededor.

—Sois unos excelentes tiradores —dijo irónicamente.

El coche dobló la esquina y desapareció. Entonces se levantó y entró en la farmacia. La puerta de muelles se cerró a sus espaldas, y el dependiente, que se había escondido bajo el mostrador, se alzó sobre sus piernas temblorosas.

—Dios mío —balbuceó—, ¿qué significan todos esos disparos?

Después se dio cuenta de que la chaqueta de Rico estaba desgarrada en la espalda.

—¿Han disparado contra usted, señor? —preguntó.

—Sí —contestó Rico—, y me han herido. Deme unas vendas enseguida.

El empleado se quedó inmóvil y boquiabierto. Al instante, el establecimiento empezó a llenarse de gente. Algunas personas conocían a Rico y le miraban.

—Una bala ha atravesado el escaparate —observó el dependiente.

—Escuche —dijo Rico—, deme las vendas cuanto antes.

El hombre al fin reaccionó y se fue a buscar las vendas. Se había formado un grupo en la puerta, y la farmacia estaba ya tan llena de gente que no cabía un alma. Rico esperaba, con la espalda apoyada en el mostrador. La sangre comenzaba a gotear por la manga de su chaqueta. Antes de que hubiera vuelto el dependiente con las vendas, Jastrow, el popular agente de policía de la Pequeña Italia, se abrió paso entre la gente, seguido casi inmediatamente de Joe Massara.

—Bueno —dijo el primero—, alguien se ha decidido finalmente a meterte una bala en el cuerpo, ¿eh, Rico?

—Sí —contestó éste escuetamente.

Joe se aproximó y le puso una mano sobre el brazo. Tenía el rostro muy pálido.

—¿Te han hecho mucho, patrón? —preguntó.

—No —respondió Rico—. Pero ¿qué diablos haces tú por aquí?

—Me han avisado —repuso Joe—, y luego, como tu teléfono no respondía, empezaba a preocuparme. Hubiera llegado a tiempo a no ser porque el conductor del taxi que me ha traído ha cometido una infracción de tráfico por exceso de velocidad.

—¿Quién te ha avisado? —inquirió Jastrow.

—Vete a hacer tu ronda —le contestó Rico—. Éste no es tu entierro.

Jastrow se rió.

—¿Aún no estás convencido de que el viejo se interesa mucho por ti?

—¿De verdad? Pues dile que como los policías no son capaces de cogerme con las manos en la masa han tenido que recurrir a un par de gánsters.

Joe se rió. También Jastrow se rió. Luego, sacando su libreta, se puso a tomar notas en ella. En el mismo momento apareció el dependiente con las vendas. Joe las

cogió y le pagó. Antes de que abandonaran la farmacia, llegaron Pepi el Asesino y Otero, que habían logrado abrirse paso a través de la gente a codazos.

—Hola, muchachos —los saludó Jastrow, alzando su mirada de la libreta—. Vuestro jefe ha recibido una caricia de plomo.

—Eso me han dicho —repuso Pepi.

Rico se excitó:

—Vámonos de aquí de una vez.

Jastrow emprendió la marcha el primero, seguido de Pepi y Otero, con Rico en medio. Joe cerraba el grupo. La gente se había apiñado hasta los raíles del tranvía. Todas las ventanas de las casas estaban iluminadas. Cuando salieron de la farmacia, el gentío era tan espeso que no pudieron avanzar. Jastrow sacó su porra y la blandió; esto fue suficiente para que les abrieran paso.

Mientras caminaban, Joe se acercó a Rico y le murmuró al oído:

—¿Ha sido el Pequeño Arnie?

Rico asintió con la cabeza. Pero Pepi lo había oído.

—Cierto, él ha sido —dijo—. Pero yo le voy a ajustar las cuentas esta misma noche.

—Tú quédate tranquilo —dijo Rico.

—¡Al diablo! —refunfuñó Pepi.

Otero se hallaba fuera de sí.

—Sí, sí, Rico —gritaba—. Déjalo para nosotros.

—Callaos —ordenó Rico—. ¿Quién es aquí el patrón?

Ante la puerta del Palermo les esperaba un grupo. Carillo y Octavio Vettori prorrumpieron en grandes ovaciones cuando vieron que Rico había salido indemne.

Jastrow se volvió.

—Bien, yo creo que ya he cumplido con mi deber.

—Desde luego —dijo Rico—. ¿Quieres pasar a tomar un trago?

—Ni hablar —contestó. Después gritó hacia la gente—: ¿Cuándo diablo vais a acabar de vociferar vosotros? Vamos, dejadme paso.

Todos se rieron. En la Pequeña Italia se le estimaba, porque tenía fama de ser leal. Rico entró en el local escoltado por sus incondicionales.

Dentro, la gente le esperaba subida sobre las mesas y la orquesta comenzó a tocar estrepitosamente. Sam Vettori, en el centro de la pista desierta, agitaba furiosamente los brazos y se desgañitaba tratando de imponer orden.

Cuando apareció Rico, estalló una ovación.

—Rico, Rico, Rico.

Pepi el Asesino y Otero, embriagados por la emoción, se cogieron por el brazo y se pusieron a bailar. Joe agitó las vendas. Rico se quitó el sombrero y sonrió.

Cuando empezaban a subir la escalera, se volvió a Joe y le dijo:

—Ve a buscar al Ebreo.

Pepi el Asesino cogiéndole por el brazo, le informó:

—Está arriba con Kid Bean, que ha recibido un balazo.

—¿Cómo ha sido eso?

—Estábamos ocupándonos del tercer puesto de gasolina, cuando uno de los hombres ha disparado. Pero no tiene gran importancia. Un simple rasguño.

—¿Y qué tal os ha ido?

—Bien.

En las dos últimas semanas, Pepi el Asesino y Kid Bean habían asaltado veinticinco puestos distribuidores de gasolina.

—Perfecto —dijo Rico—. Habéis trabajado de firme. Repartíos las ganancias entre los dos.

—Así se habla, patrón.

Otero llamó a la puerta. El rostro de Joe Sansone asomó por la mirilla, e inmediatamente les dejó entrar.

El Ebreo estaba curando a Kid Bean, que, tumbado sobre una mesa de juego, fumaba un cigarrillo. Se había quitado la camisa y sobre su pecho velludo corría un hilillo de sangre. Al ver a Rico le dijo:

—Por poco recibo un balazo, patrón.

Y señaló un corazón atravesado por una flecha que tenía tatuado sobre el pecho y que le daba un aspecto tan fiero como un jefe maorí.

—También al patrón le han herido —le informó Pepi.

—¿Le han herido? —gritó irguiéndose para cederle el sitio. Cúralo en seguida, Ebreo.

Le dio un empujón a éste. Pero Rico dijo:

—Termina primero con él. Yo puedo esperar.

—Sólo falta vendarle —contestó el Ebreo con una sonrisa servil.

Era un médico titulado, pero le habían prohibido ejercer la profesión a consecuencia de una operación ilegal que había practicado en cierta ocasión. Decía llamarse Lázaro, pero nadie le creía, y cuando hablaban de él, todo el mundo le conocía por el Ebreo.

Rico se quitó la chaqueta y la camisa y se esperó sentado. De la herida ya no salía más sangre.

Joe Massara acercó su silla y se quedó junto a Rico. Después de cobrar la parte que le había correspondido por su actuación en el último atraco, había vuelto al redil. Ya no hablaba de abandonar la mala vida. Al parecer, el asunto Courtney había caído en el olvido, y por ese motivo había recobrado su antigua seguridad.

—Joe —le preguntó Rico—, ¿quién te ha advertido?

—No lo sé —contestó él—, pero creo que ha sido alguien de fuera que no conocía a nadie más que a mí. Desde luego estaba bien informado. Me ha dicho que esos tipos empezarán a acechar a medianoche. No esperaban que salieras antes de las dos o las tres.

—¡Pues sí que se ha buscado buenos tiradores ese idiota de Arnie!

—Verdaderamente son malos —asintió Joe.

Kid Bean abandonó la mesa y se palpó el pecho.

—Muchachos, esta vez creía que me habían tocado de firme.

—Tú tienes la piel tan dura que las balas rebotan en ella —respondió Pepi.

El Ebreo empezó a lavar la herida de Rico.

—No es gran cosa —dijo—, pero habrá que tomar precauciones.

Cuando estuvo curado, Rico se puso la camisa y se quedó sentado fumando un cigarrillo.

Llegaron Carillo y Octavio Vettori, a los cuales había mandado llamar. Ambos se sentaron junto a él. Entonces el Ebreo se puso el sombrero y se expresó así:

—Bueno, de momento ya he terminado. Pero si nota alguna molestia en la herida, avíseme y vendré en seguida.

Rico sacó la cartera y le dio un billete de cincuenta dólares.

—Gracias, muchas gracias —dijo el Ebreo inclinándose.

Joe Sansone le acompañó hasta la puerta.

Rico habló así:

—Escuchadme bien, muchachos. Esta noche haremos una gran limpieza. Si esa gente tiene ganas de jaleo, vamos a darles ese gusto.

—¡Sí, sí! —exclamó Pepi.

—Yo me he puesto de acuerdo con Joe Peeper y haremos que Arnie salga huyendo. Quiero que vengan conmigo Pepi el Asesino, Otero y Octavio.

—¿Y yo por qué no? —protestó Joe Sansone.

—Ven tú también, Joe —consintió Rico—. Y tú, Carillo, reúne a todos los hombres y encárgate del local de Mike el judío. Haz salir a todos y destruye la sala. Si el Pequeño Arnie quiere lío lo tendrá. ¿Comprendido?

—Sí, patrón —contestó Carillo—. ¿Y con las armas qué hacemos?

—No las uséis. Mike es un cobarde y no creo que esté dispuesto a ofrecer resistencia.

—Sin embargo, a mis hombres les cuesta mucho tener las manos quietas —observó Carillo sonriendo.

—Pues tú deberás ocuparte de que se dominen —le advirtió Rico—. No es conveniente que nadie dispare, sobre todo teniendo a Flaherty detrás de nosotros.

III

Rico, seguido de Joe Sansone, Octavio Vettori y Otero, subió la escalera y entró en el vestíbulo. Dentro no había más que dos o tres parejas, pero más allá de una gran puerta se veían las mesas de juego concurridas por mucha gente. Rico alcanzó a Pepi y le preguntó al portero:

—¿Dónde está Joe Peeper?

El portero mostraba el terror pintado en el rostro. Estaba seguro de que le iban a matar, y por ese motivo permaneció inmóvil, incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Contesta —le ordenó Pepi—. ¿Acaso eres sordo?

El portero señaló una puerta.

—Está ahí dentro con el patrón, ¿eh?

El portero asintió con la cabeza.

—Sí —confirmó el vigilante, deseoso de congraciarse con ellos—, está ahí dentro con el patrón y dos más.

—Muy bien —dijo Rico—. Si la puerta está cerrada, ya sabes lo que tienes que hacer, Pepi.

Éste había derribado las puertas más resistentes a fuerza de darles empujones con la espalda.

Joe Sansone probó a abrirla, pero tal como imaginaban, estaba cerrada con llave.

—Pepi se encargará de abrirla —empezó a dar instrucciones Rico—. Tú, Joe, le protegerás la espalda con la pistola preparada por si acaso hay alguien que pierde la cabeza y se le ocurre disparar. Yo te seguiré. Tú, Otero, te quedarás aquí fuera impidiendo la entrada. Octavio, vigila a estos dos tipos —y señaló con el dedo al vigilante y al portero.

—No es necesario que nadie nos vigile —aseguró el portero.

Todos se rieron.

—Adelante, Pepi —ordenó Rico.

Descargó la espalda contra la puerta, y ésta se abrió con un fuerte crujido. En el mismo instante vieron cómo cuatro individuos se ponían de pie automáticamente. Joe Peeper gritó:

—¡Es Rico!

Pepi había caído de rodillas en medio de la sala, pero Joe Sansone entró apresuradamente apuntando hacia los cuatro hombres con su enorme pistola automática. Acto seguido apareció Rico, se quitó el sombrero e hizo una inclinación.

—Buenas noches, Arnie —dijo en son de burla—. ¿Cómo van tus asuntos?

El Pequeño Arnie se mordió el labio y se quedó inmóvil. En general, solía mostrarse impasible. Era sumamente tímido a la vez que astuto, y ambos sentimientos se ocultaban tras un rostro pálido e impenetrable. Pero esta inesperada irrupción le había impresionado de un modo excepcional, hasta el punto de que la máscara se le

había caído del rostro, mostrando una expresión aterrorizada.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Joe Peeper, que estaba de acuerdo con Rico y era pagado por él, les invitó:

—Sentaos, muchachos.

Pepi cogió dos sillas y se las ofreció a Joe Sansone y a Rico, quedándose él de pie junto a éste.

El Pequeño Arnie se volvió hacia los dos hombres con los que estaba reunido. Eran dos forasteros y tenían un aspecto poco tranquilizador.

—No sé de qué querrás tratar conmigo —dijo Arnie—, pero como supongo que serán asuntos privados, lo mejor será que estos dos señores se vayan.

Rico contestó con la máxima tranquilidad:

—Nadie abandonará esta sala.

Uno de los dos hombres gritó:

—Quisiera saber quién es el que me va a impedir que me vaya ahora mismo.

Antes de que Rico pudiera responder, Joe Sansone se expresó así:

—Yo seré quien te lo impida, muchacho. Tú no me conoces bien. Te advierto que me estoy aguantando para no acribillaros a tiros a los dos.

—Y a lo habéis oído —sonrió Rico—. Quedáis invitados a esta reunión familiar.

Los dos miraron a Arnie, que tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Tus amigos son muy simpáticos, Arnie —dijo uno de ellos.

—Sí, demasiado —respondió éste.

Pepi se rió y dijo:

—Desde luego que somos simpáticos. —Y añadió—: Arnie, nosotros creíamos que tenías la suficiente clase como para no encargarte a un par de inútiles forasteros que mataran a Rico.

Reinó el silencio. Arnie sacó un cigarro y lo encendió. Los dos visitantes continuaron mirando a Rico. Por su parte, Pepi los observaba fijamente. Finalmente preguntó:

—¿De dónde venís?

Los dos miraron inquietamente a Arnie. Empezaban a perder la calma.

—Vamos, hablad de una vez —insistió Pepi—. ¿De dónde sois?

—De Detroit —respondió uno.

—¿Dónde diablos está Detroit? —preguntó Joe Sansone—. No he oído hablar en mi vida de ese lugar.

—Escuchad —continuó Pepi—, deberíais saber que dos delincuentes como vosotros no deben atreverse a deambular solos por las calles. No, señor. Podrían deteneros por llevar encima armas prohibidas.

—¿Qué es lo que tenéis contra nosotros? —preguntó uno de ellos—. No hemos hecho nada. Precisamente acabamos de llegar.

Estaban completamente atemorizados.

Arnie, que había recobrado la compostura, dijo:

—Bien, Rico, ¿qué es lo que venías a decirme?

Pepi y Joe Sansone se pusieron a hablar los dos a la vez, pero Rico les hizo una seña para que se callasen.

—Arnie —dijo—, tu juego ha quedado descubierto. Escúchame bien. Si mañana no has dejado la ciudad, saldrás de ella, pero con los pies por delante.

Arnie contempló silenciosamente el humo de su cigarro.

—En primer lugar —prosiguió Rico—, hace por lo menos dos meses que me estás engañando. Y en segundo lugar, has pagado a este par de cretinos para que me quitaran de en medio. ¿No te parece que hay más que suficiente?

Arnie se rió.

—Rico, no sé quién se ha entretenido en contarte tonterías. Debes estar seguro de que no he tenido jamás intención de engañarte. ¿De qué me hubiera servido?

—Cállate —le ordenó Rico—. Tu suerte está echada, judío. Acéptala como un hombre.

Arnie enrojeció.

—Atiende, Rico; si crees que te quedarás con mi negocio así como así es que estás loco.

—Vamos a ver, Joe —dijo Rico haciendo un signo con la cabeza a Peeper—. Ahora te toca a ti.

Éste miró de través a Arnie, y declaró:

—Los libros, Rico, están falsificados. Te ha estado estafando durante todas las semanas la mitad de tu parte.

Los dos tipos de Detroit empezaron a mostrarse muy inquietos.

—¡Canalla! ¡Traidor! —barbotó Arnie.

Rico se rió.

—Eso es todo, Arnie —dijo—. Y ahora acepta el consejo que te doy. Ponte el sombrero y lárgate. Abandona la ciudad. Si mañana estás aquí todavía, encargará a Pepi el Asesino que te agujeree la piel.

—Y yo lo haré encantado —afirmó Pepi—. Los judíos no han sido nunca de mi agrado.

—Yo tampoco los estimo mucho —terció Joe Sansone.

Arnie meditaba. Rico dijo:

—Todos nosotros nos hemos portado bien contigo, Arnie. Pero tú no has sabido corresponder. Ahora tendrás que adaptarte a las circunstancias y actuar como un hombre.

—¿Y qué otra cosa podrá hacer? —dijo Pepi.

—Yo os diré lo que puedo hacer —replicó Arnie—. Le diré cuatro palabras a Flaherty.

Observó atentamente a Rico para ver qué efecto le producían estas palabras, pero se limitó a dedicarle una sonrisa.

—Si recurres a la policía, será señal de que has caído muy bajo, Arnie. —Hizo

una pausa, y luego, inclinándose hacia él, añadió—: De cualquier modo, si vas a hacer una visita a Flaherty, será mejor que te prepares la coartada por si te pregunta sobre John el Cojo.

Arnie dejó caer el cigarro y se quedó con los ojos fijos en el vacío y las manos abiertas sobre la mesa.

—Ya no te queda más que la presunción —comentó Joe Sansone—. Lo mejor que puedes hacer es arrojar la toalla sobre el ring. Pero tengo la impresión de que estos dos vagabundos de Detroit no han oído hablar nunca de toallas.

—A nosotros déjanos en paz —replicó uno de ellos.

Joe Sansone lo miró fijamente.

—Oye, quizá en tu ciudad pases por un matón, pero ten cuidado, esto no es Detroit.

Arnie se volvió hacia Joe Peeper.

—Bueno, Joe —dijo—, has conseguido arruinarme.

—Cierto —contestó Peeper—, ¿esperabas que con tu manera de tratarme iba a ser siempre fiel?

Pepi se rió.

—Arnie, lo mejor será que te vayas a Detroit con estos amiguitos tuyos —le aconsejó.

Cuando Rico y sus hombres abandonaron el despacho de Arnie, Joe Peeper los siguió. Apenas estuvieron en la calle, se acercó a Rico.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó.

Todos se detuvieron y le miraron, preguntándose qué sería lo que se traía entre manos.

—Vosotros montad en el coche, muchachos —ordenó Rico.

Todos obedecieron, excepto Pepi, que se apoyó contra el automóvil, con la mano en el bolsillo. No le inspiraban ninguna confianza las gentes que habían tenido relaciones con Arnie.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Rico.

—Tengo la impresión de que estás enojado conmigo —contestó Peeper—. Pero te juro que no sabía a qué habían venido esos tipos de Detroit. No tenía ni la menor idea de lo que se proponía Arnie. ¡Dios mío! No pensarás que quería traicionarte, después de todo lo que he hecho por ti, ¿verdad?

—¿Y quién te ha dicho nada?

—Nadie —repuso Peeper—. Sin embargo, creo que lo sospechas. Hubiera sido estúpido hacerte una cosa semejante.

Rico se rió.

—No te preocupes.

Hizo un movimiento para subir al coche, pero Joe lo cogió por el brazo.

—¿Me vas a dejar aquí, Rico? Si no me llevas contigo, estoy seguro de que no llegaré muy lejos.

—No creo que por ahora esa gente tenga ganas de ocuparse de ti. Pero sube tú también. Espero que podrás ser útil, Joe.

Éste se sentó al lado de Octavio Vettori y Otero. Durante todo el trayecto hacia el Palermo, trató de entablar conversación y de ganárselos, pero todos ellos permanecieron encerrados en sí mismos.

IV

Al día siguiente, en las notas de sociedad de un importante diario de Chicago apareció esta noticia:

El señor Arnold Worch, del North Side, ha salido para Detroit con la intención de pasar una temporada. Le acompañan dos amigos de aquella ciudad que habían venido a Chicago para una corta estancia.

Esto era obra de Octavio Vettori, y revolucionó hasta tal punto a los bajos fondos de la ciudad, que los periódicos tuvieron que imprimir una tirada especial. El artículo fue fijado en todos los bares, cabarets y salas de baile. De la noche a la mañana, Rico y Octavio Vettori se habían hecho célebres.

No sólo fue el Pequeño Arnie el que abandonó la ciudad; se fueron tras él todos aquellos que estaban complicados en la tentativa de asesinar a Rico. Joseph Pavlovsky, el portero, que había conducido el coche desde el que intentaron asesinarle, se fue a Hammond, donde, con el dinero que había recibido de Arnie, abrió un negocio.

Pippy Coke, que había disparado contra Rico junto con los dos gánsters de Detroit, acompañó a Pavlovsky con dos *croupiers* que habían estado vigilando a Rico en el Palermo.

La banda de Arnie se dispersó y los de la Pequeña Italia se hicieron dueños de la zona que en otro tiempo había perdido Angelo, un famoso jefe de banda.

Arnie hacía sólo cinco años que había venido a Chicago desde Nueva York. Allí se había creado tan mala reputación que nadie quería hacer negocios con él. Llegó con un pequeño capital, y se sintió feliz de haber llegado en el momento oportuno. Kips Berger, también procedente de Nueva York y amigo suyo, había fracasado y se

dispuso a cederle su casa de juego por una cantidad insignificante. Arnie la compró e hizo buenos negocios. El garito se hallaba en una zona neutral, limitada al sur por la Pequeña Italia y al norte por el vasto territorio en que imperaba Pete Montana.

Arnie hasta el momento había sido lo suficiente astuto para saber aprovecharse de las ventajas de esta posición. Empezó a trabajar con tesón y en poco tiempo logró consolidar su dominio. Pero no era un buen jefe de banda: primero porque era cobarde; segundo porque ni sus socios más íntimos podían fiarse de él, y tercero porque en las situaciones difíciles, siempre perdía la cabeza. Su lugarteniente, el judío Mike, se le parecía en todo, aunque era más violento y más valiente que él. Entre los dos gobernaban la zona, pero la banda no había prosperado nunca, y su poder apenas se percibía. Si resistieron fue porque la oposición era poca y también porque los componentes de la banda eran unos pobres diablos que se conformaban con muy poco. Al sur, Sam Vettori estaba en decadencia y su apatía le impedía intervenir en aquella parte, y en el norte, el gran Pete Montana daba pruebas de una magnífica indiferencia.

Hacía ya un año que los asuntos le empezaban a fallar a Arnie, y la súbita ascensión de Rico precipitó su decadencia. Viendo próximo su fin, cometió un error tras otro. En primer lugar trató de conquistarse a Rico, y cuando obtuvo su protección a cambio de un interés del treinta por ciento, empezó a engañarlo. Después, sin el más elemental sentido común, incurrió en la torpeza de intentar matarlo. De haberlo conseguido, no habría ganado nada, sino que incluso habría empeorado su posición, puesto que la banda de Vettori se habría vengado.

Su caída no fue sentida por nadie. Jamás había sido sincero con los que trataba, todos desconfiaban de sus métodos y además le faltaban todas las cualidades necesarias para ser un buen jefe de banda. Casi era incomprensible que hubiera logrado mantenerse tanto tiempo en la ciudad.

Su caída fue seguida de otras caídas secundarias. Mike, cuyo local había sido destruido por Carillo y sus hombres, se instaló en la parte sur de la ciudad, donde abrió un par de tabernas. Kid Burgh se instaló en Cicero, y Mashke el Bizco, después de un breve exilio, ofreció sus servicios a Rico, quien le dio un plazo de veinticuatro horas para desaparecer definitivamente. Con la caída de los tres lugartenientes de Arnie, se esfumó su poder.

Otero ayudó a Rico a quitarse la chaqueta; después, mientras éste se aseaba, se sentó con el respaldo de la silla apoyado contra la pared y encendió un cigarrillo.

—Deberías echar un sueñecito —dijo—. No haces muy buena cara.

—Me siento bien —contestó Rico.

Pero esto era mentira. En el espacio de dos días no había dormido más de cuatro horas; estaba pálido, tenía la expresión del rostro rígida y además sufría fiebre intermitente. Su herida, aunque leve, no cicatrizaba, y el Ebreo le había recomendado reposo. Sin embargo, él odiaba la inactividad, e incluso en su situación actual no podría tolerarla. Sabía que había llegado el momento de imponerse, y sólo un disparo podía detenerle.

No muy firme sobre sus piernas, se volvió y miró a Otero.

—Hazte la cuenta de que estás en tu casa —dijo irónicamente.

—Me quedaré aquí —contestó Otero.

Rico se rió.

—Escucha, no necesito ningún enfermero. Vete.

—No —replicó Otero, arrojando la colilla y encendiendo otro cigarrillo—; me quedaré aquí a pasar la noche.

Rico se acercó a la cama y se puso a mirarla en silencio. Si hubiera estado solo, se habría dormido inmediatamente.

—Voy a descansar un poco —dijo—. Tú, Otero, lárgate.

Éste se calilo. Lanzó al espacio una bocanada de humo y se bajó el ala del sombrero sobre los ojos.

—¡Vete al diablo! —gritó Rico—. ¡Márchate de una vez! Estoy harto de verte pegado a mí. Pareces un policía de la Chicago Avenue. No tengas miedo que no me voy a morir todavía.

—Está bien —repuso Otero—, tú descansa. Mientras tanto, yo terminaré de fumar el cigarrillo.

Rico se echó en la cama sin desnudarse; sólo se había quitado la chaqueta. Puso la mano bajo su cabeza y trató de seguir despierto con los ojos fijos en el techo, pero finalmente acabó por dormirse.

Otero le observó desde su silla. Siempre había pensado que era un gran hombre, como Pancho Villa. En Toledo, cuando ambos asaltaron un puesto distribuidor de gasolina, ya lo presintió. Los demás sólo veían en él a un muchacho delgado y pequeño, con un ligero bigote, pero es que no le miraban con buenos ojos.

Arrojó al suelo la colilla y encendió un tercer cigarrillo. Mientras dormía, Rico se volvía de un costado al otro y mascullaba algunas palabras. Tenía el rostro extremadamente pálido. Otero se levantó y se acercó a mirarle. No, no estaba bien. Le puso la mano sobre la frente y comprobó la alta temperatura. Se quedó observándolo, sacudiendo lentamente la cabeza.

—¡Que el diablo le lleve! —gritó Rico—. ¡Déjese de tonterías! Ningún bastardo irlandés le pondrá nunca las esposas a Rico.

Otero volvió a su silla y se adormeció bajo el ala de su sombrero, mientras Rico se revolvía en el lecho y hablaba agitadamente en sueños.

De pronto, llamaron a la puerta. Apenas había tenido tiempo de abrir los ojos cuando Rico ya estaba en pie. Cogió la pistola y le ordenó:

—Ve a ver quién llama. Pero no abras la puerta; primero pregunta quién es.

Otero se acercó a la puerta y gritó:

—¿Quién es?

Hubo un silencio; poco después, una voz con fuerte acento italiano contestó:

—Somos gente de confianza. Queremos hablar con Rico.

Otero miró a éste, quien se aproximó a la puerta y dijo:

—Escuchadme bien. Si cuando haya terminado de contar tres, no habéis salido corriendo, comenzaré a disparar. ¿Comprendido?

Hubo una pausa.

—Rico —dijo otra voz, más baja y sin ningún acento—, tú no me conoces, pero yo soy Pete Montana y quisiera hablar contigo de negocios.

Otero y Rico se miraron estupefactos.

—Pete —preguntó Rico—, ¿conoces a Big Boy?

—Por supuesto.

—¿Cómo se llama en realidad?

—James Michael O'Dool.

—Está bien, Otero; déjalos entrar.

Otero quitó el pestillo y abrió la puerta. Rico, siempre con la pistola en la mano, se mantenía un poco apartado dispuesto a disparar si llegaba el momento.

Pete Montana entró, seguido de Ritz Colonna, su lugarteniente. El primero, Pietro Fontano era su verdadero nombre, era un italiano alto e imponente, con un aire que infundía respeto. Iba vestido muy discreto, no lucía joyas y llevaba un bastón de paseo. Colonna, en su tiempo luchador de poca categoría, era un hombre bajo, de cuello grueso y rostro cetrino y vulgar. Iba vestido desastrosamente y llevaba una vieja boina caída sobre una oreja.

Montana y Rico se observaron recíprocamente. Éste, al lado del corpulento Montana, parecía pequeño y frágil, pero no se acomplejó porque sabía que Montana era grueso y estaba hinchado como Sam Vettori.

Otero cerró la puerta.

—Trae dos sillas —le ordenó Rico.

Trajo las dos únicas sillas que había en toda la habitación, y se las ofreció a Montana y Colonna. Él se puso en cuclillas con la espalda apoyada en la pared y Rico se sentó en el lecho.

Montana sacó un estuche con buenos cigarros, ofreció a todos, y después cortó la punta al suyo con un cortacigarros de oro que colgaba de la cadena del reloj.

—Estás haciendo limpieza, ¿eh, Rico? —comentó sin alzar los ojos.

—Sí —contestó éste—. Arnie me engañaba.

—No valía nada —terció Colonna—. Precisamente yo estaba deseando ajustarle las cuentas.

Montana le hizo una seña para que se callara.

—Me han dicho que intentó matarte, ¿no?

—Sí, pero fracasó.

—Si lo hubiera conseguido, se habría firmado su sentencia de muerte —repuso Montana—. Quiero que sepas que no te he perdido de vista desde que ocupaste el puesto de Sam Vettori.

—¿De verdad?

—Sí. Tú nos interesas mucho, ¿no es cierto, Ritz?

—Desde luego.

—Eres nuestro favorito —afirmó Montana.

—Bueno, eso me complace —respondió Rico.

Montana levantó la cabeza de repente y, mirándole fijamente, se expresó así:

—Todo el que sepa imponerse a Sam Vettori y a Arnie, es bueno para mí. Big Boy es de la misma opinión.

Rico fumaba sin decir palabra. Se preguntaba qué era lo que podían significar aquellas alabanzas. ¿Sería posible que el gran Pete Montana se sintiera débil? ¿Se estaba volviendo un cobarde como Sam Vettori? Esto era difícil de creer, pero, en todo caso, ¿qué perseguía con aquella visita? Notó que la cabeza empezaba a darle vueltas.

—En otro tiempo, yo controlaba la zona de Arnie —continuó Montana—, pero el negocio bajó bastante. Ya no valía gran cosa cuando lo tenía Kips Berger, y al tomarlo Arnie dejé de ocuparme totalmente. Tengo cosas más importantes en que perder el tiempo, ¿verdad, Ritz?

—Exactamente —asintió éste.

—Sí —prosiguió Montana—, en realidad, aquella zona me pertenece, ¿entiendes? Podría encontrar todo el apoyo necesario para hacer valer mis derechos, pero cuando un individuo se porta bien, lo dejo tranquilo. ¿Entiendes lo que quiero decir? El negocio es tuyo, Rico.

—Muchas gracias —contestó—. Pero no quiero tener líos contigo, Pete.

—Bien dicho —aprobó Montana. Después se volvió a Colonna y le dijo—: Ya puedes comprobar, Ritz, que te habían informado mal.

—Efectivamente —asintió.

Montana miró nuevamente a Rico.

—Algunos de esos entremetidos que circulan por ahí le han ido a Ritz con el cuento de que tú tenías la intención de intervenir en mi terreno.

Rico creía estar soñando. ¿Ése era el gran Pete Montana? Por fin se daba cuenta de que todos aquellos discursos no eran más que un pretexto: lo que de verdad le

sucedía es que tenía miedo.

—No —dijo—, esa gente no sabe lo que se dice. Yo nunca he tenido el propósito de mezclarme en tus asuntos.

Montana sonrió ligeramente.

—Acaso podamos compartir algún negocio, Rico —apuntó—. Me gusta tu manera de trabajar. Big Boy no se equivoca, y opina que tú serás el hombre del futuro. Sí, es posible que nos asociemos, pero no quiero prometerte nada. Es decir, solamente una cosa. No pienso reclamar nada del negocio de Arnie. Te pertenece a ti.

—No te olvides del escondrijo, patrón —terció Colonna.

Montana sonrió de nuevo.

—Pues sí que me olvidaba de ello. Escucha, Rico; algunos de los muchachos de Ritz tienen un escondrijo a pocos metros del local de Arnie. Esto no te disgustará, ¿verdad?

Rico cambió inmediatamente de actitud. Todo rastro de afabilidad desapareció de su rostro.

—No me disgustará, siempre que no se mezclen en mis asuntos. No toleraré las injerencias.

Montana miró a Ritz. Este dijo:

—Por mi parte, no las habrá.

—¿Y tú qué dices, Pete? —preguntó Rico.

Montana reflexionó un instante, mordiéndose el labio inferior. Otero observaba a Rico con admiración. ¡Caramba! Cómo sabía tratar a Pete Montana. Fascinado, no le quitaba los ojos de encima ni un solo instante.

—Bien —decidió al fin Pete—, todos los del escondrijo son hombres míos. Si hay algún problema, seré yo quien te rinda cuentas. Pero, ¡qué diablo!, no creo que rochemos por esas pequeñeces. En todo caso, si nos entendemos, te haré entrar en el negocio de los licores.

—Está bien Pete, los dos podemos trabajar juntos —asintió Rico.

Montana se levantó y le tendió su mano. Ambos se las estrecharon. Después, Pete dijo:

—Bueno, creo que ya podemos irnos. Pero antes déjame darte un consejo, Rico. En estos momentos se habla mucho de ti, ¿comprendes? Hay policías que te están siguiendo muy de cerca. Ya sé que cuando uno es nuevo en el oficio está inquieto, pero, durante algún tiempo, no actúes. Al final, terminarán por olvidarse de ti; siempre sucede lo mismo.

Rico admiraba su astucia, pero no se dejó embaucar. Comprendió que Pete trataba de comprometerle, de quitarle libertad de acción, de darle inseguridad y hacerlo sospechoso.

—Muy agradecido —dijo—. Un novato ha de aprender siempre.

Montana sonrió amablemente, convencido de haber obtenido éxito en su intento.

—Bueno —dijo—, hasta la vista. Tal vez pronto haré una visita a tu nuevo local.

Una noche u otra iré a echar una ojeada.

—De acuerdo —contestó Rico—, pero házmelo saber antes para poder recibirte como te mereces.

Otero descorrió el pestillo de la puerta. Montana fue el primero en salir. Ritz estrechó la mano de Rico, y después siguió a su jefe. Otero cerró de nuevo con el pestillo.

Rico estaba en medio de la habitación con los ojos perdidos en el vacío. Otero comentó:

—No es una gran cosa.

Rico se rió estrepitosamente.

—Es la mayor verdad que has dicho en tu vida.

Sexta parte

I

RICO se sentía pequeño e insignificante en la residencia de Big Boy. Habitualmente estaba concentrado en sí mismo, y no se dejaba impresionar por el ambiente. Pero nunca había visto nada semejante. Sentado ante una mesa, en la que no faltaba un detalle, comía nervioso y cauto, dejando caer el tenedor a cada momento y mirando furtivamente a su alrededor. De vez en cuando se ajustaba su cuello postizo, y cuando se encontraba con la mirada de Big Boy, sonreía.

Joe Sansone le había vestido de forma discreta para que estuviera presentable. Para esto había necesitado mucha diplomacia y mucho tacto, pero como era muy puntilloso en lo que se refería a la etiqueta, había perseverado en el caso de Rico, el cual no quería ni siquiera escucharle.

—Patrón —le había dicho Joe—, estás abriéndote camino. Big Boy no ha invitado nunca a ninguno de nosotros a comer a su casa. Atiende bien lo que te digo. Excepto Pete Montana, nadie ha cruzado el umbral de su casa. ¿Comprendes lo que quiero decir? Supongo que no te gustaría que Big Boy piense que no sabes vestir.

Había hecho limpiar y planchar su propio frac y, a las cinco, se había presentado con él sobre el brazo. Al principio, Rico había ofrecido gran resistencia. Ponía inconvenientes a los tirantes y luego a la pechera almidonada. Joe había sudado tratando de ponerle los gemelos y abrocharle los botones y el cuello duro, porque Rico no paraba quieto. Pero al fin le había vencido.

Como él estaba un poco más gordo que Rico, el frac le quedaba un poco holgado, pero le había convencido diciéndole: «Actualmente, la moda es que la ropa se lleve muy amplia», a lo cual Rico había contestado sarcásticamente: «¿Y no temes que crean que paso un hambre canina?»

Finalmente, Joe había conseguido vestirle. Entonces Rico, paseándose por la habitación, manifestaba que prefería ser ahorcado a salir a la calle con semejante atavío.

—Big Boy pensará que estoy un poco loco.

—Pero, patrón, si te queda muy bien —insistía Joe.

—¿De verdad? Pues yo creo que no me falta más que una servilleta sobre el brazo para parecer un camarero.

Pero Joe le había llevado ante el espejo para que pudiera contemplarse de pies a cabeza. Y por fin se gustaba. ¡Por Dios! Parecía verdaderamente uno de aquellos señorones que frecuentaban los clubs y que a menudo salían retratados en los periódicos. La enorme pechera blanca, las solapas de seda, el nudo bien hecho, todo ello le deslumbraba.

—Realmente, no estoy tan mal —había terminado por admitir, añadiendo—:

Como aún nos sobra tiempo, podremos ir un momento a ver a Sam.

En casa de Big Boy, titubeó mirando en tomo a la estancia. Big Boy comía con placer, haciendo chasquear los labios. La suntuosidad que le rodeaba por todas partes, impresionaba a Rico. Miraba con ojos asombrados los retratos de personajes de otros tiempos, enmarcados en enormes molduras doradas; la plata, la cristalería sobre el bufete, los altos sillones esculpidos. Todo aquello parecía el sueño de un fumador de opio.

Movió lentamente la cabeza contemplándolo todo.

—Es magnífica esta casa —comentó.

—Sí —contestó Big Boy, mirando a su alrededor con indiferencia—. Me ha costado mucho dinero. ¿Ves aquel cuadro que hay allí? Pues es una reproducción de un Velázquez, y me ha costado ciento cincuenta dólares.

Rico se quedó boquiabierto.

—¡Cristo! ¿Ciento cincuenta dólares por una reproducción?

—Sí —repuso Big Boy—. Pero eso no es nada. ¿Ves todas esas cosas? —e hizo un movimiento con la cabeza en dirección al bufete—. Todo eso me ha costado más de mil dólares.

Rico volvió a abrir la boca.

—¡Mil dólares por esas cosas!

—Son de valor —explicó Big Boy—. Pero yo me pregunto, ¿para qué sirve el dinero si no es para gastarlo? Un plato se usa para comer, y no importa el material con que está hecho. Pero resulta que en los dos últimos años he logrado hacer unos negocios afortunados. He reunido mucho dinero y he pensado: «Otras personas, con la mitad de lo que yo tengo, se dan más importancia, ¿y por qué no he de dármela yo?» Estoy muy por encima de muchos tipos que tienen dos o tres casas y un par de automóviles de lujo. Por eso, hace unos días decidí renovar la decoración de la casa por un gran profesional y me la dejó a la última moda. Tengo también una biblioteca y un montón de cosas que no me sirven de nada. El otro día hablaba con un ricachón y me decía que había sido un tonto en comprar una biblioteca con libros de verdad; él tiene una como dos veces la mía, y sin embargo, los libros son simulados. ¡Pero qué diablo! Si uno ha de tener una biblioteca, lo mejor es hacer bien las cosas. Yo tengo tantos libros auténticos, que sólo con mirarlos ya le entra a uno dolor de cabeza. Tengo obras de Shakespeare y de todos los individuos de ese género.

—¿De verdad? —dijo Rico estupefacto.

Un criado se llevó la fruta y sirvió el café. Después trajo una caja llena de cigarros. Rico tomó uno y lo encendió con especial satisfacción. ¡Aquello sí que era vida!

—Sí —prosiguió Big Boy—, en esta casa he invertido mucho dinero. Pero no pago ni un centavo de alquiler. Eschelman, el empresario, es propietario de la casa y conoce mi posición en la ciudad. Él hace todo lo que le parece, pero lealmente, ¿comprendes? Si uno se porta bien conmigo, la ciudad es suya.

—Cierto —reconoció Rico—, tú eres un hombre muy importante.

—A Eschelmann le proporciono también contratos —continuó Big Boy—, aunque, naturalmente, siempre exijo una parte. Pero aun así, su fortuna me la debe a mí. Cuando vino, no tenía más que la ropa que vestía; en cambio ahora está subiendo cada vez más. Yo —añadió cambiando de tono—, si hubiera formado una familia, me haría una casa grande en un barrio elegante; pero tal como estoy, me conviene más vivir aquí. Tengo todo lo que quiero, e incluso más.

—Es verdad —asintió Rico.

—Vamos a la biblioteca —propuso Big Boy—; allí estaremos más cómodos.

Le ordenó al criado que sirviera el café en la biblioteca. Después se levantó seguido de Rico, a quien le puso una mano sobre la espalda.

—También tú estás elegante esta noche, ¿eh, Rico? —observó.

—Sí, he creído conveniente ponerme el frac.

—Has hecho bien, Rico. Es necesario que te instruyas ahora.

—Desde luego.

Ya en la biblioteca, Big Boy le invitó a sentarse y después lo hizo él mismo. Rico miró a su alrededor, admirando las grandes vitrinas que protegían los libros. ¡Dios mío! Si uno leyera todos aquellos libros, llegaría a saber una infinidad de cosas.

—Rico —dijo Big Boy—, ahora vamos a hablar de cosas serias.

—Está bien.

Big Boy se inclinó hacia adelante y le miró fijamente.

—Escucha, te voy a explicar algo, pero tú tendrás que olvidar hasta la última palabra de lo que te diga. Son secretos y si se llegan a saber alguien lo pasará muy mal.

—Ya me conoces, patrón.

—Desde luego. Precisamente te he invitado a cenar esta noche en mi casa porque tengo una gran opinión de ti. Eres un muchacho con suerte, Rico, y tienes un gran porvenir ante ti. Eres audaz, valiente, sobrio y fiel. Gente como tú es lo que yo necesito. La mayor parte de los chicos tienen poco cerebro. Y ahora escucha: Pete Montana está acabado.

Al oír estas palabras Rico casi cayó de la silla.

—¿De verdad? —exclamó.

—No te excites —le aconsejó Big Boy—, porque en cuanto se corra la voz va a haber un lío de mil demonios. Ritz Colonna y otro par de pillastres que le son fieles se rebelarán, y alguno tendrá que pagar.

—Seguro —dijo Rico calmándose.

—Pero no tú —afirmó Big Boy—; tú te quedarás tranquilo y dejarás que todos esos tipos se maten entre sí, y después intervendremos nosotros, ¿comprendes? Pete está acabado. Mañana o pasado mañana el viejo hablará con él, y Pete no se quedará callado. Se cree que es el dueño y señor de todo, pero ya verás cuando el viejo le ajuste las cuentas. Si quiere, incluso podrá detenerle. Eso sin contar con que le puede

delatar a la policía federal por hacer contrabando de estupefacientes. Es con lo que trabaja, y precisamente es con el dinero que ha ganado de ese modo con el que se ha construido su villa particular. Pero ¿te das cuenta cómo están las cosas? Ya no puedo hablar más por ahora.

El porvenir le parecía de color de rosa. Si Big Boy le protegía, nadie podría detenerle; y en cuanto hubiera conseguido una posición, sabría mantenerse en ella. Sería honesto con los que procedieran bien con él, y todos los demás podían desaparecer.

Fumaba el cigarro lentamente, saboreándolo (no tenía ninguno más en el bolsillo), y contemplaba con mirada ausente el tráfico: taxis, Hispano-Suizas, Fords, enormes autobuses de dos pisos que se ladeaban en las curvas. Tiró el resto del cigarro por la ventanilla, se recostó de nuevo contra el respaldo y murmuró:

—¡Y yo que estaba convencido de que Pete Montana era un tipo excepcional!

II

Olga estaba vistiéndose cuando Joe se precipitó en su camarín. Le miró estupefacta.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué estás tan pálido, Joe?

—¿Tienes whisky? —preguntó éste.

Olga abrió una gaveta y sacó una petaca. Él bebió un gran sorbo; después, todavía con ella en la mano, se quedó mirando fijo a la pared.

—Joe —insistió Olga—, ¿qué te pasa?

Joe volvió en sí, tapó la botella y se la entregó.

—Tesoro —dijo—, he pasado un miedo terrible.

Ella se aproximó y le abrazó.

—Cuéntamelo todo.

—Verás —explicó Joe—. Estaba terminando la danza de Pierrot, y ya sabes que en esos momentos la sala queda en una oscuridad casi completa. Pues bien. He empezado a recorrer la pista antes de dar la última pirueta, como siempre, cuando de repente, una señora que estaba sentada en una mesita del rincón, ha lanzado un grito, un grito infernal. Sibby, al oírlo, ha encendido las luces, y de repente me he encontrado ante una señora que parecía haber perdido el juicio. Se había levantado, y con la mano apoyada sobre la mesa, me miraba fijamente. Te aseguré que no me ha

gustado absolutamente nada. Con ella había un tipo que no paraba de preguntarle qué le pasaba, pero ella no podía responderle. Tengo la impresión de que pretendía echarse encima de mí. Tenía un aspecto extraño. De veras que tenía un aspecto muy extraño.

Se quedó un rato reflexionando. Olga se rió.

—Me parece que la bebida se te ha subido a la cabeza.

—No bromees. Quizá se ha confundido y ha creído que me conocía, o algo por el estilo. Pero bien sabe el diablo que es la primera vez en mi vida que veo a esa mujer. Era mayor, de unos cuarenta años y llevaba el cabello teñido de rubio. Con ella había un desconocido que no cesaba de preguntarle: «¿Qué te sucede, Nell, qué te sucede?» Pero ella no podía articular palabra.

Olga volvió a reírse.

—Después de todo, no ha sido una gran aventura. Yo creía que sería más emocionante. Será mejor que cambies de proveedor:

—¡Oh, cállate! —le ordenó Joe—. Te aseguro que si tú hubieras escuchado su grito se te habría puesto carne de gallina.

—¿Y qué ha ocurrido luego? —inquirió Olga.

Antes de responder, Joe volvió a coger la botella y tomó un nuevo trago de whisky. La sangre había afluido a su rostro y se sentía mucho mejor.

—En cuanto el patrón se ha dado cuenta, se ha acercado a la señora para ver si podía serle útil en algo. Ella ha contestado: «Sí, mande llamar un taxi.» El hombre que estaba con ella ha protestado: «¿Por qué, Nell?» Y entonces ella ha replicado: «Quiero irme a casa.» Y se han ido. Pero, ¡válgame Dios!, qué modo de mirarme esa mujer... yo no sé cómo explicártelo.

—Escucha —dijo Olga—, ¿no será que has fumado un poco de opio?

—No digas tonterías —replicó Joe—. Esa mujer gritaba por alguna razón. Estoy convencido.

En ese momento alguien llamó a la puerta y Olga dijo:

—Adelante.

Apareció un camarero y se inclinó.

—El señor Willoughby desea saber si podemos empezar a servir, señorita Stasseff.

—Sí, desde luego —contestó ésta.

El camarero, haciendo bocina con las manos, gritó:

—*Allez!*

Joe se sentó en el diván y encendió un cigarrillo. Olga se puso ante el espejo, se retocó un poco el maquillaje y luego se puso el quimono japonés.

Entraron dos camareros trayendo una mesa, seguidos de un tercero con el mantel y la cristalería. Cuando la mesa estuvo preparada, uno de ellos dijo:

—El señor Willoughby desea saber si puede venir ya.

—Sí, que venga.

Cuando los camareros abandonaron el camerín, Joe comentó:

—Comienzo a aburrirme de Willoughby. Tiene la cabeza hueca.

—Sí, pero en su caso no es un defecto —repuso Olga—. Lo que me complace de él es que cuando nos traen la cuenta, no tarda nada en echar mano a la cartera.

—Eso es cierto —reconoció Joe sonriendo.

—Bueno, pues entonces no te hagas el exquisito con él. Los tipos de su clase no se encuentran fácilmente.

En ese mismo instante Willoughby llamó a la puerta suavemente y acto seguido entró. Acababa de afeitarse y tenía un aspecto mofletudo e infantil.

Joe se levantó y le estrechó la mano.

Olga preguntó:

—¿Estaba en la sala?

—Sí —contestó él, añadiendo—: A propósito, Joe, ¿por qué se ha producido esa escena?

—¿Ves? —dijo Joe volviéndose a Olga—. Y tú creías que lo había soñado, ¿eh?

—No, no lo ha soñado —confirmó Willoughby—. La verdad es que yo no había oído en toda mi vida un grito tan desgarrador.

—No me lo recuerde —dijo Joe—. Se me eriza el pelo sólo con recordarlo.

Entró un camarero con el vino, seguido de otro con la sopera.

—Bueno —dijo Willoughby—, ahora empezaremos a *souper*, como dicen en Francia.

—*Oui, monsieur* —pronunció Olga.

—Cierto —asintió Joe—. Nosotros estamos siempre dispuestos a damos un banquete en el idioma que convenga.

Se sentaron ante la mesa. El camarero sirvió el vino. Willoughby alzó su vaso y lo miró al trasluz.

—Espero que este vino sea de su agrado —dijo—; procede de mi bodega particular.

—Me gustaría dormir en esa bodega —repuso Olga.

—En este caso queda invitada permanentemente.

Durante un rato guardaron silencio. Luego Joe preguntó:

—Dígame, señor Willoughby, ¿qué cree usted que le ha podido ocurrir a esa señora?

—Pues no sé qué decirle.

—No le des más vueltas —le aconsejó Olga—. Seguramente estaba intoxicada de cocaína.

III

Willoughby les ofreció cigarrillos y todos se retiraron de la mesa. Joe se echó en el diván, Olga ocupó un sillón y Willoughby se sentó frente a ella.

Luego, vaciló un poco antes de decir:

—Olga, ¿cuándo haremos esa gira?

—No lo sé —contestó ella.

—¿Qué gira? —preguntó Joe mirándola.

—Tengo una casa de campo en Wisconsin —explicó Willoughby—, y había pensado que antes de que se echara el frío encima a Olga le convendría descansar un poco.

—Ya —pronunció Joe.

Apenas Willoughby miró hacia otro lado, Olga le hizo un guiño a Joe.

—Tal vez podamos combinarlo.

—Cierto —asintió Joe—. Verdaderamente, Olga trabaja demasiado. Un poco de descanso no le vendría mal.

—Es lo que he pensado también —dijo Willoughby—. Para reposar no hay nada como aquello. Tengo un par de lanchas motoras y la pesca es magnífica.

—La pesca —pronunció Olga mirando a Joe.

—Bueno —reflexionó Willoughby—, acaso no sea de su interés, pero se pueden hacer muchas otras cosas. Además, el aire es limpio, muy distinto de esta repugnante atmósfera de Chicago.

—Eso me agrada —dijo Olga.

Entraron dos camareros para retirar el servicio, pero en seguida apareció De Voss, quien les hizo una seña para que se fueran. Había algo tan extraño en su rostro que Joe se levantó mirándolo. De Voss dijo:

—Joe, hay dos señores que preguntan por usted.

—¿Sí? ¿Qué clase de señores?

—Policías —contestó De Voss.

—¿Policías?

—¿Qué has hecho, Joe?

Olga se puso en pie y le miró con ojos espantados. Willoughby exclamó:

—¿Qué significa todo esto? ¿Qué es lo que significa?

Joe sacó del bolsillo la pistola y la ocultó en uno de los cajones del tocador. Olga agarró a De Voss por el brazo y le pidió:

—Diles que Joe no está aquí. Joe, tesoro, sálvate. Yo sé qué es lo que quieren.

Willoughby, estupefacto, miró a Joe e indicó con el dedo el cajón del tocador.

—¿Por qué ha metido usted eso ahí?

Olga dijo:

—¡Oh, cállese!

Joe sonrió mirando a Willoughby:

—Nunca se sabe lo que puede llegar a suceder.

—Escucha, Olga —dijo De Voss—, éste es un asunto muy serio. Lo he visto en la manera con que han preguntado por él. Les he dicho que seguramente Joe ya no estaba ahí, y se han reído a carcajadas.

Joe parecía indeciso.

—Joe —continuó De Voss—, ¿recuerdas aquella vez que vino Rico y dos policías entraron detrás de él?

—Sí.

—Bueno, pues el más alto es uno de ellos.

—¡Flaherty! —exclamó Joe.

Olga le dio un empujón.

—Escapa, Joe. Conozco bien a esos tipos. Intentarán culpabilizarte de algo aunque no tengas nada que ver.

—Tienes razón, tesoro —asintió Joe.

—Pero, Joe —intervino Willoughby—, ¿por qué no me ha dicho que tenía problemas con la policía?

—Cállese —le suplicó Olga.

Joe cogió su sombrero que estaba sobre una silla y se dirigió hacia la puerta.

—Hasta la vista, cariño —le dijo a Olga—. Ya recibirás noticias mías.

—Mejor será que afronte la situación —opinó Willoughby.

—Sal por la puerta de servicio —dijo De Voss.

Joe abrió la puerta, pero volvió a cerrarla en seguida.

—No hay escapatoria —pronunció—. Vienen hacia aquí.

Miró a Olga desesperado. Había llegado el desdichado momento que le perseguía siempre. Estaba acorralado. Se lanzó hacia el cajón del tocador, pero Olga le sujetó el brazo.

—¡Por amor de Dios, Joe! —suplicó De Voss—. No armes escándalo en mi local. No sé por qué razón quieren detenerte ni me importa. Te procuraré un abogado y te ayudaré a salir del apuro, pero, por favor, mantén la calma.

Willoughby estaba aterrado e inmóvil, con los ojos cerrados, hasta que la colilla le quemó los dedos. Entonces dijo:

—No se preocupe, Joe; yo le ayudaré.

—¿Que no me preocupe? —replicó Joe—. ¿Acaso espera que me deje coger como un ladronzuelo en su primer trabajo?

Apartó a Olga de un empujón, y ya estaba a punto de abrir el cajón donde había metido la pistola, cuando la puerta se abrió bruscamente y entró Flaherty seguido de Spike Rieger. El primero tenía la mano derecha metida en el bolsillo de la americana.

—Joe —ordenó—, sepárate de ese cajón.

Joe conocía su historial y sabía que era un tipo que primero disparaba y luego

discutía. Así que se apartó del cajón y permaneció inmóvil, mirando al suelo.

—¿Qué quiere decirme, Flaherty? —preguntó.

—Aquí hay mucha gente —contestó éste—, y no me gusta poner a nadie en apuros, de forma que iremos a un sitio donde podamos charlar tranquilamente.

—Déjese de bromas —dijo Joe.

Willoughby se acercó a Flaherty.

—Me llamo Willoughby —se presentó—. John C. Willoughby. Supongo que le suena mi nombre. Desearía saber de qué se trata. Hace un año que conozco a Joe, y por lo que yo sé es una buena persona.

—Ciertamente —respondió Flaherty—, Joe es un muchacho muy persuasivo, pero nosotros lo conocemos mejor que usted.

—Bueno —repuso Willoughby—, yo no sé de qué se le acusa, pero estoy dispuesto a depositar una fianza.

Flaherty se volvió a Rieger.

—No creo que en este caso se pueda hablar de libertad condicional, ¿verdad?

Rieger sonrió y movió la cabeza.

—¿No se le puede poner en libertad condicional? —exclamó Willoughby.

—Ésa es otra de sus frecuentes y hábiles maquinaciones, señor Flaherty —dijo Joe, aparentando cierta calma, pero en realidad estaba muy pálido.

—Bien, veremos qué se puede hacer —apuntó Willoughby—. Mi abogado llegará antes de media hora.

—Escúcheme —dijo Flaherty—. Nadie verá a este tipo antes de veinticuatro horas.

Olga se dejó caer en el diván y se puso a llorar.

—Y permítame, señor Willoughby, que le dé un buen consejo —añadió Flaherty—. A un hombre de su posición no le favorece frecuentar a ciertas personas. Estos dos tipos han estado engañándole, y si yo estuviera en su lugar, haría cualquier cosa menos ofrecerles mi abogado.

—Es una actuación muy propia de un policía —dijo Joe.

—No les haga caso, Willoughby —le pidió Olga.

—¡Claro que no! —contestó éste.

—Muy bien, Spike —dijo Flaherty—, me parece que ya hemos perdido bastante tiempo en este lugar. Espóselo.

Olga se levantó bruscamente y trató de abalanzarse sobre Spike, pero Flaherty la agarró por la espalda y la mantuvo sujeta.

—No estás ayudándole de ese modo, Olga —le advirtió—. No harás sino poner más difíciles las cosas a Joe.

Olga se puso a gritar de rabia y a patalear; mientras se debatía, le dio una patada a De Voss.

—Las mujeres son terribles —sonrió Flaherty.

Willoughby se aproximó y trató de calmarla, pero ella continuaba haciendo

esfuerzos para desasirse. Rieger, con las esposas en la mano, se acercó a Joe.

—Espere un momento —dijo éste—. No puede detenerme. ¿Dónde está la orden judicial?

Rieger se metió la mano en el bolsillo, sacó un papel y se lo tendió. Joe lo leyó atentamente, y después, sin decir ni una palabra, se lo devolvió.

—¿Es correcto, Joe? —preguntó Flaherty.

Joe, en silencio, presentó las muñecas.

—¿Por qué te detienen, Joe? —inquirió Olga.

—No te preocupes —contestó él—. No tienen ninguna prueba. Antes de veinticuatro horas estaré fuera.

Olga dejó de debatirse.

—¿De verdad, Joe?

—Sí —afirmó.

—¿Le mando a mi abogado? —inquirió Willoughby.

—No serviría de nada —respondió Joe.

De Voss se aproximó a Flaherty y le dijo:

—Escúcheme, señor Flaherty, sáquelo por la puerta de servicio, si es posible. Yo no puedo soportar que detengan a nadie en mi local.

—Usted me parece un tanto inconsciente —replicó Flaherty—. En cierto modo, debería detenerlo por cómplice. ¿Acaso no ha venido a avisar a Joe para que se escapara?

De Voss se quedó pálido.

—Le juro que sólo le he anunciado que dos individuos querían hablar con él.

—Está bien, cálmese. Y tú, Joe, andando. Vamos a dar un paseíto en coche.

Joe tenía el rostro desencajado, pero sonreía.

—Muy bien. Éste será el primer paseíto que daremos juntos.

—Espero que sea el último —replicó Flaherty.

—¿Quieres que vaya a verte? —preguntó Olga.

—No.

Le hicieron pasar a la parte trasera del coche, entre dos agentes. Rieger y Flaherty se colocaron delante. Había poco tráfico, porque eran ya más de las tres de la madrugada. Rieger conducía distraído, casi siempre con una sola mano sobre el volante, charlando con Flaherty.

—¡Diablo! —exclamó Joe—. ¡Ese tipo nos va a estrellar si sigue conduciendo así!

—No vamos a ir muy lejos —contestó uno de los policías.

—Aun así no estoy muy seguro de llegar entero —insistió Joe.

Los policías se rieron.

Un instante después, Joe preguntó:

—¿Puedo fumar?

Uno de los policías se inclinó hacia adelante.

—Oiga, jefe, ¿puede fumar este hombre?

—No —contestó Flaherty—, ¿Crees que estás en una fiesta, Joe? ¿Quieres que te procuremos dos bellas muchachas para bailar?

Los policías volvieron a reírse.

—Ya veo que tiene sentido del humor —dijo Joe—. Sepa, Flaherty, que el otro día un amigo mío dijo que usted no viviría mucho tiempo.

—Conozco bien a tu amigo —contestó Flaherty—. Creo que él tampoco tiene mucha salud.

A pesar de ser tan tarde, había todavía una cierta actividad en la comisaría. Una docena de detectives estaban esperando en la sala cuando llegaron ellos. El comisario, sentado ante una mesa, hablaba con un sargento.

—Parece que se trata de algo importante —observó Joe.

—Cállate —le ordenó Flaherty—. Si vuelves a abrir la boca te la cerraré a mi manera.

Joe fue acompañado hasta la mesa para ser inscrito en el libro de entrada.

—Veo que lo han atrapado —dijo el comisario, examinando a Joe atentamente.

—Por supuesto —respondió Flaherty, añadiendo—: ¿Han despedido a los periodistas?

—Sí. Esta vez no se cometerán indiscreciones.

—Lo celebro —repuso Flaherty.

El sargento le hizo una seña.

—Adelante, jefe.

Flaherty cogió por el brazo a Joe.

—Vamos, te daremos una buena habitación.

—¿Con baño? —bromeó Joe.

—Escucha, muchacho —replicó Flaherty—. Vamos a hacerte olvidar esas gracias.

Joe se calló. Se esforzaba por mantenerse tranquilo, por lo menos hasta que estuviera en la celda, pero una vez dentro deseaba poder desahogarse. ¡Lo habían detenido, Dios mío, lo habían detenido!

El guardián abrió la gran puerta de barrotes. Flaherty acompañó a Joe hasta la celda, le quitó las esposas y, dándole un empujón, le dijo:

—Muy bien, jovencito. Más tarde nos volveremos a ver.

—Escuche, Flaherty, ¿no puedo fumar ni siquiera un pitillo? —preguntó Joe.

Flaherty sonrió, hizo un signo al guardián para que cerrara la puerta y se alejó por el corredor.

—Oiga, amigo —le dijo Joe al guardián—, ¿no puede conseguirme un paquete de cigarrillos?

—Imposible —respondió el guardián—, ni siquiera por cincuenta dólares. Me han dado órdenes muy estrictas respecto a ti, jovencito.

Dicho esto, se marchó. Joe permaneció unos momentos en el centro de la celda.

Luego se encaramó a la litera y miró a través de la ventana. Lejos, en una calle lateral, vio un gran rótulo luminoso: *Dancing*.

Se tumbó. ¡Le habían detenido, vaya si le habían detenido!

—Aunque llueva no me mojaré —murmuró.

IV

Joe se despertó de un breve sueño y se volvió hacia la ventana. Todavía era de noche. Al parecer no había dormido mucho. ¿O es que no volvería a amanecer jamás? Abandonó el catre y se acercó a la puerta. Si al menos hubiera alguien con quien hablar...; pero las celdas contiguas estaban vacías, y también la de enfrente.

—No han querido correr riesgos conmigo —musitó.

Comenzó a inquietarse. En el estómago notaba un peso como de plomo y en la boca un sabor amargo.

—Deben ser las porquerías que comí anoche —se dijo.

Apareció el guardián al fondo del corredor, se acercó y se paró ante la puerta de la celda.

—Dentro de poco te van a llamar —dijo.

—Oiga —insistió Joe—, ¿no puede conseguirme un paquete de cigarrillos? Pagaré bien. Dígaselo al sargento.

—Imposible —contestó el guardián.

—Le daré un par de dólares por cada cigarrillo.

El guardián se rió.

—En la celda número 18 hay un tipo que me ha ofrecido hasta cien dólares por unos gramos de cocaína, pero no me ha sido posible conseguírsela. Os tengo que vigilar bien.

Se alejó y Joe retornó al catre. Por fin le habían detenido. Estaba seguro de que había sido aquella maldita mujer de cabello teñido de rubio quien le había denunciado. De todos modos, ya no tenía remedio. La verdad es que nunca se podía prever cómo iban a suceder las cosas. Pensó que tal vez debería haber mandado a Olga a avisar a Big Boy y a Rico. Pero, por otra parte, tampoco le interesaba que llegara a conocer demasiado bien sus asuntos. En todo caso, tenía una coartada. Pero Flaherty no era tonto, y resultaba difícil calcular qué argumentos utilizaría. Mientras

pensaba, maquinalmente sacó la pitillera.

—¡Maldición, he perdido la cabeza! —gritó—. Me estoy comportando como un novato. Rico debería descerrajarme un tiro. Con tanto tiempo como llevo en el oficio, tenía que haber sabido desentenderme. He sido un soberano imbécil.

Se revolvió irritado y después se levantó. En ese instante se oyó un tintineo de llaves en el corredor. Un policía se paró ante la celda y dijo:

—Vamos, italiano.

Joe se levantó. El guardián abrió la puerta. Había dos policías y un agente de paisano a pocos pasos de la celda. Cuando él salió, uno de los policías explicó:

—He aquí al tipo que mató a Courtney.

Sintió cómo todos le miraron y, dándose cuenta de ello, le atacó una especie de náusea.

—Sí —repuso el agente de paisano—, aunque le matemos, no castigaremos nunca bastante a este pollo.

El guardián cogió a Joe por el brazo.

—Andando, amigo.

Caminó ante él y el policía que le había llamado. Lo llevaron a una gran sala donde había tres policías más y casi una docena de detenidos. Entre ellos vio a Bugs Liska, el lugarteniente de Steve Gollancz. Cruzaron sus miradas.

Un sargento de policía se puso en pie y gritó:

—Atención, vosotros. ¡Vamos!

El guardián puso a Joe en la fila. Abrieron una gran puerta, y al otro lado pudo contemplar una sala con fuerte iluminación donde había muchas personas. En seguida descubrió a la mujer del cabello teñido de rubio. Estaba pálida y a la vez mostraba un aspecto decidido entre dos policías. Al verla se sobresaltó. Y de pronto recordó. Era la mujer que acompañaba a Courtney el día que Rico le mató. Inmediatamente se sintió bañado en un sudor frío.

La fila de los detenidos fue avanzando lentamente. Bugs Liska, que estaba delante de Joe, se volvió y susurró:

—¿Tú sabes de qué se trata?

El sargento le oyó, y abalanzándose sobre él desde el otro lado de la sala, le agarró por la espalda y le advirtió:

—A ver si nos dejamos de charla, porque de lo contrario alguno de vosotros lo sentirá.

—¿Por qué no reventarás? —masculló entre dientes Bugs Liska.

Joe se encontró frente a frente con la rubia. Ella le miró. Flaherty recorrió la fila de los detenidos examinándolos. Cuando llegó ante Joe, éste bajó la vista.

—¿Qué tal el baño? —le preguntó.

—Magníficamente —contestó él.

Liska inquirió:

—Dígame, irlandés, ¿de qué se trata?

—Cierra el pico —le ordenó Flaherty.

Un hombre a quien Joe no conocía, un hombre grande y robusto de cabellos grises y rizados, se acercó a la rubia y le preguntó:

—¿Está en este grupo, señora Weil?

La mujer asintió con la cabeza.

—Le advierto, señora Weil, que se trata de una cosa sumamente seria —añadió el hombre de los cabellos grises—. De modo que procure no equivocarse. Si está segura de que se encuentra en este grupo, señálelo.

La rubia se acercó a Joe.

—Éste es el asesino, señor.

—¡Caramba! —exclamó Liska, echando una ojeada a Joe—. Tengo la impresión de que falta poco para tus funerales.

La mujer siguió fijando sus ojos centelleantes sobre Joe.

—Espero que te ahorquen por haber matado a un hombre como Jim Courtney —gritó.

—Yo no lo maté —protestó Joe.

—¡Silencio! —ordenó Flaherty—. Está bien, sargento; hágalos salir.

Ya en la sala grande, Liska dijo:

—Se te han puesto feas las cosas, Joe.

—No pueden probar nada —contestó éste.

El sargento se lanzó sobre ambos.

—¿Dónde creéis que estáis vosotros?

Y, dando un paso hacia Joe, le asestó un puñetazo que le hizo caer al suelo. Se levantó con rapidez y tuvo el impulso de devolver el golpe; pero dejó caer la mano y se puso a mirar el suelo.

Liska dijo:

—Escuche, sargento; me parece que ya puedo irme a casa, ¿verdad? Mi anciana madre estará sufriendo por mi retraso.

El sargento le miró a la cara y después se echó a reír.

—Quiero tenerte aquí para divertirme un poco.

—¿De verdad? —replicó Liska—. Yo le aseguro que no será por mucho tiempo, porque Steve conseguirá sacarme pronto.

El sargento llamó al guardián con un gesto.

—Encierre al italiano —le ordenó—. Y tú, Bugs, siéntate allí en una silla.

Ya en la celda, Joe se tumbó en el catre y trató de dormir. Sobre su cabeza, la ventana enrejada comenzó a palidecer. ¡Cómo se hacía esperar el amanecer!

De repente le vino a la memoria el recuerdo de Red Gus.

Se puso en pie bruscamente y empezó a pasearse arriba y abajo de la celda. Se le representaba su imagen balanceándose en la cuerda que le había ahorcado. Había sido un tipo valiente, tan valiente que se resistió a morir de tal manera que los policías que presenciaban la ejecución se impresionaron hasta el punto de tener que apartar sus

miradas.

Mientras pensaba en estas cosas, se subió a la litera y se empujó para poder mirar por la ventana. El alba comenzaba a despuntar. Vio una camioneta de transporte de leche que pasaba por allí. Pero, ¿por qué no lograba borrar el recuerdo de Red Gus?

Creyendo haber escuchado un ruido, se volvió. Dos policías se habían parado ante la puerta y le miraban. Se sintió incómodo.

—¿Quieren algo? —preguntó.

Pero no tuvo respuesta. Siguieron mirándole durante un instante y luego se fueron.

Dejó de mirar por la ventana y se sentó en el catre. Era inútil tratar de dormir. Al final del corredor, alguien comenzó a gritar. Entonces notó que se le erizaba el pelo y que un frío sudor se deslizaba por su frente.

«Debe ser el cocainómano», pensó.

El guardián pasó corriendo ante la puerta. Los gritos no cesaban. Transcurrió un tiempo, y el guardián apareció de nuevo y se detuvo para decirle:

—Han venido otras dos personas a examinarte.

—¿Sí? ¿Y a qué se debe ese griterío?

—Al cocainómano le ha dado el ataque otra vez —contestó el guardián—. Pero el médico vendrá en seguida a ponerle una inyección para calmarle.

El hombre del cabello gris, Flaherty y dos policías más se acercaron por el corredor y se pararon ante las rejas.

—Hágalo salir —ordenó Flaherty.

El guardián abrió la puerta y empujó a Joe al pasillo. Todos le contemplaron en silencio.

Por fin, el hombre del cabello gris se expresó así:

—Realmente es una pena. Y el caso es que parece ser inteligente.

—Sí —repuso Flaherty—, pero con un revólver en la mano es un demonio.

Joe se quedó callado y Flaherty añadió:

—Joe, no hubiera creído jamás que tú fueras capaz de matar a un hombre.

Continuó silencioso.

—La horca es demasiado poco para ti, Joe.

—El pobre Jim no llevaba nunca un arma encima, ¡italiano piojoso! —gritó uno de los policías, dando un paso hacia él con aire amenazador.

Flaherty lo hizo retroceder con un gesto.

—Luca, tranquilízate y deja que la ley siga su curso —dijo—. No hay duda de que este tipo morirá en la horca antes de lo que se imagina.

—¿De verdad? —replicó Joe irónicamente.

El hombre de los cabellos grises le amenazó con el dedo.

—Jovencito, me temo que tienes pocas posibilidades de salir airoso de esto.

—No hay ninguna prueba contra mí —arguyó Joe—. La noche que mataron a Courtney ni siquiera me acerqué a aquella parte de la ciudad. Esa señora rubia es una

cocainómana.

Uno de los policías pasó ante Flaherty y le dio un puñetazo a Joe que le tiró al suelo. Flaherty agarró al policía y lo apartó. Joe se levanto frotándose la mandíbula.

—Ésta me la pagarás —amenazó.

Los dos policías se lanzaron contra él, pero Flaherty los sujetó.

—Bien —dijo, volviéndose hacia el hombre de los cabellos grises—, ¿lo ha examinado bastante, señor Me Clure?

Este asintió con la cabeza, y luego dijo:

—Guardián, ya puede llevárselo.

Y se fueron.

El guardián agarró a Joe por el brazo y lo empujó hacia dentro de la celda, haciéndole caer de rodillas. Cuando se levantó, protestó:

—¡Eh, oiga! ¿Por qué me maltrata así?

El guardián se acercó y puso el rostro contra los barrotes, mirándole con ironía.

—Son órdenes, amigo —respondió, y después se alejó.

Sí, era evidente que aquélla era la consigna. Estaba seguro de que no le dejarían tranquilo hasta que confesara. De repente el pánico se apoderó de él. Se echó en el catre, ocultó el rostro entre las manos y se puso a sollozar.

—¿Es que no voy a salir nunca de aquí?

Hacía ya más de dos horas que habían empezado a interrogarle. Se hallaba sentado bajo una potente luz, casi cegadora, y a su alrededor todo estaba oscuro. Tenía la boca tan seca que casi le era imposible tragar saliva. Le interrogaban por turno: primero el señor Me Clure, luego Flaherty y después Rieger. Flaherty se había sentado a su lado, y cuando no respondía bastante aprisa, le golpeaba en la manos con una regla. Pero a pesar de todo él se mantenía firme.

Por fin el guardián le acompañó a su celda y le trajo agua. Bebió abundantemente. Luego se tumbó en el catre e intentó dormir, pero no lo consiguió. Tenía la lengua hinchada y sentía mucho calor en todo el cuerpo.

Se puso las manos bajo la cabeza y miró los rayos de sol que penetraban en el corredor vacío.

—Dios mío —murmuró—, no podré resistir mucho estos interrogatorios.

El guardián regresó al cabo de cinco minutos.

—Quieren verte otra vez, jovencito —dijo.

—Santo cielo, ¡pero si no puedo moverme! —protestó.

El guardián abrió la puerta y entró en la celda.

—Vamos, levántate —le ordenó—; haz un esfuerzo. El juez de instrucción está aquí y quiere tomarte declaración.

Joe se levantó lentamente y el guardián le acompañó por el corredor.

V

Sam Vettori seguía las incidencias de una partida de dados, dormitando en un sillón. Aunque eran cerca de las once de la mañana, la mayor parte de las cortinas estaban todavía echadas. Todas las ruletas se hallaban cubiertas y las sillas puestas sobre las mesas. La partida no tenía importancia, puesto que era entre miembros de la banda y ninguno de ellos tenía dinero. De vez en cuando, Vettori abría los ojos y apostaba.

Desde que Rico había asumido el mando, Vettori se limitaba a dirigir el local que había pertenecido a Arnie. Ganaba mucho dinero y en realidad su actividad se reducía a estar todo el día sentado en una butaca controlando el trabajo de sus empleados. Bebía vino como un tonel y comía un plato de *spaghetti* detrás de otro. En un solo mes había engordado casi ocho kilos, y si ya era grueso de por sí, ahora parecía enorme. Su rostro, de perfil aquilino, se había vuelto tan mofletudo que resultaba irreconocible.

En otra época, había tenido la voluntad suficiente para mostrarse bastante activo, pero ahora, tranquilo y sin ninguna responsabilidad, se había dejado dominar completamente por su indolencia.

Estiró con dificultad las piernas y sacó un cigarro. La partida había terminado en discusión. Kid Bean se quejó abiertamente de que le habían engañado.

—Callaos —ordenó Vettori—. Os tolero que juguéis aquí dentro, pero si volvéis a armar otro escándalo como éste, no os lo permitiré más. Si guardarais el dinero, no tendríais que discutir por cuatro malditos centavos.

—No nos sermonees —replicó Kid Bean.

Joe Peeper cogió los dados y los tiró por la ventana.

—Éstos no me darán más disgustos —dijo.

—¿Te has vuelto loco, muchacho? —le preguntó Kid Bean.

—Todo esto es una consecuencia de que Blackie os haya ganado el dinero —observó Vettori, y añadió—: Kid, acuérdate de que me debes dos dólares.

—Pues como no me venda el pellejo —repuso éste.

—Tu piel no vale tanto —opinó Vettori.

En ese momento, Chesty, el portero, salió del despacho de Sam frotándose los ojos.

—Patrón —dijo— Scabby quiere hablarte.

—Dile que venga.

—No —contestó Chesty—. Desea hablarte a solas.

—Oye, Sam —dijo Kid Bean—, danos una baraja, ¿quieres?

—No —respondió Vettori—, porque no sabéis ni tenerla en la mano. —Se levantó despacio y, volviéndose a Chesty, añadió—: Dales una baraja y enciérralos en alguna parte. Son capaces de matarse los unos a los otros y no quiero que me

estropeen estos hermosos tapetes.

Desperzándose y estirándose, llegó al despacho y cerró la puerta. Scabby estaba en medio de la sala mordiéndose las uñas.

—¿Quieres una botella de vino u otra cosa, Scabby? —preguntó Vettori.

—¡No! —gritó éste.

Sam lo miró y luego se dejó caer en una silla.

—Parece que tengas un peso en el estómago. Habla de una vez. ¿Qué te pasa?

Scabby estaba tan excitado que no lograba dominar el temblor de sus manos.

—Tú lo has dicho: tengo un peso en el estómago —respondió—. Has de saber que Joe ha cantado.

Sam abrió los ojos.

—¿De qué Joe hablas?

—Joe Massara —contestó Scabby—. Lo han atrapado por lo de Courtney y ha confesado.

Vettori quedó boquiabierto y se pasó la mano por el rostro con una expresión atónita.

—¿De verdad? —dijo.

—¡Y tan verdad! —respondió Scabby—. La policía ha actuado de un modo habilísimo. Desde luego yo no sé bien cómo han sucedido las cosas. A los periodistas los han despedido, y a dos tipos que habían ido a entrevistarse con Joe, les han dicho que fueran a pedir permiso a la comisaría de la Chicago Avenue, y de ésta los han mandado a otra parte. Total, que no han conseguido nada.

Sam no estaba en condiciones de poder soportar una noticia semejante. Y no sabía hacer otra cosa que tener los ojos fijos en Scabby.

—¡Dios mío! —exclamó éste—. ¿Es que no me comprendes? Todo ha terminado. Escucha, si no hubiera sido por ti, yo ya me habría marchado de la ciudad. No sé si me habrá delatado o no, pero de todos modos prefiero no estar aquí. Vamos, Sam, no te quedas ahí pasmado como si se te hubieran paralizado las piernas. Haz algo.

—¿Joe lo ha dicho todo? —preguntó Vettori, costándole trabajo dar crédito a lo que oía.

—Sí, se ha mantenido firme durante cuatro horas, pero la verdad es que no podía resistir más.

De pronto Vettori pareció despertar. Se levantó bruscamente y le aferró por el brazo.

—¿Has avisado a Rico? —inquirió.

—No.

—Pues no lo hagas.

—Eso no hace falta que tú me lo digas.

Vettori miró a su alrededor sintiéndose acorralado.

—Dios mío —se lamentó—. ¿Y qué haré yo ahora?

—Yo me voy a Nueva York —dijo Scabby—. Si quieres ven conmigo.

Probablemente tendremos suerte. Tengo el coche ahí afuera.

Sam estaba visiblemente aturdido. Los acontecimientos se sucedían con demasiada precipitación para él. Desde hacía veinte años no había abandonado Chicago, y desde hacía cinco no había salido de la Pequeña Italia. ¿Cómo podía, pues, tomar una decisión en sólo cinco minutos? Eso era algo superior a sus fuerzas.

—¡Qué diablo! —exclamó—. Aquí tengo un negocio que marcha bien. ¿Y qué puedo hacer?

Scabby le miró fijamente.

—Pero, Sam —dijo—, ¿es que te has vuelto loco?

Vettori se quitó el sudor de la frente y se dejó caer en un sillón.

—Joe ha cantado, ¿eh? Ya lo avisó Rico que terminaría por descubrirnos a todos.

Scabby tiró de él para que se levantara, pero no lo consiguió porque tropezó con una fuerte resistencia.

—Escapar no conduce a nada —afirmó Vettori—. Si quieren detenernos lo harán de todas formas. No quiero huir y tener que volver con una manada de policías escoltándome.

Scabby gritó violentamente en italiano.

—No —se obstinó Sam—, huir no conduce a nada.

—Bueno, pues yo me largo —replicó Scabby, añadiendo—: Sam, debes estar completamente embriagado de cocaína.

Vettori se miró maquinalmente las puntas de los zapatos.

—Escucha —continuó Scabby—, yo no tengo tiempo que perder. ¿Vienes o no?

Sam calló.

—Está bien —decidió Scabby—, me marchó.

—¡Espera! —gritó Vettori—. Oye, Scabby. Yo he sido siempre bueno contigo, ¿verdad?

—Sí.

—Te di dinero para que tu padre pudiera venir a Chicago, ¿no es cierto? Y también fui yo el que pagó su entierro, ¿no es así?

—Sí.

—Pues bien, quiero pedirte una cosa. Si Rico logra salvarse, procura hundirlo. ¡Maldita sea! Él es la causa de todo esto. Mátalo, Scabby, te lo pide el viejo Sam.

—No logrará escaparse —aseguró Scabby.

—Tú no conoces a ese tipo —replicó Vettori levantándose con dificultad—. Te digo que no lo conoces. Tiene tanta suerte, que es posible que no lleguen a detenerlo.

—Pues si llega a salvarse, ya me encargaré yo de él —afirmó Scabby.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y apareció Pepi el Asesino.

—¡Canallas, he oído todo lo que habéis dicho! —gritó—. Kid Bean me ha avisado de que pasaba algo. ¡Y vaya si pasa! Estáis planificando traicionar al patrón, ¿eh?

—¡Vete al diablo! —gritó Vettori.

Scabby sacó su pistola, pero no la disparó. Pepi hizo fuego con su arma a la altura de la cadera y después se alejó, cerrando la puerta bruscamente.

—¿Te ha tocado? —preguntó Sam.

—No —contestó Scabby—, pero la bala me ha pasado muy cerca.

En la ventana que había al fondo se veía el agujero que había abierto la bala.

Sam frunció las cejas.

—Seguramente habrá ido a contárselo a Rico.

—No podrá ayudarle gran cosa. A estas horas los policías ya se habrán echado a la calle. Bueno, Sam, yo me voy.

Vettori le miró fugazmente y se quedó callado. Scabby abrió la ventana y puso el pie en la escalera de incendios.

—Por amor de Dios, Sam —dijo—, debes hacer algo.

—Me voy a ver a Big Boy —decidió.

—Eso no te ayudará.

De pronto, oyeron que alguien corría en el vestíbulo; después sonó un disparo seguido de una rápida carrera.

Chesty abrió bruscamente la puerta.

—¡La policía! —gritó.

Scabby descendió por la escalera de incendios. Sam sacó la pistola automática y se apoyó contra la pared. Spike Rieger asomó la cabeza por la puerta, pero la retiró precipitadamente.

—Sam —dijo—, será mejor que te entregues.

—Está bien —contestó Vettori dejando caer la pistola. Entonces entró Rieger seguido de dos policías.

—Esposadlo —ordenó.

Sam extendió las manos y uno de los policías le puso las esposas.

—Rieger —dijo Vettori—, al venir hacia aquí, ¿os habéis cruzado con Pepi el Asesino?

—No —contestó Rieger—, pero de todos modos no tenemos nada contra él.

Se volvió hacia los policías y les ordenó:

—Meterlo en la furgoneta.

—Escucha, Rieger —volvió a decir Vettori—, ¿habéis detenido a Rico?

—No lo sé. Flaherty ha ido a buscarle. Sabías ya que Joe había cantado, ¿verdad?

—Sí —contestó Vettori con indiferencia—. Pero eso no me preocupa. No tenéis nada de qué acusarme.

Rieger se rió.

VI

Pepi golpeó la puerta de Rico, pero no recibió respuesta. Llamó repetidamente, y al fin, apoyando la espalda contra la puerta según su costumbre, la echó abajo.

Dentro, no había ni el menor rastro de Rico. Pepi esperó en el rellano de la escalera preguntándose dónde podía encontrarlo. Desde el rellano de abajo, la dueña de la casa gritó:

—¿Qué ha hecho usted con la puerta?

—¡Al diablo la puerta! —replicó Pepi—. ¿No sabrá por casualidad dónde está el muchacho que vive aquí?

—No —contestó la dueña—, pero le he visto salir acompañado por otro.

—¿Cómo era ese otro?

—Un tipo pequeño.

—¡Otero!

Pepi bajó la escalera a toda velocidad, pero en la planta baja disminuyó el paso. Un coche de policía acababa de detenerse frente al portal. Flaherty bajó tranquilamente y se puso a hablar con los dos policías que estaban sentados en la parte delantera. Pepi se aproximó a él.

—¿Busca al patrón? —preguntó.

—Exactamente —respondió Flaherty—. Big Boy me ha mandado aquí. Quiero tener unas palabras con él.

—¿De verdad? —dijo Pepi—. Empieza a volverse razonable, ¿eh?

—Rico y yo siempre hemos mantenido buenas relaciones.

—Muy bien dicho —repuso Pepi, agregando—: Bueno, el patrón está arriba, solo.

Cuando Flaherty y uno de sus hombres hubieron cruzado el portal, Pepi sonrió a los otros y se alejó lentamente, pero al doblar la esquina echó a correr.

En la escalera de Otero había dos chiquillos italianos jugando. Al verle, le abrieron paso.

—¿Está Otero en casa? —preguntó Pepi.

Uno de los chiquillos dijo:

—¿Ese mejicano pequeño?

—Sí.

—Me parece haberlo visto subir.

—Sí, yo lo he visto —precisó el otro.

Pepi subió la escalera a toda prisa y llamó en la puerta de Otero. La Foca la entreabrió un poco, pero él la empujó bruscamente y entró. Otero estaba tumbado en la cama fumando un grueso cigarro.

—¿Dónde está el patrón? —inquirió Pepi.

—Se ha ido a ver a la Bella Rubia. ¿Qué pasa?

—Joe ha cantado —contestó Pepi—, y los policías buscan a Rico. Coge tu chaqueta y huye, Otero. Ya me encargaré yo de advertir al patrón.

Otero, sin pensarlo dos veces, se levantó y se puso la chaqueta.

—¿Me buscan a mí también? —indagó.

—Sí. Es por lo de Courtney. Pero no te entretengas. Escapa, Otero. Esta vez la cosa va en serio.

—No —replicó Otero—. Yo me voy con Rico.

—No seas estúpido —terció la Foca.

—Ella tiene razón, Otero. Huye. Abandona la ciudad. A mí no me persiguen. Veré si puedo hablar con Rico por teléfono, y si no iré a buscarle. Escucha bien; en estos momentos la policía está en su casa.

—¡Caramba! —gritó Otero, y metiéndose la pistola en el bolsillo, salió corriendo al rellano y bajó apresuradamente la escalera.

—¡Qué cretino!

Pepi miró a la Foca y se expresó así:

—Cierto que es un cretino, pero yo hubiera actuado igual en su caso.

Antes de que Otero hubiera recorrido la distancia de una manzana para ir a casa de la Bella Rubia, vio un coche de la policía que se acercaba a toda velocidad. Rápidamente, se metió en una farmacia. Dentro, no había más que el dependiente, el cual le miró con los ojos desorbitados.

—¡Pronto! ¿Dónde está la otra salida? —preguntó Otero.

—¿Qué significa esto?

Otero sacó la pistola y el dependiente se tumbó en el suelo, junto al mostrador. Otero cruzó el establecimiento, atravesó el laboratorio y encontró la puerta de servicio que daba a un callejón con una única salida a una calle llena de movimiento. Murmurando imprecaciones en español, se fue en aquella dirección.

A ambos lados de la calle había carros de vendedores ambulantes, que voceaban sus mercancías. Una multitud que se movía lentamente obstruía el paso. Otero, gracias a su pequeña estatura, logró mezclarse entre el gentío y aunque se veía obligado a caminar despacio, por lo menos tenía la seguridad de que no sería descubierto. Cuando estuvo muy cerca de la casa de la Bella Rubia, se metió por una calleja, atravesó un largo patio con el suelo de cemento y se encaramó por la escalera de incendios.

La ventana del dormitorio de la Bella Rubia estaba cerrada. Golpeó con el puño en los cristales. De momento no le respondieron, pero pasado un cierto tiempo, vio cómo se abría lentamente y aparecía el rostro de la Bella Rubia. Le hizo señas, y entonces ella se acercó, le franqueó la entrada y llamó:

—¡Rico! ¡Rico! ¡Es Otero!

Rico entró en el cuarto con el sombrero puesto.

—¿No te ha avisado Pepi? —preguntó Otero.

—No. ¿Qué diablo sucede?

En ese mismo momento sonó el teléfono y la Bella Rubia lo atendió.

—Han detenido a Joe y ha cantado —explicó Otero.

Rico se le quedó mirando en silencio.

La Bella Rubia entró de nuevo apresuradamente, diciendo con agitación:

—¡Dios mío, la policía te busca! Joe ha hablado. Debiste eliminar a ese cobarde, debiste matarle.

Rico estaba en medio de la habitación con los ojos perdidos en el vacío. Con un tremendo esfuerzo de voluntad se despidió de un estado de ánimo que sus recientes contactos con Big Boy y Pete Montana habían suscitado en él. Era una nulidad, una nulidad. Algo peor que eso. La policía le buscaba y la cosa era grave. ¡Adiós cigarros, dólares, vajilla cara, trajes de etiqueta, comodidad y seguridad! ¡Adiós todo! Ya no era más que un vulgar ladronzuelo de Youngstown perseguido por la policía.

Lanzó al aire un puñetazo, con el rostro muy pálido.

—¡Debí haberlo matado! ¡Debí haberlo hecho!

Otero permanecía inmóvil, mirándole fijamente. La Bella Rubia se puso el sombrero.

—Muy bien —decidió Rico—, vámonos.

La Bella Rubia dijo:

—Llévame contigo, Rico.

Éste se negó con la cabeza.

—Imposible. Tendré que viajar muy de prisa y no puedo llevar una mujer cargada a mis espaldas.

—¡Dios mío, con lo bien que estábamos —se lamentó la Bella Rubia, incapaz de comprender el giro que habían tomado las cosas en un momento.

—Es verdad —dijo Rico—. Pero todo se ha terminado y no hay solución. Tú quédate aquí. En cuanto me sea posible te mandaré dinero.

Otero salió por la ventana a la escalera de incendios. Rico le siguió. La Bella Rubia se puso a gritar.

—Cállate —le ordenó Rico—, y si la policía viene por la puerta de delante, hazle perder tiempo. Finge que me tienes oculto, ¿comprendes?

—Sí, sí.

Rico y Otero descendieron la escalera, y una vez abajo Rico le cogió por el brazo y le habló así:

—Escucha, éste es mi plan. Necesito ir a casa de «mamá» Magdalena. Allí tengo casi todo mi dinero en un buen escondrijo. No será fácil llegar porque probablemente los policías estarán en todas partes. Pero si conseguimos llegar, estaremos seguros.

—Está bien —respondió Otero.

Se pusieron en marcha. Rico conocía aquel barrio como la palma de su mano y condujo a Otero por un sinfín de callejas que les llevaron muy cerca de «mamá» Magdalena, sin haber atravesado ni una sola vez ninguna avenida principal.

—Ahora —advirtió Rico—, debemos ir con mucho cuidado. Sin duda la policía estará haciendo vigilancia por aquí.

—Muy bien —contestó Otero.

—Escucha —añadió Rico—, no tengas miedo de disparar si ellos hacen fuego. Después de todo, sólo nos ahorcarán una vez.

—No tengo miedo —afirmó Otero.

Caminaron de nuevo, y apenas habían recorrido la mitad de la calle cuando alguien les instó a detenerse, pero en vez de obedecer, echaron a correr sin volver la cabeza.

—Es un policía solo —jadeó Rico.

Una bala silbó junto a ellos, y en seguida oyeron el silbato del policía. Otero se paró, se volvió, apuntó con mucho cuidado e hizo fuego. El policía avanzó dos o tres pasos, luego se tambaleó y cayó sobre sus rodillas.

—¡Le he dado! —gritó Otero.

Rico se volvió.

El policía continuaba de rodillas en mitad de la calle y trataba de hacer puntería.

—¡Agáchate! —advirtió Rico, y en el mismo instante la pistola del policía hizo fuego.

Otero se inclinó sobre sí mismo, miró a Rico con sorpresa y se tambaleó con las manos puestas sobre el estómago. Rico le rodeó con su brazo y le arrastró hacia una parte de la calle donde había un poste detrás del cual podrían resguardarse de los disparos del policía. Pero apenas dieron unos pasos, Otero trató de soltarse y dijo:

—¡Corre, Rico, corre! Me ha herido de muerte. No puedo seguir adelante. Casi no tengo fuerzas.

Rico intentó llevarlo en brazos, pero él se debatió gritando:

—¡Rico, huye! Yo no puedo seguir adelante. Me estoy muriendo.

De pronto se oyó la sirena del coche de la policía. Rico dejó a Otero, quien después de dar unos traspiés al fin cayó al suelo.

—Huye, Rico, huye —dijo aún.

Rico saltó una tapia, cruzó a toda velocidad un patio lleno de escombros y se dirigió hacia una puerta de servicio que estaba abierta allí al fondo. Una muchachita italiana estaba barriando el corredor. Al ver aparecer de improviso a Rico, dejó caer la escoba y se hizo a un lado de la pared. Rico la cogió por el brazo.

—Escucha, pequeña —le dijo—, la policía me está persiguiendo. Voy a salir por la puerta de delante, pero si ellos te preguntan diles que he saltado otra vez por el mismo sitio, ¿comprendes?

—Sí, señor —contestó la chiquilla. Después, alzando los ojos, añadió—: Yo sé quién es usted.

—¿De verdad? Pues entonces haz lo que te he dicho. ¿Lo harás?

—Sí.

De repente, en la calleja contigua a la casa se oyó el frenazo de un coche y una

voz que gritaba:

—Ha entrado por aquí.

La muchacha recogió la escoba y empezó a barrer nuevamente como si no pasara nada. Rico recorrió a toda prisa el pasillo, bajó por las escaleras de piedra que había en la entrada principal y atravesó tranquilamente la calle.

VII

«Mamá» Magdalena le esperaba por la puerta de servicio.

—Estás metido en un buen lío, ¿eh, Rico? —dijo.

Éste se rió.

—Sí —contestó—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Los policías han estado aquí haciendo un registro.

—¿Y han descubierto el escondrijo?

«Mamá» Magdalena se rió.

—¡Qué más hubieran querido!

Rico la siguió hasta el sótano. Después de haber atravesado un pequeño pasaje, llegaron ante el escondrijo. A éste se entraba por una abertura circular tan estrecha que apenas podía pasar el cuerpo de una persona. Estaba oculta por unos estantes de madera con cajas llenas de conservas, y estos estantes giraban sobre unos goznes.

Rico siguió a la vieja a través de la abertura y entró en una salita, en uno de cuyos ángulos había un diván, una mesita y una silla. Se quitó el sombrero y se sentó.

—Han matado a Otero —dijo.

—¿De verdad? —se asombró «mamá» Magdalena.

—Hace sólo un instante.

Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Escuche —añadió—, estaré aquí solamente un par de días. Después me largaré. Trate de conseguir algún periódico ilustrado y manténgame informado.

—Perfectamente —asintió la vieja—. Pero tendrás que recompensarme, porque corro muchos peligros, ¿comprendes? Corro graves riesgos.

—Usted tiene mi dinero, ¿no? Pues sírvase.

«Mamá» Magdalena sonrió.

—Eso es saber hablar, Rico. Ten la seguridad de que tu vieja «mamá» se cuidará

de ti como te mereces.

—Eso espero —repuso Rico—. Y ahora acuérdense de que dentro de dos días necesitaré un coche.

—Arrigo tiene uno. Será mejor que uses éste, porque si tuviéramos que robarlo podría complicarse la fuga.

—Necesitaré también un mono de mecánico y una navaja de afeitar.

—Lo tendrás todo —prometió «mamá» Magdalena.

Cuando ésta se hubo ido, Rico se quitó la chaqueta y se echó sobre el diván. Tenía los nervios rotos y no lograba calmarse. Tiró el cigarrillo y se dio vuelta hacia la pared.

—Precisamente tenía que ocurrir cuando creía que todo iba mejor que nunca —murmuró.

Se sentía lleno de rencor y de ira, aunque de momento no sabía exactamente contra quién dirigirlo. Durante bastante rato estuvo revolviéndose agitadamente, y al final aceptó que no le sería posible descansar.

«Mamá» Magdalena entró con un café largo y algunos periódicos. Rico se sentó ante la mesita.

—Han detenido a Sam —dijo la vieja.

—Para él, esto significa el final —comentó Rico.

Cogió de manos de la vieja uno de los periódicos y leyó los grandes titulares:

EL «SEÑORITO» JOE CONFIESA
JEFE DE BANDA DENUNCIADO
POR ASESINATO

«Mamá» Magdalena salió y Rico continuó leyendo el diario mientras sorbía el café.

Joe Massara, llamado «El Señorito», parece más un actor cinematográfico que un bandido. En el momento en que le arrestaron llevaba un costoso smoking y anillos que fueron valorados en más de 1.000 dólares.

—¡Que se vayan al diablo con esta noticia! —refunfuñó Rico.

Continuó leyendo:

César Bandello, conocido por el nombre de Rico y jefe de la banda de Sam Vettori, ha sido acusado como el asesino directo del detective Courtney...

—Eso es —musitó muy satisfecho—, pero soy el único que todavía no han atrapado.

Séptima parte

I

YA era de noche cuando Rico alcanzó los suburbios de Hammond. Llevó el coche hasta un campo, le quitó las matrículas y las enterró. Después se desprendió del mono de mecánico y se limpió la grasa que tenía en el rostro con un ovillo de hilachas que había en la caja de herramientas.

—¡Qué estúpidos son esos policías! —murmuró.

La cosa había ido mucho mejor de lo que se esperaba. No había tropezado con ningún obstáculo, e incluso en Blue Island un policía motorizado le había hecho un signo de saludo. Recordándolo, se rió. Pensó que nunca se sabe cómo van a suceder las cosas. Cuando uno espera que salgan mal, salen a la perfección, mientras que cuando uno supone que saldrán bien, ocurre todo lo contrario. ¡Qué mundo tan absurdo!

Se acercó a la parada del tranvía. Llevaba un modesto traje oscuro y una camisa militar que le había proporcionado Arrigo. Se había afeitado el bigote y los cortos pelos sobre el labio superior le molestaban.

Se sentía muy orgulloso de haberse fugado así. Había sido una buena idea la de disfrazarse de mecánico y atravesar la ciudad en pleno día. Sí, estaba convencido de que había sido una buena idea, y si las cosas continuaban así, tal vez escribiría a algún periódico contándolo todo. Pero tal vez no, porque podrían descubrirle por el matasellos. Era mejor abandonar la idea. En todo caso, siempre podría explicárselo todo a Sansotta, su amigo.

Subió a un tranvía.

—¿Cómo va eso? —le preguntó al cobrador, saludándole.

—No del todo mal —contestó éste, añadiendo—: El tiempo empieza a refrescar, ¿eh? Yo creo que el invierno se va a echar encima sin que apenas nos demos cuenta.

—Sí.

II

Rico recorrió el callejón que había por la parte trasera del local de Sansotta y llamó en la puerta de servicio. Pasó un rato antes de que viniera alguien a ver su rostro a través de la mirilla. Una fuerte voz con acento extranjero preguntó:

—¿Quién eres?

—¿Dónde puedo encontrar a Sansotta? —inquirió Rico.

—¿Y a ti qué te importa?

—Escucha, amigo, no te excites —replicó Rico—. No tienes nada que temer de mí. Ve y dile a Sansotta que César quiere verle.

Minutos después, la puerta se abrió y una mano le indicó que entrara. El vestíbulo estaba oscuro y Rico dio un tropezón.

—El patrón está en su cuarto —dijo—. Te acompaño. ¿De dónde vienes, amigo?

—De Youngstown —respondió Rico.

El portero le acompañó por un largo corredor al final del cual había una puerta, por cuyas rendijas se filtraba la luz. El portero llamó tres veces y la puerta se abrió. Rico entró.

—Hola, Rico. Has venido a Hammond, ¿eh? —dijo Sansotta cerrando la puerta con llave.

—Ya lo ves —contestó Rico.

Sansotta era un italiano pequeño con las piernas zambas y el rostro moreno salpicado de cicatrices. Llevaba un traje con rayas marrones y rojas y un cuello duro tan alto que la barbilla casi descansaba en él. Sobre la pechera centelleaba un grueso brillante.

—Has tenido mucha suerte —dijo, después de que Rico le contara lo sucedido.

Rico le describió también su fuga.

—Ha sido una idea genial —afirmó Sansotta—. Nadie podría decir lo contrario.

—Sí, ha sido una buena idea —manifestó Rico modestamente.

Sansotta se dirigió hacia una mesita, abrió uno de sus cajones, sacó un papel y se lo mostró a Rico. Éste lo miró y se echó a reír.

—Han aumentado la recompensa —observó—. La última vez sólo ofrecían cinco mil dólares.

Leyó y releyó el aviso, mirando atentamente la fotografía que habían impreso.

—En esta foto no parezco yo —comentó.

Sansotta la examinó.

—No te parece mucho, no. Claro que te has afeitado el bigote. Además, estabas más delgado. ¿Cuándo te la hiciste?

—Hace unos siete años.

El aviso decía:

Se busca por asesinato: César Bandello, conocido por el apodo de Rico. Edad: 29 años. Estatura: 1'66. Peso: 57 kilos. Color:

pálido. Cabello: negro y rizado. Ojos: claros; azules o grises. Su rostro es delgado y camina torciendo un pie ligeramente hacia la izquierda. No habla con extraños. Individuo misántropo, melancólico y peligroso. Recompensa, vivo o muerto: 5.000 dólares, ofrecidos por la administración de la «Casa Alvarado», y otros 2.000 dólares ofrecidos por la ciudad de Chicago.

—Bien —dijo Sansotta—, ¿dónde piensas ir?

—Me quedaré aquí un tiempo —contestó Rico.

—Es demasiado cerca del lugar del delito, ¿no te parece? —observó Sansotta.

—No lo creas —replicó Rico—. No tienen ni la menor idea de dónde puedo estar. Por otra parte, tengo ahorrado algún dinero y no necesitaré pedir nada a nadie.

Sansotta le miró con cierta admiración.

—La verdad es que te has espabilado para salir de Chicago —manifestó.

—Sí —asintió Rico—. Sin embargo, no estoy contento. Las cosas me iban sobre ruedas cuando uno de la banda fue detenido y cantó. ¡No me digas que no es desgracia!

Hasta entonces había estado excitado por haber conseguido escapar de Chicago, tenía tan buen humor que incluso había olvidado todos sus demás temores, pero ahora que la excitación de la fuga se había pasado, la idea de que lo había perdido todo le golpeó con fuerza. Se sintió lleno de rencor.

—Sí, el mundo es así —filosofó Sansotta—. Nuestro juego es duro. Anoche también detuvieron a dos de mis hombres.

—¿Sí? —dijo Rico, sin escuchar.

Sansotta se levantó.

—Bien, César, ahora tengo que resolver algunos asuntos. En otro momento seguiremos charlando. De todos modos, ¿quieres quedarte aquí hasta que las cosas cambien de rumbo?

—Sí.

—De acuerdo.

III

Una noche tras otra, Rico era incapaz de conciliar el sueño. Pasaba las horas mirando

los reflejos que la lámpara de su cuarto producía en los cristales de la ventana. Tenía el alma llena de rencor y reconstruía sin cesar todos los incidentes que habían provocado su fulgurante caída. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, se daba cuenta de todos los errores que había cometido. En primer lugar, no tenía que haber dejado a Joe con vida. Porque, cuando un individuo empieza a dar muestras de miedo, no es posible fiarse de él. Sí, se había comportado de un modo excesivamente blando. Y, por otra parte, tenía que haberse ganado a Scabby, ya que éste le hubiera podido proporcionar grandes servicios; aunque era difícil llegar a ponerse de acuerdo con él, porque siempre estaba a la defensiva y desconfiaba de todo el mundo.

A veces Rico se adormilaba, pero su sueño estaba agitado por continuas pesadillas que le hacían revolverse en la cama y le despertaban sobresaltado. Entonces se levantaba, fumaba un cigarrillo tras otro y pensaba en los últimos acontecimientos, en Pete Montana, en el Pequeño Arnie y en Big Boy. A menudo, en aquellos breves intervalos de sueño, le sacudía la imagen de Otero caído en el suelo, o la de la muchacha italiana que barría el corredor, o bien veía a «mamá» Magdalena que le ayudaba a ensuciarse el rostro de grasa, antes de emprender la huida. Luego se despertaba y sus ojos se encontraban con aquella lámpara destellante, y le era tan desconocida que, de momento, no lograba comprender dónde estaba.

Durante el día, se sentía mejor. Jugaba a las cartas con Sansotta o con alguno de los de la banda, o bien a los dados sobre una mesa de billar que había al fondo de la sala. Siempre jugaba para ganar, y mientras duraba la partida se olvidaba de sus problemas. Pero incluso esto no era más que un paliativo. Empezaba a considerarse un desconocido, un italiano cualquiera sin el menor porvenir.

Sansotta era el único que conocía su verdadera identidad. Había tomado el nombre de un tío suyo, Luis de Angelo, y allí le llamaban Luis de Youngstown, o simplemente Luis. Ciertamente, era uno más. Cuando en una partida un jugador se acaloraba y pretendía haber sido engañado, sus duras miradas no conseguían calmar los ánimos como sucedía en la Pequeña Italia. Una mirada suya no tenía ningún valor. Sus amenazas valían tanto para él como para los otros. A veces, el deseo de demostrarles a aquellos italianos insignificantes que él era distinto le hacía removerse en la silla y dirigir la mano hacia la pistola, pero finalmente se contenía y aquel gesto no le servía para nada. Tenía que pensar en salvar el pellejo y en no comprometer a Sansotta, que estaba haciendo por él lo que podía. Se obsesionaba repitiéndose: «Soy una nulidad, soy una nulidad.» Y eso era exasperante.

A veces se iba temprano a su habitación y permanecía a oscuras con sus pensamientos. Se imaginaba cenando en la suntuosa casa de Big Boy; volvía a contemplar los cuadros de aquellos personajes antiguos, en sus marcos dorados; y la costosa vajilla, y la biblioteca llena de libros de verdad. También recordaba aquella noche en que los matones alquilados por el Pequeño Arnie habían intentado matarle, y cómo a su regreso al Palermo la gente se había subido a las mesas gritando: «¡Rico, Rico!» Era muy duro aceptar la idea de que esto era ya casi mítico.

Las historias que se referían a las personas de alta sociedad y que en otro tiempo había leído con tanta afición, ya no le interesaban. Después de haber leído un par de líneas, abandonaba el periódico ilustrado y bostezaba.

—Todo esto es una basura —se decía a sí mismo—. Esos tipos tan elegantes son todos unos cobardes. Tienen todo lo que se puede desear en este mundo, pero jamás se han esforzado para conseguirlo.

Estaba lleno de rencor, y cuando hablaba, lo que sucedía muy raramente, era para acusar o despreciar a alguien. Los italianos que había en torno a Sansotta, aunque eran gente simple, no tardaron mucho tiempo en advertir su rencor. Y Rico empezó a ser conocido como Luis el Desdeñoso.

Le decían: «A ti te toca ahora, Desdeñoso.» O bien: «Oye, Desdeñoso, da las cartas.»

Por la única cosa que estaba realmente interesado era por el proceso de Sam Vettori. Joe Massara, convertido en testigo acusador, había sido condenado a cadena perpetua.

—Dios mío —murmuró cuando lo supo—, no entiendo cómo pueden ser tan severos con él después de haber actuado de testigo acusador.

A consecuencia de la participación de Me Clure y de otros personajes igualmente influyentes, el proceso se había llevado con suma rigidez y por ese motivo Sam Vettori había sido condenado a morir en la horca.

Al enterarse, Rico se apoyó en el respaldo de la silla y se quedó inmóvil mirando a la pared.

—Al viejo Sam siempre le habían ido bien las cosas —reflexionó en voz alta—. En toda su vida no había estado jamás en la cárcel. Pero la suerte cambia cuando uno menos se lo espera.

Después volvió a recordar el atraco a la Casa Alvarado y todos los hechos que habían suscitado primero su suerte y luego su desgracia.

—Aquello me subió al pedestal y aquello me ha hundido.

La última noche del año se vistió con más esmero que de costumbre y descendió al local. Estaba lleno de gente, y como no había encontrado un sitio donde sentarse, se fue al despacho de Sansotta y le pidió al camarero que le sirviera allí la cena. Dejó la puerta abierta, y mientras cenaba observaba los movimientos de las parejas que bailaban en la pista. Se había consumido bastante alcohol y los ánimos se hallaban predispuestos al desenfreno. Se fijó en una rubia muy bonita que bailaba con un grueso italiano. Viendo que le miraba de un modo muy especial, le hizo una seña para que se acercara al despacho, y ella indicó que sí con la cabeza. Rico se levantó y cerró la puerta. Casi en seguida la oyó llamar y dijo:

—Adelante.

La muchacha entró.

—Hola, jovencito —dijo—, ¿Qué quieres?

—Me gustaría pasar un ratito contigo —contestó Rico.

—¿Sí?

—Eso es. Verás, tengo algunos dólares y no sé en qué gastármelos.

—Ahora sí que has hablado bien —sonrió la rubia, sentándose a su lado y cogiéndole del brazo.

—Entonces, ¿paseamos? —propuso Rico.

—Espera un poco —respondió ella—. Ahí fuera hay un tipo que tiene un carácter endiablado y no me gustaría que me viera contigo.

—¿Temes que me haga daño? —alardeó Rico—. Déjalo tic mi cuenta y yo le dulcificaré el carácter.

La rubia le miró y se rió.

—No creo que tengas la talla suficiente para poder fanfarronear —observó.

—No, no la tengo —replicó Rico—, pero cuento con otra cosa.

—Escucha, tesoro —repuso la rubia—, ese tipo te comerá vivo.

—¿De verdad? —se mofó Rico.

En ese momento el grueso italiano abrió la puerta del despacho y entró.

—¿Qué te ocurre, Micky? —le preguntó a la rubia.

—Nada, sólo que he encontrado a un viejo conocido contestó ésta bastante asustada.

Rico se levantó y se encaró con el italiano.

—Bueno, ¿y a ti qué te pasa?

—Oye, jovencito —respondió el italiano—, será mejor que te proteja tu hermano mayor, porque si te tomas otra vez la libertad de gastarme bromitas de este tipo te dejaré romo un trapo.

La rubia le sujetó por el brazo.

—Vamos, Paolo —dijo—. Llévame a bailar.

—Sí —pronunció Rico—, saca a este tipo de aquí antes de que le suceda algo malo.

El italiano se desasíó de la rubia y se lanzó contra él gritando:

—¡Esto no te lo tolero!

Pero Rico, que estaba recostado contra la mesa, absolutamente tranquilo, se llevó la mano al costado y sacó rápidamente la pistola. El italiano se detuvo en seco y se quedó atónito.

—Bien, creo que has perdido velocidad de repente, ¿no es cierto? —se burló Rico.

El italiano se volvió a la rubia y le dijo:

—No sabía que tuvieras esta clase de amistades.

La rubia se quedó tan sorprendida que fue incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

—Muy bien, amiguito —continuó mofándose Rico—, puedes marcharte si quieres. Nosotros no te echaremos de menos.

De pronto, Sansotta abrió la puerta y se quedó mirando a los dos hombres.

—¿Qué sucede, Paolo? —preguntó.

El italiano señaló a Rico.

—Este individuo ha intentado conquistar a mi pareja, y cuando yo me he propuesto hacerle entrar en razón, me ha amenazado sacando la pistola.

El rostro de Sansotta se puso lívido.

—Guarda inmediatamente eso, Luis —ordenó, mirando severamente a Rico—. ¿Dónde crees que estás? Escucha, Paolo —añadió, volviéndose hacia éste—, Luis es nuevo aquí y no conoce todavía a la gente.

—Bien —respondió el italiano—. Pero de todos modos tiene la mano demasiado rápida.

—Tienes razón, Paolo —dijo la rubia riéndose—. Pero ahora habrá aprendido cómo tiene que comportarse aquí.

Rico, furioso, se puso el sombrero e hizo ademán de querer irse, pero Sansotta le detuvo:

—Espera un momento, Luis; tengo que hablar contigo. —Después, volviéndose nuevamente hacia el italiano, le dijo—: Lamento profundamente lo que ha pasado, pero ya sabes que cuando un tipo ignora ciertas cosas puede llegar a cometer más de un error. Luis no es mal muchacho, pero tiene un carácter un poco violento, ¿comprendes?

—Demasiado violento —contestó el italiano—. Bueno, será mejor que nos vayamos cuanto antes. No quiero estar por más tiempo en un lugar donde corro el peligro de que me dejen como un colador.

—Quédate, Paolo —imploró Sansotta—. No tienes nada que temer, te lo garantizo.

—No, yo me voy —insistió el italiano—. Vamos, Micky. Ni a ti ni a mí nos conviene seguir tratando a tu amigo.

Sansotta trató de persuadirle para que no se fuera, pero Paolo se acercó al guardarropa y pidió los abrigos.

Rico se sentó y continuó cenando. Al poco rato entró Sansotta furioso y cerró bruscamente la puerta tras de sí.

—¡Maldición, César! —gritó—. ¿Por qué no piensas dos veces lo que haces? Ese tipo es Paolo, el cacique de la ciudad. Si quisiera, mañana mismo podría cerrarme el local.

—Cálmate —dijo Rico—. ¿Cómo diablos iba a saberlo? Y además, ¿tú crees que puedo permitir que un tipo cualquiera me dé un puñetazo?

Sansotta sacó un cigarro y se puso a masticarlo.

—César —pronunció—, debes buscarte otro sitio. Ya no puedo seguir teniéndote aquí. Es demasiado peligroso.

Rico dejó caer el tenedor y miró estupefacto a Sansotta.

—¿Me despachas? —preguntó.

—Entiéndelo como quieras —respondió Sansotta—. Es necesario que te vayas.

Rico se levantó mirándole fijamente.

—¿Y todo por culpa de ese caciquillo de provincia? Pero si ese individuo no es capaz de mandar ni a una banda tic novatos. Eres un pobre hombre, Sansotta. ¡Con todo el dinero que me he dejado en este local!

—No depende de mí —replicó Sansotta—. Deberás irte inmediatamente.

—No me hagas reír —dijo Rico.

—Yo no pretendo tal cosa —repuso Sansotta—. En realidad no estás en situación de poderte reír.

—Harías mejor en entregarme a la policía si tan mal ves las cosas.

—Déjate de tonterías, y vete lo antes posible. Es lo único que puedo decirte.

IV

Rico sabía perfectamente cuál era su posición. No era más que un pobre diablo de Youngstown, sin un amigo y sin influencia. ¡Vaya situación la suya! Un tipo cualquiera en una ciudad como Hammond, cuando no hacía ni cuatro meses que había sido uno de los personajes más importantes de Chicago.

Se puso el abrigo y salió. El viento era frío, y nevaba. Caminó al azar durante un momento, eligiendo las calles más oscuras. Después, aterido por el frío, entró en un pequeño restaurante italiano para tomar un *sandwich* y una taza de café.

El camarero, un joven italiano con el rostro moreno, le sirvió lo que le había pedido. Lo puso sobre la mesa, sonrió y dijo:

—¡Feliz Año Nuevo!

Rico, sorprendido, alzó la mirada.

—Gracias —contestó.

Se sintió mejor. Aquella cortesía anónima le confortó. Mientras comía, miró al muchacho italiano que limpiaba el mostrador y cantaba.

«Un joven simpático», pensó.

Cuando hubo acabado el café, encendió un cigarrillo y se quedó fumando. Se sentía bien. Mirando en torno suyo, vio que en la sala principal había una pianola. ¡Igual que en el restaurante de Pete!

Escucha —dijo—, ¿se puede poner un poco de música?

—Sí, claro —contestó el muchacho.

Echó una moneda en la ranura y la pianola comenzó a tocar *Adiós para siempre*. Rico se sintió triste. Volvió a llamar al camarero y le entregó un dólar.

—Quédate la vuelta.

La pianola se detuvo en una nota falsa y Rico se levantó. En el momento en que se estaba poniendo el abrigo, dos hombres entraron por la puerta principal. Uno de ellos se dirigió a la barra y pidió un café, pero el otro se detuvo con los ojos fijos en Rico.

Este, notando que el hombre le miraba, se metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y se dirigió hacia la puerta, pero el hombre le palmeó la espalda y susurró:

—Las cosas no te van muy bien, ¿verdad, Rico?

Le miró y preguntó:

—¿Quién diablos eres?

Después lo reconoció. Era el portero del Pequeño Arnie, Joseph Pavlovsky, uno de los que él había expulsado de Chicago.

—Soy uno de los hombres de Arnie —dijo Pavlovsky—. Vivo en Hammond desde que me hiciste salir huyendo.

—¿Sí?

—Sí. Me dedico al contrabando de cerveza y estoy llenándome de dinero. El próximo mes me vuelvo a Chicago.

Rico lo envidió.

—¿De veras?

—Sí. Tú has sabido huir, ¿eh? Siempre has tenido suerte, Rico.

—Y espero que la seguiré teniendo —replicó éste, dirigiéndose hacia la puerta.

Fuera, el viento soplaba con fuerza y ya no nevaba. Se levantó el cuello del abrigo y se encaminó a casa de Sansotta, pero aún no había recorrido ni una manzana cuando se dio cuenta de que alguien le seguía. Se volvió e inmediatamente vio dos hombres bajo la luz de un farol.

«Es Pavlovsky, que trata de conseguir los siete mil dólares de recompensa», pensó para sí.

Sacó la pistola y, escondiéndose detrás de un poste telefónico, disparó un tiro al aire. Los dos hombres emprendieron la fuga y él se perdió en un callejón, recorrió dos manzanas y cuando volvió de nuevo la cabeza comprobó que ya no le perseguían.

Cuando el portero de Sansotta le abrió la puerta, le dijo:

—Luis, el patrón quiere hablarte.

Se fue a su despacho.

—¿Qué quieres? —le preguntó, cuando llegó a su presencia.

—César —contestó Sansotta—, un amigo mío sale mañana por la noche para Toledo. Si quieres, por cincuenta dólares te llevará consigo.

—¿Por qué hace el viaje? —inquirió Rico.

—Tráfico de estupefacientes.

—Bueno, pues por mí no hay inconveniente.

V

El traficante de estupefacientes le dejó a la entrada de la ciudad. Eran cerca de las cinco de la mañana, el cielo todavía estaba muy oscuro, y el tiempo era desapacible. Una espesa niebla se alzaba del lago Erie y soplaban un viento fresco y húmedo. Rico caminaba arriba y abajo para entrar en calor, mientras esperaba el tranvía. Se sentía muy desanimado.

—Bueno —murmuró—, casualmente he vuelto al punto de partida.

Los faros de un tranvía taladraron la niebla, pero el conductor no le vio y pasó de largo.

—Esto se llama tener suerte —dijo entre dientes.

Faltaba media hora para que pasara otro tranvía. Se levantó el cuello del abrigo y encendió un cigarrillo. Tenía el alma llena de rencor. ¡Ni siquiera un miserable tranvía se paraba por él!

Alquiló una habitación en un hotelucho que había a la orilla del lago y se fue a la cama. Eran más de las cinco de la tarde cuando se levantó. Se lavó la cara con agua fría, se puso el abrigo y salió a la calle.

Comió en un pequeño restaurante italiano donde, en otros tiempos, Otero y él compartían un plato de macarrones cuando las cosas no andaban bien. Ahora el local era completamente distinto. Había nueva dirección, nuevos camareros; todo era nuevo. Toledo ahora le parecía una ciudad pequeña, mísera y adormilada. Se quedó perplejo.

«Antes no me parecía así», pensó.

Apenas terminó de comer se dirigió al local de Chiggi, que estaba unas dos manzanas más allá. Pero lo encontró cerrado, y cuando se acercó para echar una ojeada comprobó que había sido clausurado por orden judicial.

—Me persigue la negra —murmuró.

No sabía dónde ir.

Al lado del local había una frutería y entró en ella. Salió a atenderle una muchachita italiana.

—Escucha, chiquilla —le preguntó—, ¿sabes por casualidad dónde puedo encontrar a Chiggi?

—Llamaré al abuelo —contestó la muchacha.

Se fue a la trastienda y volvió con un viejo italiano de cabellos blancos y rizados.

—Escuche, señor —le dijo Rico—, ¿no sabría decirme dónde está Chiggi?

El viejo le miró sin responder. Rico se inquietó.

—¿No habla inglés? —inquirió.

—Lo hablo perfectamente —contestó el viejo, añadiendo—: ¿Qué quiere de Chiggi?

—Era amigo mío, pero he estado fuera una temporada y ahora no sé dónde encontrarlo.

—Está en la cárcel —le informó el viejo.

—En Atlanta, ¿eh?

—Sí, en Atlanta. Es una gran desgracia. Chiggi era muy buena persona, ayudaba a los pobres. Cuando mi mujer estuvo enferma y los negocios me iban mal, él me daba dinero.

Rico sacó un cigarro y se lo ofreció.

—Dígame, ¿no sabe dónde podría encontrar a alguno de sus amigos?

—Sí, claro —contestó el viejo—. Su hijo tiene un local dos casas más arriba.

Desde la puerta le indicó cuál era el local.

—Muchas gracias, señor —dijo Rico.

El joven Chiggi era un italiano presumido muy convencido de ser bastante más importante que su padre. No se dignaba servir a los clientes, pero estaba todo el día sentado en la trastienda leyendo la gaceta política o haciendo solitarios. Los negocios le iban bien, y a veces se le cruzaba la idea de vender el local y marcharse a Chicago o a Detroit.

Hacía ya tres años que se dedicaba al contrabando de alcohol, primero con su padre, luego él solo y ahora con Bill Hackett, a quien llamaba el Pelirrojo de Chicago. Compraba brillantes y automóviles y mantenía a su amiga en un lujoso apartamento.

Cuando Rico fue conducido por el *barman* a su despacho, ni siquiera alzó la vista y continuó haciendo su solitario. El *barman* salió y Rico se sentó frente a él.

—Chiggi —dijo—, deseo hablar contigo.

Continuó sin levantar los ojos.

—Muy bien —contestó.

—Escucha —añadió Rico—, deja un momento esas cartas. Quiero hablarte de negocios.

Chiggi elevó la cabeza y le miró.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó—. Yo no te conozco.

—Tu padre fue amigo mío —respondió Rico.

—Bueno, eso a mí no me interesa, porque yo ya no tengo nada que ver con él. Creía saber mucho, pero ahora está entre rejas y en cambio yo soy un ciudadano libre.

—¿De verdad? El viejo ha tenido mala suerte. Pero, qué se le va a hacer. Él me ayudó una vez y yo quería verle para saldar la cuenta. Por otra parte, desearía encontrar un lugar donde pudiera estar tranquilo.

Chiggi le miró con interés.

—Encontrar un lugar donde estar tranquilo —repitió—. ¿Es qué tienes problemas con la policía?

—Sí.

Chiggi dejó las cartas a un lado. Después sacó un par de cigarros y le ofreció uno.

Se pusieron a fumar.

—Y bien —dijo Chiggi—, quizá pueda ayudarte.

—Lo celebro —repuso Rico—. ¿Tienes tal vez un cuarto disponible en el piso de arriba?

—No, pero un amigo mío tiene una pensión que te parecerá ideal. Está unas puertas más allá. En cuanto al dinero que te prestó mi padre puedes dármelo a mí, porque te advierto que él me debe bastante.

Rico no dijo nada, sacó la cartera y contó ciento cincuenta dólares. Había algunas cosas que era necesario pagarlas.

Cuando estuvo en la habitación, la observó minuciosamente. Aquello era lo que se dice un buen escondrijo. Tenía dos puertas, una que daba a la entrada principal y otra a la de servicio. Ambas eran sólidas y se podían atrancar por dentro.

No tenía un plan concreto. Disponía de bastante dinero, y gastándolo con discreción le sería posible vivir por lo menos dos años sin preocuparse de los ingresos. Pero no podía hacerse a la idea de estar dos años en la más completa ociosidad. ¿Qué hubiera hecho del tiempo? No tenía vicios. No encontraba ningún placer en emborracharse, en tomar estupefacientes o en dedicarse a los juegos de azar. Sin embargo, no le importaba perder de vez en cuando en el juego dos o trescientos dólares, pero no se podía pasar tantos meses jugando. En algunos momentos pensaba que según como le fueran las cosas se trasladaría a Nueva York, pero en seguida comprendía que eso era muy arriesgado. Con un solo paso que diera en falso estaría perdido. No, el porvenir no era demasiado atractivo.

Se pasaba casi todo el día en el cuarto, tumbado en la cama, leyendo o dando vueltas en su mente a los sucesos que habían provocado su ruina. El rencor que experimentó por primera vez hallándose en Hammond, había crecido, convirtiéndose en verdadera obsesión. No estaba de humor. Cuando no leía o recordaba sus buenos tiempos de Chicago, se paseaba agitadamente por la habitación esperando la noche. Había cogido la costumbre de dormir doce horas seguidas, y eso le aliviaba.

Por la noche se iba al local de Chiggi y jugaba al billar o a los dados. A veces se organizaban fuertes partidas de póker y participaba en ellas. Era conocido como Luis de Youngstown y nadie tenía la más remota idea de su verdadera identidad.

Todo se volvía contra él, incluso las cualidades que en cierto momento habían llegado a encumbrarle. Su energía no le servía para nada en su situación actual. Lo mismo ocurría con la disciplina que se había impuesto en otros tiempos y que le había distinguido de sus demás compañeros. Y tampoco le servía de nada la tenacidad que le había mantenido firme siendo capitán de la banda de Sam Vettori. Todo eso ya no tenía ningún valor fuera de su ambiente.

—Soy una nulidad, una nulidad —se repetía incansablemente.

Algunas noches se iba a pasear un par de horas. Pero estos paseos, poco frecuentes, no le reportaban ninguna satisfacción. A menudo se preguntaba qué habría sido de la rubia con quien se había gastado el dinero del viejo Chiggi y estaba seguro

de que, si hubiera podido encontrarla, habría sentido una gran alegría, pero había desaparecido y nadie sabía dónde se hallaba.

Finalmente, decidió asociarse con Chiggi, aportando su dinero. Chiggi no puso inconveniente, pero el Pelirrojo se negó. No le caía simpático y aprovechaba cualquier ocasión para molestarle de una forma u otra. Al parecer había abandonado Chicago en difíciles circunstancias. Corría el rumor de que se había enemistado con una banda de la parte sur y que había tenido que salir huyendo para salvar la piel. Era un hombre alto y pesaba cerca de noventa kilos; tenía la musculatura de un luchador, el cuello de un toro y unas manazas parecidas a las de un gorila.

Rico se esforzaba en no tener roces con él, pero parecía como si encontrara placer en atormentarlo, tal vez porque, aunque Rico no discutía nunca ni se le oponía en nada, presentía que en el fondo no le impresionaban sus formas agresivas.

Una noche se jugaba una fuerte partida de póker en el local de Chiggi. Rico ganaba. A eso de la medianoche entró el Pelirrojo y quiso tomar parte en el juego, pero no había lugar para él.

—Luis —dijo—, cédele tu sitio a un hombre.

—Ni hablar —contestó Rico.

—Escucha, Dago...

—No me llames Dago —replicó Rico mirándole con decisión.

—Deja libre esa silla si no quieres que te aplaste de un manotazo —amenazó el Pelirrojo avanzando un paso.

Pero Chiggi lo cogió por el brazo y le obligó a marcharse.

Cuando se acabó el juego, Chiggi volvió a entrar y le dijo a Rico:

—Cuando hayas hecho tus cuentas, ven a mi despacho.

Rico obedeció. El Pelirrojo estaba sentado y tenía los pies sobre la mesa. Chiggi se paseaba de un lado a otro.

—¿Los has desplumado bien, Dago? —preguntó el Pelirrojo.

—Sí —contestó Rico.

—Siéntate un poco, Luis —dijo Chiggi—, Tenemos que hablar.

Rico se sentó.

—Luis —empezó Chiggi—, no sé si te hemos informado de que nuestros negocios andan mal. La policía ha detenido a dos de los nuestros con un gran cargamento de licores, y hace un par de días nos robaron también el camión los de Monroe. Como puedes suponer, estamos casi arruinados.

—¿De veras? —dijo Rico.

—Bueno —añadió Chiggi—, el caso es que necesitamos capital, ¿no es verdad, Pelirrojo?

—Sí —contestó éste, y añadió con cierto tono de menosprecio—: Y no nos importa de dónde proceda.

—En tal caso —replicó Rico poniéndose en pie—, por ahí hay un montón de tipos que tal vez te puedan ayudar. Dirígete a ellos.

—Escucha, Pelirrojo —intervino Chiggi—, tú no metas tus narices en esto.

El Pelirrojo se levantó bruscamente y le miró con ferocidad.

—Tú, italiano piojoso, me parece que olvidas con quién estás hablando —alzó el brazo y señaló a Rico—. ¿Ves a ese tipo? Se cree que está por encima de todos, ¿comprendes? Está convencido de ser el italiano más importante que hay fuera de Italia, y encima tú le tratas como si lo fuera. Podemos encontrar dinero en otra parte. Pero no seré yo quien se asocie a este maldito italiano.

Rico le miró compasivamente.

—A mí —continuó el Pelirrojo— empieza a darme náuseas el verle siempre callado, figurando que es un personaje. Sí, estoy cansado y aburrido, Chiggi.

—Pues cuando no puedas aguantar más, ya sabes lo que tienes que hacer —replicó éste.

El Pelirrojo se rió.

—Quieres ser fiel a tu amigo italiano, ¿eh? Él tiene dinero, naturalmente. Muy bien. ¿Pero qué haréis cuando necesitéis a un valiente?

Esto era más de lo que Rico podía soportar. Dijo:

—¿Y qué sabes tú de eso? No pareces precisamente un león. Si lo fueras, no te hubieran expulsado de Chicago.

—¿Oyes lo que dice éste? —exclamó el Pelirrojo—. Si quieres saber quién soy basta con una provocación. Ahora mismo te voy a demostrar cómo tratan allí a los tipos que se creen tan importantes. Tú en Chicago no tendrías ni cinco minutos de vida.

Hizo ademán de meterse la mano en el bolsillo de la chaqueta, pero Rico fue más ligero. Sacó rápidamente la pistola y le apuntó con ella.

—Pelirrojo —dijo—, en Chicago a ti no te encargaría ni siquiera la tarea de asaltar un puesto distribuidor de gasolina.

El Pelirrojo estaba con las manos en alto, mirándoles a ambos con un cierto azoramiento.

—No le perfores la piel, Luis —le suplicó Chiggi.

—No, no malgastaré una bala con este individuo —contestó Rico. Después, mirando fieramente al Pelirrojo, añadió—: Hace tiempo que me estás asqueando con tus cuentos, Pelirrojo ¡Yo soy César Banello!

El Pelirrojo abrió la boca y se quedó con los ojos fijos en Rico. Chiggi le cogió a éste por el brazo.

—¿Tú eres Rico? —exclamó.

Éste asintió con la cabeza y se guardó la pistola. El Pelirrojo dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo, se derrumbó en una silla y se secó el sudor de la frente.

—Siéntate, Chiggi —dijo Rico—. Ahora seré yo el que hable.

Chiggi se sentó.

—¡Vaya! —se admiró el Pelirrojo—. Así que tú eres el famoso Rico. Steve Gollancz me dijo que eras muy alto.

—Steve no me ha visto nunca.

Chiggi se impacientó:

—¿Te asociarás con nosotros, Luis?

Rico contestó:

—De acuerdo. Invertiré una tercera parte, pero seré yo el que dirija el asunto, pues de otro modo no soltaré ni un centavo.

Chiggi miró al Pelirrojo.

—Por mí, de acuerdo —dijo éste.

Chiggi se levantó bailando de alegría y gritando:

—¡Hurra por nosotros!

VI

Con Rico a la cabeza, la banda de Chiggi prosperó. El Pelirrojo, a quien la fama de Rico le imponía respeto, obedecía sus órdenes sin discutirlos, y lo mismo sucedía con Chiggi. Sus hombres notaron un cambio de actitud en sus antiguos jefes. Rico era rápido en tomar decisiones, no admitía consejos y casi nunca se equivocaba. Chiggi y el Pelirrojo solían hacer operaciones a pequeña escala y no querían darle su parte a las autoridades, pero Rico conocía el juego lo suficientemente bien como para saber que, si se quería ganar mucho dinero, había que repartir una parte de él.

Por medio de Antonio Rizzio, amigo del viejo Chiggi, y ahora agente electoral, empezó a relacionarse con algunos personajes influyentes y compró su protección. Los camiones pudieron circular libremente, y en poco tiempo el tráfico aumentó de forma considerable. Pero las otras bandas no iban a cruzarse de brazos y empezaron a tender emboscadas a los hombres de Chiggi y se apoderaban de los cargamentos. Había una banda bien organizada en los alrededores de Monroe, Michigan, y su actividad empezó a notarse en los negocios de Chiggi. Rico cambió la ruta, y esta medida sirvió durante dos meses, al cabo de los cuales la banda de Monroe se dio cuenta y todo volvió a empezar.

Rico decidió correr el riesgo y mandó traer de Chicago dos metralletas. Estas armas automáticas, formidables en muchos aspectos, vinieron escondidas en una caja especial bajo el asiento del conductor. Rico enseñó a los hombres a manejarlas, y después de algunos encuentros, la banda de Monroe decidió que sería mejor, a la vez

que más seguro, limitar sus robos a los contrabandistas pequeños que no iban provistos de semejante armamento.

Estos resultados empezaban a producir en Rico un cierto placer, pero no logró experimentar una satisfacción absoluta. Eran menudencias, y no pudiendo dedicarse activamente a negocios de más envergadura, le quedaba mucho tiempo libre. Desde luego, en Toledo se había convertido ya en un personaje y en el local de Chiggi era muy famoso, pero, después de todo, los hombres de éste eran muy insignificantes, todavía más que los del Pequeño Arnie, y sus adulaciones no le enorgullecían.

Pero esto no era lo peor. Sabía que había cometido el gran error de revelar su verdadera identidad a Chiggi y al Pelirrojo. De ninguno de los dos se fiaba ni un pelo. Chiggi charlaba demasiado, se contradecía, se olvidaba de lo que había dicho dos minutos antes, y todo ello lo hacía con objeto de pavonearse. El ser socio de César Bandello era un hecho del que podía envanecerse y Rico lo sabía. El Pelirrojo, en cambio, no era muy locuaz, pero cuando había tomado unas copas de más presumía de sus antiguas relaciones con Steve Gollancz. Rico los temía a los dos. Cuando los pillaba a solas, procuraba advertirles que tuvieran mucho cuidado. Sólo le daba cierta confianza una cosa, y era que la prosperidad de Chiggi dependía de él. Esto ambos lo sabían perfectamente.

Una noche, a eso de las siete, Rico se fue a cenar. Iba siempre al pequeño restaurante italiano donde, en otros tiempos, Otero y él compartían un plato de macarrones cuando las cosas les iban mal. Acostumbraba a sentarse frente a la puerta principal, en una mesita que había al fondo del establecimiento. Así, podía ver a todos los que entraban y también vigilar a los que estaban sentados en las demás mesas. A su derecha, y a dos pies de distancia, había una ventana que daba a un callejón. Mientras terminaba de beberse el café, se le ocurrió volver los ojos hacia allí. En aquel momento, un rostro que estaba pegado contra el cristal desapareció rápidamente. Entonces Rico se levantó, se puso el sombrero y pagó la cuenta.

—Voy a salir por la puerta de atrás —le dijo al *barman*.

—De acuerdo, patrón.

—Si alguien viene preguntando por mí, obsérvalo bien.

Rico salió por la puerta de la cocina que daba a un pequeño patio con el suelo de cemento, donde amontonaban todos los restos del restaurante. Junto a las paredes sumidas en la sombra había grandes cajones llenos de basura. Cuando estuvo en el patio, un hombre se alzó detrás de uno de los cajones y le apuntó con una pistola. Se tiró inmediatamente al suelo, el arma disparó sin herirle y el hombre echó a correr hacia la calleja, tropezando con los cajones de basura. Rico disparó desde el suelo, pero falló. Después se levantó de un salto y corrió hacia la calleja. Pero el hombre había desaparecido.

—¡Dios mío! —exclamó—. Ha estado a punto de matarme.

Uno de los cocineros abrió la puerta de la cocina y asomó la cabeza.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó.

—Yo qué sé —contestó Rico—. Los disparos han sido hechos en el callejón.

—Habrán sido los contrabandistas —dijo el cocinero.

Rico tomó un taxi para regresar al local de Chiggi. Se sentía muy turbado. Fuese quien fuera el que le había atacado, era de temer.

—A alguien se le ha soltado la lengua —murmuró.

Apenas entró, Chiggi fue a su encuentro y le cogió por el brazo.

—Luis —dijo—, el Pelirrojo está completamente borracho, y no sé qué hacer con él.

Rico le miró.

—¿Dónde ha estado?

—Tomando unas copas por ahí con unos tipos de Chicago.

—¡Podía haberse ido al infierno! —rezongó Rico—. ¿Y dónde está ahora?

Chiggi le acompañó a un reservado. El Pelirrojo estaba sentado ante una mesita y a su lado tenía una botella de whisky medio vacía. Cuando vio a Rico, se puso a gritar:

—¡Pero si es el mismo Rico en persona, mi viejo amigo! He estado bebiendo durante todo el día y ahora apenas puedo distinguirte, pero a pesar de todo no hay nadie que resista tanto como yo. Sí, señor; quisiera saber quién es capaz de resistir más que yo.

Rico se volvió hacia Chiggi.

—Han disparado contra mí al salir del restaurante. Este idiota ha cantado. Tengo que largarme.

—¿Quieres irte, Luis? —preguntó Chiggi, con los ojos fuera de las órbitas.

—Debo irme —contestó Rico—, porque hay alguien que me vigila y quiere ganarse siete mil dólares.

—¿Y qué haremos sin ti? —se lamentó Chiggi.

—Ya os apañaréis —replicó Rico—. Ahora ve a buscarme un taxi, porque quiero marcharme cuanto antes.

Chiggi salió de la estancia. Rico cogió al Pelirrojo por la espalda y lo zarandeó. Éste agitó los párpados.

—Pelirrojo —dijo Rico—, ¿has estado bebiendo con alguien de Chicago?

—Sí, me he gastado cien dólares con unos tipos de allí —respondió.

—¿Hablaste de mí a alguno de ellos?

El Pelirrojo sacudió la cabeza de derecha a izquierda y se puso a cantar. Luego, dando un puñetazo sobre la mesa, dijo:

—Rico, el Pelirrojo se vuelve a Chicago. Sí, señor; estoy harto de vivir en esta ciudad. El Pelirrojo tiene ahora dinero y se irá a Chicago. Me expulsaron una vez pero yo no tengo miedo. Regresaré y les haré ver quién es el Pelirrojo. ¡Vaya si lo haré!

Rico lo zarandeó nuevamente.

—Escúchame —insistió—, entre la gente con quien has estado, ¿había alguien

que me conociera?

El Pelirrojo, con la cabeza vacilante, trató de fijar su mirada sobre él.

—Uno de ellos dijo que era íntimo amigo tuyo —contestó—. Me ha preguntado si sabía dónde estabas. Verás, conocía toda la historia. Y yo le he dicho...

—¿Quién era? —le interrumpió Rico.

El Pelirrojo estuvo meditando durante un momento y luego dijo:

—No puedo acordarme de su nombre. Solamente sé que era un italiano; sí, un italiano calvo.

—¡Scabby! —exclamó Rico.

¡Qué desgracia! Scabby le odiaba, y no tenía escrúpulos. Hubiera sido capaz de vender a su propia madre por mucho menos de siete mil dólares. Rico se sintió lleno de ira. ¿Por qué estaba siempre rodeado de traidores y cobardes?

Entró Chiggi.

—El taxi espera, Luis.

Rico señaló al Pelirrojo.

—Ese imbécil lo ha contado todo. Por menos de un centavo le saltaría la tapa de los sesos.

Estaba furioso. Hizo ademán de sacar la pistola, pero en ese mismo instante uno de los empleados abrió la puerta y gritó:

—¡La policía!

—¿Cómo? —se asombró Rico.

El empleado estaba muy pálido y temblaba de pies a cabeza.

—Un coche de la policía se ha parado en la entrada, patrón.

Rico dio un salto hacia la puerta, pero Chiggi lo agarró por el brazo.

—Por aquí, Luis.

Atravesó apresuradamente la sala, hizo girar un interruptor y el local quedó a oscuras. Después, tomando a Rico por el brazo, le guió más allá del vestíbulo, a un patio trasero.

—Hasta la vista, Luis —dijo.

Cerró la puerta y Rico se encontró envuelto en la oscuridad más absoluta.

—En menudo lío estoy metido —murmuró.

Salió cautelosamente a la calleja y miró en torno suyo. A la derecha había un callejón sin salida, y a la izquierda una avenida principal, en una de cuyas esquinas había un potente foco. Sacó la pistola y avanzó lentamente hacia la luz.

—Nunca está de más prevenirse —musitó.

Cuando estaba a unos cincuenta pasos de la avenida principal surgió un hombre de la oscuridad de la calleja: un hombre alto con sombrero hongo. Vio a Rico e inmediatamente se llevó el silbato a los labios. Rico alzó la pistola y apretó el gatillo, pero el arma se encasquilló.

Sintió enloquecer. Quería vivir.

—¡Hazme huir! ¡Déjame huir! —imploró.

El hombre del sombrero hongo levantó el brazo, pero Rico se le anticipó y disparó todo el cargador a ciegas, con rabia. De pronto, vio una lengua de fuego y en el mismo instante algo le golpeó en el pecho. Dio dos pasos, soltó el arma y se desplomó. En la calleja oyó el ruido de unos pasos.

—¡Señor, Señor...! —musitó—, ¿será éste el fin de Rico?



W. R. BURNETT . Escritor y guionista americano. Fue uno de los grandes autores de novela negra del s.xx, tanto como novelista como por sus guiones.

Su primera obra, *El pequeño César*, sobre la mafia de Chicago, fue llevada al cine y se convirtió en un gran éxito. Como guionista participó en películas como *Scarface*.

En 1949 publicó la novela *La jungla de asfalto*, posiblemente su obra más conocida.